DANIEL DE LA PEÑA

Vas a oírme RUGIR

Selecta

Vas a oírme rugir

Daniel de la Peña

Selecta

Capítulo 1

TENGO QUE SER MÁS PUNTUAL

La vida no va de eso. La vida no va de ser perfecta. Va de dejarse llevar, de perder el miedo a equivocarse, de enamorarse mil veces, de llorar como una loca, de reír hasta reventar, de quererse mucho y querer a los demás.

Soy una mujer con las ideas muy claras. Tal vez, no sé siempre lo que quiero, pero sí lo que no quiero. Y lo que no quiero es dejar de sentirme una afortunada por ver amanecer cada mañana, por tener cada día una nueva oportunidad para empezar de cero si se me antoja y por enamorarme hasta las trancas cuando mi corazón late desbocado por alguien.

Seguramente, estarás pensando que hoy me he levantado *intensita*, pues ¡te equivocas! Suelo ser así de reflexiva con frecuencia.

Saco mi brazo por la ventanilla para sentir el aire acariciar mi piel. Voy sola en el coche. Este viaje lo comienzo con la única compañía de la radio y dos bolsas de Doritos de queso que pienso devorar sin ningún tipo de remordimientos. Si soy sincera, ya me he zampado bolsa y media. Lo dicho, ¡sin remordimientos!

En mi destino me espera mi hermana mayor, voy a visitarla para

ayudarla con su negocio. Hace una semana me pidió que le echara un cable, cuando le dio un ataque de histeria porque se sentía desbordada debido a la avalancha de trabajo que se le estaba acumulando para los próximos días, así que no dudé en brindarle mi apoyo. Tengo todo el verano libre y, dejar la capital para pasar los meses de calor en la costa alicantina con mi hermana es algo que me apetece mucho.

Vamos a estar todo el verano juntas, como cuando éramos pequeñas. ¡La idea me entusiasma! Lo sé, lo sé..., ¡todo me entusiasma! ¡Qué le voy a hacer! Así soy yo.

A todo esto, ¡me llamo Irene! ¡Vaya descuido! Llevo un buen rato dándoos la tabarra y ni siquiera me he presentado. ¿Me describo? ¿Cómo preferís que lo haga? ¿En plan sofisticado, tipo: «Me miro a través del espejo retrovisor y observo mi melena rubia jugar con el viento»? ¿O voy al grano?

Siempre me ha gustado ser directa, así que os cuento: no tengo el pelo rubio, soy castaña clara. No lo llevo muy largo, pero tampoco corto; me llega hasta el hombro. Aunque, ahora, durante los meses veraniegos, se me antoja rapármelo a cero para sofocar el calor que me da. Mi piel es morena; no es algo natural, sino fruto del bronceado con rayos UVA. Cada mes tengo una cita para mantener el color tostado de mi cuerpo, que me sienta fenomenal.

Mido uno setenta y dos. No está mal, ¿verdad? La mayoría de mis amigas son más bajitas, y no sé por qué, pero me gusta ser la alta de la cuadrilla. ¡Será que me encanta dar la nota! Ya lo veréis. Aunque, cuando se apunta Marta a tomar unas cañas, paso a ser la segunda más alta del grupo porque es difícil superar su metro ochenta.

Después de esta información tan esencial sobre la altura media de mi grupo de amigas, continúo con la descripción. Tengo los ojos marrones. ¡Oh, qué decepción! No son azules, como los de las protagonistas de las comedias románticas...

Ya os estoy avisando, desde el principio, que poco o nada tengo que ver con las heroínas de las novelas pastelosas que se pegan el día llorando porque no son correspondidas por el chico que les gusta o que se esconden debajo de las sábanas cuando su Romeo no las saluda al pasar por su lado. A mí, si un chico no me hace caso, ya se puede ir a tomar por saco porque yo no voy a perder ni un minuto de mi tiempo en él, ni mucho menos llorando por su desprecio. Tengo cosas

mejores que hacer.

¿Qué más os cuento sobre mí? ¡Ah, claro! Soy profe de Música en un instituto de Madrid. Doy clases a alumnos de tercero y cuatro de la ESO. ¡Vamos, a los más formales y adorables! Os imaginaréis que estoy ironizando. ¡Jack el Destripador es un trozo de pan al lado de ellos!

La gente joven ha perdido las formas; solo miran las pantallas de su móvil, hablan en voz alta, sueltan tacos cada dos por tres y se quejan sin parar. ¡Todo les va mal! Que si no quieren que les ponga un examen para el día siguiente porque tienen que hacer un TikTok, que si una alumna está muy triste porque el chico que le gusta la ha dejado de seguir en Instagram... ¡Estupideces de adolescentes!

Pero, en el fondo, aunque proteste, sé que la mayoría de mis alumnos tienen buen corazón y solo tratan de sobrevivir en un mundo que aún les viene algo grande. Sinceramente, disfruto compartiendo con ellos mis conocimientos de música y, a veces, debatimos sobre diferentes temas, como inquietudes, el cambio climático, amores y otros problemas que preocupan a los jóvenes de nuestra sociedad. En ese momento, cuando defienden sus apasionadas teorías sobre su futuro, es cuando vuelvo a tener fe en ellos y mi trabajo cobra sentido. O cuando me dicen que, gracias a la música, son más felices y creativos. ¡Eso es maravilloso!

Tengo treinta años, ¡ayer fue mi cumple! ¡Gracias, si me estás felicitando! Que sepas que lo celebré por todo lo alto saliendo de fiesta con mis amigas. Me corrí una juerga de las tres F: fue frenética, fabulosa y, al final de la noche, follé. Mi amiga Yasmina asegura que una fiesta no es una fiesta si no hay, como mínimo, dos de las tres F. Si queréis que os diga la verdad, a mí me importan una mierda las F, las V o las Y. Le doy más valor a compartir un tiempo de disfrute con mis amigas, que ya de por sí es frenético y fabuloso. Lo siento, chicos; si estáis leyendo esto, tenéis que saber que ningún orgasmo es comparable con una fiesta de amigas.

El resumen de la noche de mi cumpleaños es el siguiente: quedamos en un restaurante italiano que nos chifla, e invité a cenar a Yas, a Marta y a Gisela. Después, fuimos a un *pub* del centro que está súper de moda, con una terraza en el ático para beber y bailar al aire libre. Yas es *influencer* y relaciones públicas, conoce a medio Madrid,

así que tuvimos acceso directo y preferente al local.

Lo pasamos de maravilla, reímos, tomamos gin-tonics, bailamos regatón. En serio, ¿los *DJ* saben que existe otra música? Porque allá, a donde voy, ¡siempre suena este estilo! Y, por último, conocí a un chico muy mono que, después de conversar un poco con él, acabó en la cama de mi dormitorio. La verdad es que entré estupendamente en los treinta.

¿Os he contado ya a dónde voy? ¿Sí? Disculpadme si me notáis un poco acelerada. ¡Lo estoy! Llego tarde, muy tarde..., para variar.

Resulta que tenía que haber salido esta mañana de Madrid a San Juan, un pueblo precioso de la costa alicantina. Allí me espera Natalia, mi hermana. Habíamos acordado que llegaría sobre las dos para comer juntas. Son las tres de la tarde y me falta, como mínimo, una hora de viaje.

¡Me lie con el chico que conocí anoche! Mi idea era despacharlo después de nuestro revolcón, pero nos quedamos dormidos y, al despertar..., pues también se despertó, otra vez, nuestro apetito sexual. Así que, cuando me di cuenta de las horas que eran, despaché al susodicho de mi casa, me duché, hice la maleta a todo correr y cogí un par de bolsas de Doritos para no caer desfallecida del hambre.

Tengo que mejorar mi puntualidad. En serio, no puede ser que siempre me líe y llegue tarde. Menos mal que mi hermana ya me conoce. Fue muy comprensiva conmigo cuando le dije que me retrasaba. Tal vez, demasiado comprensiva, porque suele montar un drama cuando algo no sale como ella espera.

De repente, suena mi teléfono. Es Natalia. Descuelgo y respondo por el manos libres.

—No me queda mucho. Creo... —respondo con el ceño fruncido porque no estoy muy segura de por dónde voy. Mi hermana resopla. No sé si está enfadada conmigo o agobiada por algo—. ¿Te encuentras bien? —pregunto.

—Tengo como un nudo en el estómago que me presiona —contesta.

—¿Has comido fabada? Tal vez, sean gases —divago.

—¡No he comido fabada, Irene! —exclama molesta—. ¿Por qué piensas eso?

—No sé, Nat. Tengo mucha hambre. Llevo más de tres horas de

viaje y solo he comido unos Doritos... Solo puedo pensar en comida —me excuso mientras se me hace la boca agua imaginándome un plato con judías, chorizo, morcilla y panceta.

—Además, aquí hace mucho calor. Estaría loca si me como un guiso ahora, me sentaría fatal —protesta.

Pongo los ojos en blanco a pesar de que sé que Natalia no me ve. Resulta que se va a disgustar porque desconozco qué narices ha comido. ¡¿Veis como es una dramática?!

—¡Yo qué sé, Nat! Entonces, ¿por qué te duele la tripa? —me defiendo.

—No me duele, ¡siento una presión horrorosa! —insiste.

Está nerviosa. Creo que hasta la escucho jadear. ¡Ay, mi madre, que esto es serio!

—Nat, me estás asustando —susurro.

—Irene, esto...

Silencio. No dice nada. ¿Se ha quedado muda? ¡¿Justo en este momento?! Me va a dar un infarto.

—¿Qué? Por favor, di algo —le pido.

Ahora entiendo por qué no hay que descolgar el teléfono cuando estás conduciendo. ¡Por si te da un jodido ictus cuando la idiota de tu hermana te llama!

—Puede que se me haya olvidado mencionarte una cosa —pronuncia por fin.

—¿A qué te refieres?

Mi corazón late desbocado.

—Pensé que no tenía importancia. Sin embargo, quizás flipes un poco cuando vengas.

—Joder, Natalia. ¿A qué te refieres? —repito perdiendo las formas.

—Total, cuando estés aquí, lo descubrirás. Tampoco es algo malo.

—¿Qué?

—No ha sido con mala intención —añade.

—¿Me lo vas a contar de una vez?

—Mejor cuando llegues.

—No. Espera.

¿Ha colgado? ¡Ha colgado!

¿Cómo puede dejarme así?

¿Confirmamos que, de todas las hermanas, la mía es la más gilipollas? ¡Confirmamos!

Capítulo 2

¡SORPRESA! TAMPOCO ES PARA TANTO

Doy un trago a la cerveza fresquita que acabo de pedir mientras espero a que me sirvan una paellera de fideuá con marisco. Tengo tanta hambre que, en cuanto llegué a San Juan, paré al lado de una terracita monísima donde preparan paellas, mariscadas y fideuás.

Al bajar del coche, el aroma a comida recién hecha se apoderó de mí, así que no esperé a que viniese mi hermana a buscarme. Me senté a la mesa, le pedí una cerveza al camarero y una fideuá para dos. Y... ¡Ay, disculpadme un segundo, por favor!

—¡Perdone!

Llamo al camarero levantando la mano y agitándola con energía. El chico no tarda nada en acercarse a mí.

—¿Sí?

Ensancha su sonrisa. Me resulta mono, pero muy joven. Tendrá unos veinte años.

—¿Me servirá, también, una ración de pan de cristal con tomate y jamón, por favor? —le pido devolviéndole la sonrisa.

—¡Claro!

—Eso no tarda mucho, ¿verdad? —Pongo cara de niña buena. El

camarero se echa a reír. ¡Genial! Le he caído bien—. Vengo desde Madrid en coche y apenas he comido nada. ¡Me muero de hambre! —añado.

—No se preocupe, señorita. La siguiente comanda de pan con tomate es para usted —asegura el chico mientras me cuca el ojo.

—Te lo agradezco un montón. ¡Te has ganado una buena propina! —exclamo entre risas.

Ahora sí. Volvamos a lo que os estaba contando. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Mi hermana me ha dejado hecha un manojo de nervios con su misteriosa llamada, porque no tuvo la empatía suficiente como para volver a llamar y explicarme lo que sucede. Así que, como hizo lo que le dio la gana, ¡yo también!

No fui a su casa, tal y como habíamos quedado, ni tampoco le avisé cuando estuve cerca para que ella estuviese al tanto de mi llegada. Preferí detenerme en la terraza de un restaurante para saciar mi voraz apetito y, después, le mandé un mensaje para informarle dónde estaba.

No penséis que soy mala, ¡le he mandado mi ubicación por WhatsApp para que pueda encontrarme fácilmente! Además, este pueblo tampoco es tan grande; seguro que no tarda nada en llegar.

De todas formas, no os preocupéis por nuestros piques. Desde que éramos pequeñas, siempre hemos tenido una excelente relación, salvo cuando se nos daba por putearnos. Yo les arrancaba la cabeza a sus muñecas, ella se chivaba a mis padres cuando me escapaba de casa para salir con mis amigas... Después, estábamos dos o tres horas sin hablarnos y, pasado ese tiempo de tregua, volvíamos a querernos con locura. ¡Cosas de hermanas!

Ahora está ocurriendo lo mismo: Nat se anda con intrigas, me deja con una ansiedad de narices, ¡pues yo paso de ella y me voy a comer fideuá! Os aseguro que, en cuanto llegue, se sentará en la silla, me pedirá disculpas y me dará un abrazo.

El camarero regresa con las tostadas de pan de cristal untadas con tomate natural y varias lonchas de jamón serrano al lado. ¡Madre mía! ¡Qué pinta tan rica! Cojo una y le doy un buen bocado. Entro en éxtasis, ¡está más sabrosa de lo que esperaba! Eso, o tengo mucha hambre. ¡Me encanta comer!

A los pocos segundos de devorar la primera tostada, llega Nat con

los ojos llorosos y se deja caer en la silla de al lado. ¡Qué teatrera que es! Suelto una risotada espontánea. Siempre me ha resultado gracioso su carácter dramático.

—¡Lo siento, Irene! ¿Estás enfadada? No quería ponerte más nerviosa.

Se abalanza sobre mí para abrazarme.

¿Más nerviosa? Si antes de que me llamara no estaba nerviosa. Además, ¿veis cómo tenía razón? Sabía que, en cuanto apareciera, se disculparía y me abrazaría. Nat es superpredecible. Sin embargo, aunque a veces pueda resultar agobiante, adoro su forma de ser.

Le devuelvo el abrazo. Llevo muchos meses sin verla y necesitaba abrazarla.

—Tienes un talento innato para montar un *show* de la nada —aseguro.

—No me vengas otra vez con ese cuento —refunfuña arrugando la nariz—. Ya sé que piensas que soy una exagerada. No obstante, lo que te tengo que contar es importante.

—Dispara —suelto.

—No sé cómo decirlo sin que te alteres...

¡Ya empezamos! Más intrigas, ¡ve al grano!

—¡Ay, Nat! Si vas a seguir dando vueltas al tema, primero, como tranquila y, después, ya me lo cuentas.

Resoplo.

—Vale, ¡allá voy!

Agita los brazos para liberar nervios. Entonces, a lo lejos, veo aproximarse a alguien que conozco perfectamente y que camina despreocupado por la calle hacia nosotras.

—¿Es Isaac? —pregunto al reconocer a mi exnovio.

—¿Cómo lo sabes?, ¿habéis hablado ya?

Nat no lo ve porque está justo detrás de ella. Desvío la mirada de mi ex y la centro en mi hermana.

—¿Ya?, ¿de qué tengo que hablar con Isaac?

—Me estoy perdiendo —pronuncia Nat.

—Disculpa, ¡yo sí que estoy perdida! —Me inclino para acercarme a mi hermana—. Resulta que acabo de llegar a San Juan y me encuentro a mi exnovio, al que le partí el corazón hace tres años, paseando por aquí. Por si eso no fuese poco, mi hermana me pregunta

si ya he hablado con él —reflexiono en voz alta—. Creo que la que no entiende nada soy yo.

—Puedo explicártelo —susurra Nat.

—Eso espero, guapita —respondo.

Como no podía ser de otra forma, porque Isaac no podía pasar por mi lado sin percatarse de mi presencia y evaporarse —¡eso no podía pasar!—, él me reconoce a escasos metros de llegar a nuestro lado. Sonríe, me saluda con la mano y considera que lo mejor que puede hacer es venir a nuestro encuentro. ¡Bravo, bravísimo!

El corazón se me dispara, no porque sienta algo intenso al verlo. Estoy incómoda, ha pasado mucho tiempo, y fui yo la que lo dejó. Tampoco siento mariposas en el estómago, ¡tengo hambre, joder! Mi tripa pide comida, no reencontrarme con el pasado. Y ahora voy a tener que iniciar una conversación con alguien con el que no me apetece mucho.

—Irene, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo estás? —Isaac se agacha para darme dos besos. Yo sigo sentada en la silla, flipando en colores. Él parece feliz de verme de nuevo—. Ya me ha dicho Natalia que venías a pasar el verano con ella, así que bienvenida a San Juan.

Si me da la bienvenida es porque él vive aquí, ¿no? O, quizás, solo esté unos días de vacaciones. Tal vez, con un poco de suerte, hoy sea el último día que pasa en la playa y se va dentro de unas horas. No tendré tanta suerte.

Por fin reacciono y me levanto a la vez que mi hermana, la misma que sonríe con demasiada intensidad y a la que tengo unas ganas tremendas de abofetear. Pero me contengo para no parecer más desubicada de lo que me siento.

—Natalia no te ha dicho nada, ¿verdad?

Isaac levanta el entrecejo. La cara de gilipollas que debo de tener para que él saque esa conclusión seguro que es mayúscula.

—Acaba de llegar —se defiende mi Nat forzando su sonrisa.

—¿Qué pasa? —pregunto entre risas. Estoy nerviosa—. Cuánto secretismo... ¡Cualquiera diría que te vas a casar! —bromeo para relajar el ambiente. Isaac abre los ojos y ensancha su sonrisa. ¡Joder! ¡He dado en el clavo! ¡A la primera! Si lo llego a saber, digo que le ha tocado la lotería y me va a regalar un par de millones—. ¿Te vas a casar? —repito sorprendida.

—Este verano —afirma.

La noticia me pilla desprevenida, pero no pasa nada. Mi ex se casa, ¡genial! Quiero que sea feliz. No hay problema, ¿no?

—Y nosotras nos vamos a encargar de parte de su boda —añade mi hermana, lo que me deja alucinada.

Me giro lentamente hacia ella mientras contengo mis ganas de asesinarla. El camarero se acerca a nuestra mesa con una paellera entre las manos.

—¡La fideuá está lista! —señala.

¡Ideal! Por fin una buena noticia.

Capítulo 3

MI EX SE CASA

Está bien, lo reconozco: suena a cliché de comedia romántica. La protagonista de la historia coincide con su ex al comienzo de sus vacaciones veraniegas, y este le revela que se casa dentro de unas semanas. Entonces, ella tiene sentimientos encontrados porque, al verlo de nuevo, vuelve a notar las mariposas revoloteando y no está segura de si cortar con él fue una buena idea o la peor decisión que jamás ha tomado.

Suponiendo que yo sea la protagonista de la historia, tengo que admitir que estoy muy segura de la decisión que tomé. Me aburría soberanamente a su lado. No había pasión ni chispa ni nada de nada. Os voy a ahorrar unas cuantas horas de explicaciones sobre lo monótona y tediosa que era nuestra relación resumiendo el motivo de nuestra ruptura en una sola frase: entre Isaac y yo no existía conexión. Yo era la noche y él, el día. Él era el frío y yo, el calor. Y creedme, los polos opuestos no se atraen, ¡se aburren muchísimo porque no tienen nada en común!

Aunque reconozco que, ahora que lo tengo delante de mí, mi corazón bombea con fuerza, no solo por la exclusiva que acaba de

lanzar, sino por traer a mi mente nuestros besos, discusiones y otros recuerdos vividos con él. Además, está bastante guapo. Siempre ha sido un chico atractivo. Mide casi uno ochenta, es deportista, tiene el pelo rubio y algo largo, las facciones de su cara son masculinas y... ¡Vamos! ¡Está tremendo!

Suelto un suspiro que me devuelve a la realidad. Me repito mentalmente que no siento nada por él. El pasado, pasado está, y fue una buena idea romper con él. ¿Lo fue? ¡Ay, ahora mismo no puedo pensar con claridad! Necesito comer, ¡necesito esa fideuá de marisco! Después, ya decidiré lo que siento por Isaac.

Continuamos los tres de pie alrededor de la mesa de la terraza. La comida huele de maravilla. Y yo aún estoy procesando la información que acabo de recibir, sobre todo, eso de que mi hermana y yo nos vamos a encargar de parte de la boda de mi ex. ¡Ah, eso también es muy de comedia romántica! ¿Debería de preocuparme ya?

Mi tirria hacia los romances divertidos tiene una explicación lógica. No penséis que estoy loca, ya os lo contaré más adelante.

—¡Me hace mucha ilusión que forméis parte de este día tan importante para mí! —exclama Isaac.

—¿En serio? —pregunto sin pensar. ¿Qué queréis que os diga? Se me hace rarísimo que lo entusiasme que yo forme parte de su boda—. ¿No estás enfadado porque te dejé? —vuelvo a preguntar sin consultar a mis neuronas.

Mi ex se echa a reír. A continuación, apoya su mano en mi hombro.

—Irene, eso fue hace mucho tiempo. —Hace un ademán con la mano—. Además, gracias a que no tuve ninguna relación contigo, pude conocer a Vanesa, mi prometida. Reconozco que, cuando me abandonaste, lo pasé mal, pero continué con mi vida y conocí a una mujer maravillosa de la que me enamoré y con la que me voy a casar.

¿Abandonar? ¡Yo no abandoné a nadie! Lo dejé por necesidad. Para evitar ahogarme en una vida triste y que no me hacía feliz. Obviaré ese comentario y me centraré en que el chico está enamorado de nuevo y que parece que no me guarda rencor.

—¡Pues eso tenemos que celebrarlo! —chilla mi hermana—. Isaac, ¿te sientas con nosotras?

Él mira el reloj de su muñeca. Yo observo la fideuá y calculo

rápidamente que, si repartimos la paellera para tres, las raciones serán minúsculas.

—Lo siento, chicas, pero he quedado con Vanesa. Tengo que irme. —Entonces, se gira hacia mí y me mira con intensidad—. Irene, me gustaría tomar un vino contigo un día de estos, ¿te apetece?

¿Me apetece? ¿Por qué no? Aunque nuestra relación no fuese a buen puerto, guardo un gran cariño a Isaac. Será agradable recordar los buenos momentos que compartimos.

—Claro —asiento.

—¡Perfecto! Si no te importa, le pido a tu hermana que me pase tu contacto y te escribo para ver cuándo te va mejor, ¿está bien?

—¡Muy bien! —respondo.

Después de darnos un par de besos, Isaac se despide y desaparece por la avenida. Yo me doy la vuelta para comprobar si aún conserva ese culito suyo que era tan sexi. Me muerdo los labios. Lo conserva.

Capítulo 4

¿QUÉ PINTO EN ESA BODA?

—¿Qué significa que vamos a participar en la boda de Isaac? —pregunto a mi hermana con cierta agonía.

—No te preocupes. —Abofetea el aire con la mano. Trago saliva. Cuando dice que no me preocupe es porque debo de preocuparme—. Vamos a preparar los detalles para la boda. Nada más.

Se encoge de hombros y sonríe.

Se me va el nudo del estómago, la presión y las ganas de llorar. ¡Falsa alarma! En realidad, era lo más lógico. Mi hermana tiene una tienda muy cuca, en el pueblo, de jabones naturales que ella misma prepara.

No sé por qué me había puesto en lo peor; me veía como madrina, dama de honor o la que entrega los anillos a la pareja. ¡Qué curioso es que, cuando nos imaginamos algo que aún no ha sucedido, siempre pensamos en lo más espantoso!

Respiro aliviada antes de sentarme a la mesa. ¡Ahora sí que puedo comer la dichosa fideuá! El camarero se acerca para preguntarnos si Nat también comerá y, así, ponerle un plato y cubiertos. Mi hermana indica que sí, que ella también tiene intención de disfrutar de la

fideuá.

—¿Y por qué nosotras? —insisto mientras me sirvo una ración generosa, antes de que le pongan la vajilla a mi hermana y se zampe toda; ¡es capaz!

—Ay, Irene. —Suspira de mala gana—. ¡Es trabajo! Soy la única que tiene una tienda de jabones artesanales aquí, y son un detalle fabuloso para regalar en cualquier evento. ¡En verano no paro de trabajar, y casi todos los encargos son de las bodas que se celebran! Resulta que Vanesa, la prometida de Isaac, tiene la piel atópica, y mis productos le van de maravilla para cuidar su cuerpo. Así que no dudaron en encargarme los detalles para su boda. ¡A ambos les encantan mis jabones!

—Ya, ya, ya... ¡Qué casualidad! —murmuro a la vez que engullo la pasta con marisco; ¡está deliciosa!

—Eres una desconfiada —me riñe mi hermana—. Isaac ya se ha olvidado de ti.

—Si no recuerdo mal, estaba un poquito obsesionado conmigo. —Señalo a Nat con el tenedor—. Cuando corté con él, estuvo varios meses escribiéndome mensajes y llamándome para que le diese otra oportunidad. Fue bastante incómodo. Hasta me dijeron que su siguiente novia era muy parecida a mí físicamente.

Nat suelta una carcajada.

—¡Por favor! Me parece que eres un poquito creída. Además, ¿cómo sabes que su siguiente novia se parecía a ti? Quizás, eras tú la que estaba obsesionada con él y lo espiabas por redes. ¡Por eso sabes lo de la novia clon!

—¡Sí, estaba tan obsesionada que por eso corté con él! ¡No te jode! —exclamo alucinada por las chorradas de mi hermana. Cuando quiere defender algo o a alguien, en esta ocasión a Isaac, puede inventarse cualquier teoría e intentar que resulte coherente aunque sea un disparate—. Natalia, me parece perfecto que Isaac te haya encargado los detalles para su boda, que ahora seáis amiguitos y que su prometida te caiga de maravilla, pero deja de decir gilipolleces porque sabes perfectamente que él era el que estaba obsesionado conmigo y no al revés.

—Irene, ¡eso pasó hace mucho tiempo! Isaac está enamorado de Vanesa y no siente nada por ti. ¡Pasa página de una vez!

La mato. Os juro que la mato. ¿Se ha propuesto volverme loca? Parece mentira que yo sea la hermana menor y ella, la mayor. En teoría, tendría que ser la más sensata y madura de las dos, ¿no? ¡Pues no!

—Mira, guapita, estoy a esto... —Acerco los dedos pulgar y corazón de la mano derecha entre sí—... de mandarte a tomar viento fresco, pillarme una habitación de hotel y no verte en dos o tres semanas. A Isaac lo tengo bastante olvidado, te lo aseguro. ¡Joder, si hasta hace unos minutos ni me acordaba de él!

—Pues tu cara decía lo contrario cuando le miraste el culo —añade Nat.

Oye, que no para la mamarracha. ¿Quiere sacarme de mis casillas? Tiene una habilidad innata para conseguirlo. Sin embargo, yo cuento con años de experiencia esquivando sus arrebatos. ¡Toca ponerlo en práctica!

Respiro profundamente. «Calma, Irene —me digo para mis adentros—. No le hagas caso. Sabes lo que tienes que hacer». Entonces, sonrío y doy un trago a la copa de cerveza.

—¡La verdad es que tiene un trasero de escándalo!

Mi hermana me mira extrañada. ¡Ja! No se lo esperaba. Os diré un truco que os vendrá muy bien en muchas ocasiones: si no puedes con tu enemigo, antes de que te vuelva loca, ¡alíate con él! O, en este caso, le voy a dar la razón y, después, haré lo que me dé la gana.

—¿Cómo?

—Como lo oyes, Nat. —Me inclino hacia mi hermana y me dispongo a soltarle la mayor de las vaciladas. Ya va siendo hora de que ella también sienta un poco de angustia—. Dale mi número cuando puedas. Me pica la curiosidad saber qué tal lo trata la vida a Isaac. Además, yo estoy soltera, ¡puedo hacer lo que me dé la gana! —Ahora va la vacilada máxima—. Lo malo será que, al quedar con él y recordar viejos tiempos mientras tomamos unos vinos, rebroten antiguos sentimientos apagados y pase algo. Imagínate, ¡a tomar por culo la boda y los detalles!

—¡No serás capaz! —tartamudea con la cara pálida.

—Será mejor que cobres por adelantado —bromeo.

Estallo en risas y suelto, de una vez, toda la tensión que he acumulado durante los últimos minutos.

Después de aclarar a mi hermana que no tengo ninguna intención de intimar con mi ex, devoramos la fideuá. La comida transcurre con tranquilidad; por suerte, no hay más noticias bomba y pasamos una velada divertida.

Antes de terminar con nuestro festín e ir a casa de Nat a dejar las maletas, pedimos un par de cortados con hielo.

—¡Me alegra mucho que pasemos el verano juntas! —señala mi hermana.

—A mí también. Necesitaba salir de la ciudad y desconectar unos meses. Además, te he echado mucho de menos. Desde que te mudaste aquí, aunque hablemos por videollamada casi todos los días, extraño nuestras quedadas. Aunque, cuando te pones en plan tocanarices, agradezco que estés a unos cuantos cientos de kilómetros de distancia —aclaro entre risas.

—Ja, ja, ja. ¡Yo también te quiero!

—¿Cuándo tenemos que ponernos con los jabones? —le pregunto.

—Aún quedan unos cuantos días para el primer pedido, pero podemos ir preparándolo poco a poco, así no nos pilla el toro. Si quieres, a partir de mañana, podemos ponernos a trabajar una o dos horas.

—Me parece perfecto. Por cierto, no hemos hablado de mi sueldo.

Mi hermana se atraganta con el café.

—Oye, te alojo gratis en mi casa y te invitaré a comer algún día.

—¡Eso es explotación!

Lo sé, ahora soy yo la tocanarices.

Entonces, siento la brisa acariciar mi cara. ¡Huele a mar! De repente, noto un torrente de felicidad que me invade todo el cuerpo. Mi llegada ha sido muy brusca, pero ahora acabo de ser consciente de dónde estoy y de con quién estoy. ¡Va a ser maravilloso! No puedo evitar sonreír.

—Vale, perfecto. —Nat levanta los brazos—. Invito yo. Pago y nos vamos a casa, ¿está bien?

—Ve tu primera, yo tengo que hacer algo.

Capítulo 5

CONECTAR

No. Mi hermana no se ha ido a casa. Ha decidido acompañarme. Nat es así. ¿Quieres un momento de intimidad? Olvídate, ella siempre estará en medio.

En esta ocasión, no me importa. Hemos venido a una cala que nos encanta y que poca gente conoce. Estamos en la orilla, descalzas y frente al mar. Necesitaba sentir, de nuevo, la brisa con olor a sal, escuchar el sonido de las olas y que el sol acariciara mi piel.

¡Esto es vida! A veces, siento el arrebato de dejar mi vida en Madrid y mudarme a la costa, aunque desecho esa idea al poco tiempo. ¡Me apasiona el ritmo frenético de la capital! Además, mis padres y mis amigas viven allí. Se me haría muy difícil pasar mis días sin ellos. ¡Son mi droga!

Cierro los ojos, respiro profundamente y exhalo. Renuevo mi energía. Me siento bien. Acabo de vaciar mi mente de todo pensamiento. Solo me conecto con la naturaleza. Eso es mejor que cualquier clase de yoga. ¡Os lo aseguro!

—¿Piensas estar mucho rato meditando mientras miras el mar? —pregunta mi hermana con poco tacto.

¡A tomar por saco mi momento zen! ¡Qué suerte que se haya animado a venir! Modo ironía *on*.

—No lo sé —respondo en voz baja y sin apartar la vista del horizonte.

—¿Quince minutos? —insiste.

—Nat, no lo sé —repito.

—Solo dime algo aproximado... Tengo muchas cosas que hacer.

Resoplo. Me giro hacia ella con cierta molestia. ¡Qué pesadita es cuando quiere!

—¿Para qué has venido? —Me enojo de hombros—. Yo no te lo he pedido. Llevo muchos meses en la ciudad y, ya que estoy de vacaciones, me apetece disfrutar de la playa.

Tampoco es complicado de entender, ¿no? Quiero liberar tensiones gracias a la tranquilidad que me brinda esta pequeña cala y el sonido del mar. Eso requiere de cero prisas.

—Irene, qué susceptible estás —protesta mi hermana. Después, echa un vistazo a la pantalla de su móvil para comprobar la hora—. Es que no entiendo qué hacemos aquí, como dos tontas, delante del mar. No tenemos toallas ni crema solar ni bañadores, así que ni vamos a tomar el sol ni te vas a bañar. ¿Cómo vas a disfrutar de la playa?

Levanto el entrecejo y sonrío con picardía. ¡Es momento de escandalizar a mi familiar!

—No hace falta bikini para darse un chapuzón —añado.

—¿Otra vez con el nudismo? Dime que no piensas bañarte desnuda, por favor.

Pero, antes de que acabe la frase, ya me he quitado la camiseta. Después, me desabrocho el sujetador, me bajo el *short* y el tanga.

El año pasado, Nat se escandalizó cuando hice toples en esta misma cala. «Irene, tápate, que nos van a mirar todos», me reprochó. Sin embargo, las pocas personas que estaban apenas llevaban ropa. De hecho, si no recuerdo mal, ¡mi hermana era la única con bañador!

Siempre ha sido muy pudorosa, ¡lo contrario que yo! No os confundáis, no soy ninguna exhibicionista. Pero pocos placeres se equiparan con el de bañarte desnuda. Si no lo habéis hecho nunca, ¡os invito a probarlo! Ya me lo agradeceréis después.

—No seas anticuada. ¡Quítate la ropa, y al agua!

La provoco.

—¡Ni harta de ron! —Da un paso hacia atrás para evitar que le arranque la camiseta—. Desnuda me baño en la ducha, sin que nadie me vea.

—Anda, tonta. No prives al mundo de que vea ese cuerpazo que tienes —bromeo.

—Me voy a casa, ¡luego nos vemos! —chilla mientras se aleja corriendo.

Suelto una carcajada ante la escapada de mi hermana. Siempre me ha resultado muy gracioso su exceso de pudor. Aunque, en realidad, me da cierta pena ya que, por culpa de sus inseguridades, se pierde cosas maravillosas.

Camino con calma hasta zambullirme en el agua. Está templada. Es agradable sentir como abraza todo mi cuerpo. Me sumerjo. Apenas me cubre, así que me tumbo boca arriba. Mis pies y mis piernas acarician la arena mojada mientras yo me creo la Sirenita. Solo me falta ponerme a cantar y peinarme con un tenedor.

Pasado el momento de euforia por estar de nuevo en la playa, cierro los ojos. Escucho el vaivén de las olas, el graznido de las gaviotas y el sonido de la gente de fondo. Es relajante. Siento paz, tranquilidad y equilibrio.

¡Echaba en falta esta sensación tan agradable! La de sentirte diminuta en medio de la nada. La de desaparecer para encontrarte de nuevo. La de olvidarte de todos los problemas y sentirte segura. O, dicho de otra forma, la de conectar contigo misma.

Este capítulo está a punto de finalizar. Seguramente, os estaréis preguntado a qué narices han venido estas páginas en las que apenas he contado nada, ¿no? O diréis que este es un capítulo de relleno. ¡Pues os equivocáis! Esperad unos segundos.

De repente, una voz masculina rompe mi tranquilidad.

—Disculpe, señorita.

Me incorporo con rapidez cuando me doy cuenta de que alguien me llama y... ¡Madre mía! ¿De dónde ha salido semejante hombretón? Y, sobre todo, ¿qué querrá?

Capítulo 6

EL GUSTO ES MÍO

«Irene, bonita, vas desnuda», me digo para mis adentros. ¡Vaya!, ¡cómo si no supiera que he dejado toda mi ropa en la arena y voy mostrando mis encantos! Me importa un pimiento, en serio.

No tengo un cuerpo de modelo, pero tampoco lo quiero. A ver..., puestos a elegir, no me importaría quitarme algún kilito que, tal vez, me sobra... Sin embargo, he aprendido, a lo largo de los años, que soy estupenda tal y como soy.

El hombre que me llama, aún no sé por qué, es muy atractivo, así que intento imitar a una chica Boom al salir del agua. Quiero causarle buena impresión porque nunca se sabe dónde puede encontrar una el amor.

Por lo tanto, me contoneo con sensualidad. Después, me hago la despistada para resultar más interesante.

—¿Te refieres a mí? —pregunto como si no supiese a quién se dirige.

¡No hay nadie más a mi alrededor! Espero que no piense que soy idiota.

—Sí. ¿Puedes acercarte un momento? —señala mientras sonríe.

¡Joder! Todavía me resulta más guapo cuando muestra su perfecta dentadura blanca. Es un chico alto, moreno, delgado y terriblemente sexi. No lleva bañador, así que no tardo en comprobar que su talla de ropa interior es la XXL.

Desvío la mirada de sus partes íntimas y vuelvo a su deslumbrante sonrisa. Poco a poco me aproximo a él. ¿Qué querrá? Mientras camino, estiro la espalda y levanto los pechos. ¡Qué contemple a la diosa griega que tiene delante!

—Dime —pronuncio con voz sensual.

—Llevas pegadas a la espalda varias algas —me avisa.

¡Perfecto! ¡A tomar por saco la sensualidad! Mi intento por resultar una chica Boom se ha convertido en ser el monstruo del pantano.

Miro hacia atrás con elegancia, con la poca que me queda, y me quito las plantas marinas. Después, me echo un poco de agua en la espalda y me giro hacia el desconocido. ¡Ay, mi madre! Está pegadito a mí. Casi me caigo de la impresión. No esperaba que estuviese tan cerca.

—Me llamo Romeo.

Se presenta alargando la mano para estrecharla.

—Yo soy Irene.

Sellamos la presentación estrechando nuestras manos. Todo es muy surrealista, porque os recuerdo que ambos estamos desnudos, y aún no sé ni quién es este tipo ni qué quiere. Solo conozco su nombre.

—Gracias por avisarme que llevaba las algas.

Deduzco que ese es el motivo por el cual me llamó.

—De nada. —Suelta una pequeña risotada—. Me dan mucho repelús —asegura poniendo una mueca de asco.

—Tampoco es para tanto. —Intento restarle importancia al incidente—. Hay gente que hasta se las come.

Los dos nos echamos a reír. ¡Genial! Le resulto divertida. Entonces, nos quedamos callados unos segundos que se me antojan eternos.

¿Y ahora qué hago? Será mejor que me despida y vuelva a darme otro chapuzón porque, si sigue esta tensión sexual, no me hago responsable de mis actos. Os aseguro que aquí hay tomate.

—Un placer conocerte, Romeo. ¡Que tengas un buen día!

Entonces, cuando estoy a punto de marcharme, me coge de la mano. ¡Madre mía! No puedo evitar que se me erice la piel al sentir su calor.

—¡Espera! —exclama.

¡Ay, ay, ay! Que este tío quiere lío conmigo, ¿verdad? Me llama cuando estoy bañándome desnuda, se presenta en pelotas y ahora me coge de la mano. ¡El chico está loquito por mí! Trago saliva.

—Sí —respondo sonriendo con picardía.

—Mi novia y yo acabamos de llegar a San Juan. Hemos encontrado esta cala tan bonita y hemos decidido darnos un baño. Ahora queremos ir a picar algo. ¿Podrías indicarme algún bar o restaurante donde se tapee bien?

¡Bofetada de realidad en tres, dos, uno, cero! Se me está bien empleado por ir de creída. Al escuchar su pregunta, mi cuerpo se relaja. Se va la tensión sexual, la química, y hasta prefiero que pase una ola y me lleve a tomar por saco para no seguir haciendo el ridículo.

Me quedo callada durante un rato. Está bien, tengo que decir algo, o va a pensar que me falta un hervor.

—Claro —tartamudeo—. Hay un bar con una terracita preciosa donde preparan raciones y tapas deliciosas. Está en el centro del pueblo.

—No sabemos ir. —Se encoge de hombros—. Como te comentaba, acabamos de llegar.

—¿Conoces Google Maps? —suelto sin pensar.

Romeo se echar a reír. Yo me sonrojo ante mi atrevimiento.

—Claro que lo conozco, pero me fio más de las recomendaciones de los habitantes locales —explica.

—Verás, no vivo aquí, he venido a visitar a mi hermana. Aunque vengo casi todos los veranos y conozco algunos lugares interesantes —aclaro.

—A esa terracita que has comentado ¿cómo se llega? —pregunta.

De repente, me quedo en blanco. En serio, no sé cómo explicarle la ubicación. ¿Qué me pasa? ¿Serán las horas de viaje? ¿O quizás mi hermana me ha agotado mentalmente hasta dejarme medio zombi?

Entonces, sacudo la cabeza y por fin digo algo medio coherente.

—Si no tenéis mucha prisa, me doy un bañito y os llevo yo.

¿Cómo vais?

—En coche —responde.

—Genial. Podéis seguirme. ¿Salimos dentro de veinte minutos?

—¡Perfecto, Irene! —exclama feliz—. Si no es mucha molestia, ¡nos haces un favor enorme!

«A ti sí que te haría yo un favor, ¡y bastante enorme!», pienso con picardía. Después, Romeo se dirige hacia la arena donde lo espera su novia. Yo decido continuar con mi momento de tranquilidad. Necesito renovar mi energía.

Me tumbo, de nuevo, bajo el agua. Escucho las olas, a las gaviotas y el bullicio de la gente. Tomo aire para renovar mis pulmones. Cierro los ojos y... ¡zaaaaaaas! Viene a mi mente el culo de Isaac, el mismo que antes observé como se alejaba con gracia.

Abro los ojos de golpe. Me sobresalto. ¡Lo que me faltaba! ¿A qué viene esa imagen? ¿Ahora voy a fantasear con el trasero de mi ex? Necesito una birra. Tengo que borrar esa escena de mi cabeza a la de ya.

Me incorporo y busco a Romeo con la mirada. ¡Ahí está!, comiéndose a besos a su novia. ¡Esto es increíble! ¿Por qué me pasan estas cosas? Ahora tengo que guiar a los amantes en celo hasta la terraza.

Suelto un suspiro exagerado que anuncia el fin de mi paciencia por lo que queda de día. Muevo los brazos para llamar su atención. Él me ve y me saluda. Entonces, pongo las manos alrededor de la boca, como si fuesen un altavoz, y chillo:

—¡Nos vamos cuando queráis!

Capítulo 7

LA COSA VA MEJORANDO

—¡Anda ya! ¿Eso le hiciste al pobre hombre? —pregunto entre risas.

Resulta que Romeo y Carlota, su novia, son una pareja encantadora y de lo más divertida. Llevo una hora y media sentada en la terraza del bar, tomando tapas y bebiendo birras con los dos. Los he acompañado hasta el lugar y, al llegar, se han empeñado en invitarme unas cañas como nuestra de agradecimiento por guiarlos hasta aquí. Para variar, me he liado otra vez.

Entre risas, cervezas y calamares fritos, me han contado que llevan saliendo hace cuatro años, que son de Córdoba y que les encanta ir de vacaciones sin tener nada planificado, ¡a lo loco!

Doy un trago a mi bebida mientras Carlota muestra una sonrisa picarona. Sin lugar a dudas, está orgullosa de la travesura que le hizo a su pareja.

—Te lo prometo —asegura ella—. Una tarde que se quedó dormido en el sofá, como yo estaba aburrida, cogí mi set de maquillaje y le pinté toda la cara. Cuando se despertó, le propuse ir a tomar algo a un bar. Evité que se mirara al espejo mientras se vestía.

—Fue fácil porque yo seguía medio dormido —añade Romeo—. Así que me puse un pantalón y una camiseta, y salimos de casa. —Se le escapa una carcajada al recordar la anécdota. No lo hace con rencor ni con rabia, ¡disfruta al acordarse de la trastada de su novia! Romeo pasa su mano por encima de la de Carlota. De repente, siento envidia sana ante la relación tan alocada de la pareja—. ¡Todo el mundo me miraba! Algunos me señalaban y otros se descojonaban.

—En realidad, no lo maquillé, ¡le pinté la cara como a un payaso! —confiesa Carlota llorando de la risa.

Casi me atraganto al imaginarme la escena. Me veo obligada a escupir la cerveza para poder reír a gusto. Romeo, con la cara blanca, con los labios pintados de rojo y con sombra de ojos tiene que estar graciosísimo.

—¿Qué hiciste tú?, ¿te vengaste? —le pregunto a él.

—Cuando me vi en el espejo del bar al que fuimos, por poco me meé de la risa —admite—. Pero no soy rencoroso, así que no me vengué.

—Oye, guapito, por la noche te lo compensé en la cama —responde ella.

Vuelvo a escupir la cerveza ante la falta de pudor por parte de Carlota. ¡No se ha cortado ni un poquito!

—Tienes razón. —Romeo agranda la sonrisa—. Tengo que dejar que me maquilles más veces. ¡Lo que pasó después fue apoteósico!

¿Hola?, ¿se acuerdan de que aún estoy delante?

—Hablemos de otra cosa porque vamos a sacar los colores a Irene —apunta ella.

—¡Qué bah! —Hago un ademán con la mano, intentando disimular mi asombro—. ¡Celebro vuestra activa vida sexual!

Levanto la copa de cerveza con la mano. ¡Perfecto! He salido con soltura del momento incómodo. Los tres brindamos y nos echamos a reír. Después, Romeo y Carlota se funden en un beso corto pero intenso.

—¿Cuánto tiempo vais a quedaros por aquí? —disparo.

—No lo sabemos. Tal vez, un mes —responde él—. Hemos reservado para tres semanas un hotel. Sin embargo, existe la posibilidad de alargar nuestra estancia.

—Somos como el viento, ¡libres! —apunta ella—. Si nos apetece

quedarnos más tiempo, nos quedaremos. Aunque, si queremos visitar otros destinos, tal vez, nos vayamos antes. No nos gustan las ataduras.

—Somos de improvisar —añade Romeo.

Eso me gusta. A veces, está genial olvidarse de las pautas, de las agendas y de las obligaciones para dejarse llevar por lo que a uno le pide el cuerpo. La vida sería mucho más sencilla si nos escucháramos con más frecuencia.

—¡Me parece fabuloso! —exclamo.

—¿Y tú?, ¿cuánto vas a estar aquí? —quiere saber Romeo.

—Todo el verano —contesto mientras me paso la mano por la nuca—. He venido para ayudar a mi hermana con su empresa de jabones artesanales. En esta época del año, tiene más trabajo que nunca porque se celebran muchas bodas y tiene un montón de encargos. Como soy maestra, tengo varios meses libres, así que le voy a echar una mano con todo el jaleo que tiene la pobre.

—Me encantan esos jabones. Huelen de maravilla y son superecológicos —confiesa ella.

—Además, suena divertidísimo —señala Romeo.

—Ya, sobre todo, si me voy a encargar de preparar los detalles de la boda de mi ex.

Resoplo de mala gana.

—¿Perdona?

Ella pone una mueca de sorpresa.

—Es una larga historia. —Suspiro—. Os la resumo: mi único novio serio se casa este verano. Yo le rompí el corazón hace tres años, cuando corté con él. Hasta hoy no sabía nada de nada de él, hasta que hace unas horas me lo he encontrado en esta misma terraza y me he enterado de su enlace y de que soy la responsable de los detalles que se repartirán en la celebración. Mi querida hermana se había guardado la exclusiva.

—¿Y cómo ha sido el reencuentro? —quiere saber Carlota.

—Brusco al principio, pero después he notado a mi ex relajado. ¡Hasta me ha invitado a tomar unos vinos para recordar viejos tiempos!

—Y metértela hasta el fondo —añade la chica a la que acabo de conocer hace un par de horas.

Abro los ojos como platos al escuchar su comentario. ¡Joder! Esta

mujer no tiene filtros.

—¡Lo dudo mucho! —En realidad, no lo dudo. Isaac siempre ha estado muy pillado por mí. No obstante, necesito convencerme de que él no siente nada, o saldré corriendo cada vez que lo vea. Además, han pasado muchos años, ¡él ya no me quiere!—. Está prometido. Solo pretende tomar unas copas mientras nos ponemos al día.

—Unas copitas por aquí, unos recuerdos por allá, un besito que se escapa y, de repente, ¡estáis los dos copulando en el baño del restaurante en el que os habéis citado! —señala ella.

¡Buen argumento para una película erótica! Pero eso no va a pasar. ¿Qué opináis vosotras? ¿Isaac va con segundas intenciones?

—¡Uf, qué pereza! —protesto—. Isaac es parte de mi pasado, prefiero enfocarme en el futuro y probar cosas nuevas.

—Coincido contigo —me apoya Romeo.

Entonces, suena mi teléfono móvil. ¡Es Nat! ¡Oh, no! ¡Otra vez me he vuelto a retrasar! Seguro que se ha preocupado al ver que no llegaba y está enfadadísima. Descuelgo y pongo voz de niña buena.

—Hola, Nat —saludo divertida.

—¿Dónde estás? Han pasado dos horas desde que nos vimos por última vez.

—Verás... Estoy en la terraza donde hemos comido antes, tomando unas cervezas con unos amigos —contesto avergonzada por no haberle avisado.

—¿Con quién? ¿Estás con Alba?

Alba es una amiga de mi hermana y de las pocas personas que conozco en San Juan, así que es normal que me pregunte si estoy con ella.

—No.

—¿Has quedado ya con Isaac?

—Tampoco —respondo.

—Entonces, ¿con quién estás?

—No los conoces. —Suelto una risita ante el desconcierto de mi hermana. Está bien, voy un poco chispilla porque llevo tres cervezas; ese es el motivo de mi carcajada—. ¿Te apuntas?

—Desde luego que no me apunto —refunfuña—. ¡Ay, es agotador ser la hermana mayor y la responsable!

¡Tendrá morro al asegurar semejante mentira! Puede que me haya

liado un poco al sentarme a tomar unas cañas con Romeo y Carlota, o que llegue tarde otra vez, pero en mi defensa diré que tampoco había quedado a ninguna hora con Nat y que ella suele ser la más infantil de las dos.

—Tienes que estar exhausta —ironizo.

—Irene, ¡no me toques lo ovarios! —se queja—. Necesito que vengas a casa ya. ¡Es importante!

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

—Ven y lo sabrás.

—Dime qué pasa, o me largo a Madrid —aseguro harta de tanto secretismo.

—Tengo que presentarte a alguien.

Capítulo 8

ÉL ES ADRI

Para mi sorpresa, Nat ensancha su sonrisa cuando llego a casa. ¡Qué raro! No suelta ningún reproche ni me abronca por mi tardanza. ¡Uy, uy, uy! Esto es un caso digno de estudio para Iker Jiménez. Mi hermana jamás desaprovecha la oportunidad de liármela parda cuando hago algo que no le agrada. A no ser que...

—¡Pasa! —me ordena de malas maneras, sin borrar su brillante sonrisa, que cada vez me resulta más escalofriante y falsa.

¡No puede ser! Solo disimula su enfado cuando hay alguien más con nosotras y quiere causarle buena impresión, o cuando pretende ocultar a la histérica gritona que lleva dentro. Además, me dijo por teléfono que quería presentarme a alguien. Por lo tanto, estoy en lo cierto: no estamos solas. Solo queda saber quién es el misterioso desconocido.

Nat me agarra del brazo para llevarme desde la entrada hasta la cocina de su casa a una velocidad supersónica. Está nerviosa, lo noto. Respira con rapidez, suda por la frente y por las manos, y continúa con su sonrisa.

Al llegar a la cocina, un chico está de espaldas a nosotras. Es alto,

lleva media melena morena y su complexión es fuerte. Va vestido con un pantaloncito corto de color crema y una camisa amarilla. Qué poco gusto para combinar colores, ¿no?

Al escucharnos llegar, se da la vuelta y... ¡Madre mía! El hombre es guapísimo. Tendrá unos treinta y seis años, o así... Sus ojos son azules y tiene uno de esos mentones con hoyuelo. Ahora entiendo que mi hermana no dejara de sonreír, ¡hasta yo misma he dibujado una sonrisa de bobalicona al verlo!

—Irene, él es Adri —me presenta Nat—. Adri, ella es Irene.

—Mucho gusto —dice él antes de darme dos besos, uno en cada mejilla.

—Encantada —respondo.

¿De dónde ha salido este monumento? ¿Y qué narices hace en la cocina de mi hermana?

—Natalia me ha hablado mucho de ti —comenta Adri.

Yo no puedo decir lo mismo, ¡no tengo ni idea de quién es!, así que me limito a sonreír, esperando que alguien me aclare quién es el susodicho. Entonces, mi hermana se acerca a él y lo coge de la mano. ¡Ya está todo solucionado! No hace falta decir nada más.

—Adri es mi novio.

Nat confiesa lo que era evidente. No sueles hacer manitas con el fontanero o con el electricista. Lo más normal es que lo hagas con tu pareja.

¿Y por qué no me había dicho mi hermana que tenía novio? ¡Ay, no! No me digáis que...

—¿También os casáis este verano? —pregunto entrecerrando los ojos.

Hoy ha sido un día de locos, así que, a estas alturas, ¡me creo cualquier locura!

—Irene, ¡no flipes! Llevamos saliendo un par de meses, ¿cómo nos vamos a casar? —responde Nat alzando la voz.

Adri se echa a reír mientras abraza a Natalia por la espalda.

—No sé. —Me cruzo de brazos—. De ti me espero cualquier cosa. ¡Hoy me has sorprendido bastante! —le echo en cara.

—A mí no me importaría casarme contigo —añade el enamorado al mismo tiempo que besa el cuello de mi hermana.

¡Ay, por favor! ¡Que no sean de ese tipo de parejas empalagosas

que están a todas horas demostrando al mundo lo mucho que se quieren! Más que nada, porque voy a pasar bastante tiempo con ellos y un exceso de mimos, besos y caricias puede volverme loca. Mientras que estemos juntos, que se comporten; en la intimidad, que hagan lo que les dé la real gana.

—Este verano va a ser que no —añade Nat— porque voy a tope de trabajo.

—Nunca se sabe, bichito. El verano es muy largo, tal vez te sorprenda con una proposición cuando menos te lo esperes —comenta él al tiempo que la rodea por la cintura con sus fuertes brazos.

¿Bichito? ¡Ay, no! Además, son de esas típicas parejitas de las comedias románticas que se llaman con diminutivos o apodos cursis en plan «princesita», «gordito» o «bombón». ¡Eso sí que no lo soporto! ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué tienen que llamar a sus parejas con un adjetivo ridículo? ¿Acaso no les basta con el nombre propio? ¿Necesitan crear un vínculo especial de amor inventándose apodos repipis con los que ridiculizar a su novio o novia?

Si alguien me llama «bichito» o de otra forma que no sea por mi nombre, ¡lo estrangulo! Yo no me expongo a que el resto del mundo escuche como alguien se refiere a mí como si fuese un caniche de dos meses. Eso no es amor, ¡es gilipollez elevada al máximo! Y según la RAE, *gilipollez* es 'dicho o hecho propio de un gilipollas'. Y yo me niego a tener un novio gilipollas.

—Ni se te ocurra, bichito —responde mi hermana. ¡Vaya! Resulta que ella también es gilipollas—. Estos meses voy a tope. De todas formas, creo que es un poco pronto para hablar de boda, ¿no?

Adri se encoge de hombros antes de regalarle un beso en la boca.

—A mí no me mires. Ha sido Irene la que ha sacado el tema. Yo solo he dicho que no me importaría casarme contigo —se defiende él.

¡Eso, bonito! ¡Échame la culpa a mí! Aunque razón no le falta al muchacho. Yo he sido la que les ha preguntado si se van a casar.

Suelto un suspiro ante tanta ñoñería y decido cambiar de tema.

—Creo que me voy a tumbar un poco, ¡estoy agotada del viaje! —aclaro mientras estiro los brazos como si fuese una contorsionista.

—¡Un momento! —exclama Nat—. ¿Con quién estabas cuando te llamé?

Como buena maruja que es, realiza la pregunta que tanto la

carcome antes de que me vaya.

—Con unos amigos —contesto en plan misteriosa, levantando el entrecejo.

—¿Con quién? —insiste.

—No los conoces.

Continúo con la intriga. En realidad, podría decirle quiénes son, pero disfruto más cuando la hago rabiar.

—Irene, yo soy la que vive aquí. Por lo tanto, conozco a más gente que tú. —Mi hermana pone los brazos en jarra—. Seguro que los conozco.

—Ya te digo yo que no. —Y entonces, me dispongo a dar el nombre de uno de ellos, antes de marcharme al dormitorio, para que Nat se vuelva loca intentando averiguar quién es—. No conoces a Romeo ni a su novia. Y ahora me voy a echar un rato, ¡necesito descansar! Luego te cuento todo.

¡Ahora sabrá mi hermana lo mal que sabe cuando te cuentan algo a medias tintas! A veces, una tiene que recibir de su propia medicina para que se ponga en la situación de los demás y no vuelva a hacerlo. Seguro que con esto se le quitan las ganas de darme más sorpresitas de las suyas.

—Está bien, cariño. Coge fuerzas —vacila—. Esta noche cenamos con Isaac y su novia.

¡La madre que la parió! Es decir, nuestra madre. Aún le quedaba una sorpresa más.

Capítulo 9

INFORMANDO A MIS AMIGAS

—¿Que has visto a quién? —estalla Marta al borde de un ataque de nervios.

Os cuento: he ido al dormitorio para invitados de casa de mi hermana, pero no para descansar —¡qué buena falta me hace!—, sino para marujear con mis amigas de todo lo que me ha pasado hoy, ¡que no ha sido poco!

En cuanto he entrado en la habitación, he cerrado la puerta y he realizado una videollamada a cuatro bandas: Marta, Gisela, Yas y yo. Así que estamos conectadas en un chat de video por WhatsApp.

—A Isaac. ¡Casi me da un soponcio cuando lo vi! —aseguro adoptando una pose dramática digna de la protagonista de un gran culebrón—. Por si fuese poco encontrármelo en San Juan, ¡resulta que voy a preparar los detalles de su boda!

—¿Quién es Isaac? —pregunta Gisela, que lleva poco en el grupo de amigas y desconoce parte de nuestro pasado amoroso.

—El ex de Irene. Un tipo soso, aburrido y que estuvo saliendo con nuestra amiga durante tres años, o así —responde Yas—. Pero lo dejaron hace mucho tiempo.

—Lo dejó Irene —matiza Marta.

—¿Y eso qué más da? —añado.

—Es importante —afirma ella asintiendo con la cabeza—. Porque, seguramente, Isaac se haya quedado más sorprendido al verte que tú al verlo a él.

—Marta, bonita, ¡piensa un poco! Isaac ya sabía que Irene iba a San Juan: ¡va a preparar los detalles para su boda! Así que se ha llevado poco susto al verla —contesta Yas poniendo los ojos en blanco y suspirando con desdén; ¡le encanta ser la lista del grupo!

—Exacto —añado—. Yo soy la única que desconocía lo que estaba pasando.

—¿Y qué hace tu ex allí? Y, lo más importante, ¿por qué preparas tú los detalles de su evento? —quiere saber Gisela.

—Resulta que lleva un tiempo viviendo en San Juan y que se lleva de maravilla con mi hermana. Por lo visto, ¡son superamiguis! —explico con ironía—. Mi hermana tiene una empresa de jabones artesanos y, dada a la excelente relación que tienen, ¡ella se encarga de los putos detalles nupciales! Yo voy a ayudarla, así que voy a preparar los regalitos para los invitados de la boda de mi ex. ¿Qué os parece?

—¿A ti te ha invitado al enlace? —pregunta Marta con su característica ingenuidad.

—¡Sí, soy dama de honor! ¡No te jode! —contesto con sorna—. ¡Ya era lo que me faltaba!

Yas suelta una carcajada al escuchar mi respuesta.

—¿Cómo fue el encuentro? ¿Sigue tan buenorro como antes?

Yasmina va al marujeo puro y duro. Sonrío con picardía al recordar el trasero de Isaac.

—El tío esta impresionante, ¡parece que no pasan los años por él! Es guapo, fuerte y su culo de infarto continúa en su sitio. —Me rasco la nuca mientras siento esas burbujas en el estómago al recordar algunos momentos buenos de mi relación con Isaac. Como al principio de nuestro romance, cuando pasábamos horas desnudos y charlando en la cama después de hacer el amor, o cuando me cogía la mano en el cine y no me soltaba hasta que acabara la película. ¡Esos recuerdos son imborrables, y no pienso deshacerme de ellos jamás! Creo que en eso consiste la vida, ¿no? En atesorar momentos que nos pongan la

piel de gallina—. El encuentro fue raro. O quizás no. ¡No lo sé! Cuando lo vi me sentí incómoda, ¡quería salir corriendo! Recordad que fui yo la que le partió el corazón.

—Eso he dicho yo —me interrumpe Marta.

—Pero, después, me alegré de verlo y de saber que es feliz.

—¡Así se dice, Irene! —exclama Yas—. Estás madurando, ¡ahora solo queda que te acuestes con él!

Gisela escupe el chicle que estaba mascando al atragantarse por culpa del comentario de nuestra amiga. Comienza a toser como una loca.

—¡Yas, estás mal de la cabeza! —señala mientras recupera la compostura—. Isaac se va a casar, ¿cómo va a acostarse con Irene?

—Además, no es buena idea tener sexo con un exnovio —añade Marta.

—Para empezar, Irene está soltera y puede hacer lo que le salga del mismísimo toto, ¿está bien? Isaac seguro que sigue colado por ella, siempre lo ha estado y siempre lo estará, por no mencionar que el chico está como un tren. ¡Así que nuestra amiga se puede dar un buen homenaje recordando el pasado! —Entonces, Yas mira a cámara antes de soltar una risotada—. Por otro lado, eso de que acostarse con un ex es una mala idea no es cierto. ¡Yo he follado con dos o tres de mis exnovios y lo he pasado pipa! Ya saben lo a una le gusta. Creo que los ex son los mejores amantes que puede haber. ¡Saben satisfacerte en la cama, y existe la confianza suficiente como para mandarlos a su casa cuando se termina el placer!

A estas alturas de la conversación, ya os estaréis haciendo una idea de cómo son mis amigas. De todas formas, por si os queda alguna duda, os las describo un poco mejor.

Yas es la una mujer segura. Tiene treinta y cuatro años. Es morena, alta, guapa y con unas curvas de escándalo que son la debilidad de muchos tíos y tías. Ella misma se declara bisexual. Es la primera persona a la que le he oído decir que el sexo no entiende de sexos, ¡solo de disfrute! Y creo que no le falta razón. Trabaja como *influencer* y relaciones públicas. Y os aseguro que es más liberal que Irene Montero, Samantha de *Sexo en Nueva York* y todo el reparto de *Élite* juntos.

Marta es un suave y tierno trocito de algodón. Es sensible, ingenua

y dulce. Suele hablar con un tono de voz armonioso, casi susurrando. A sus treinta y dos años, no dice palabrotas; ¡creo que nunca ha salido un taco por su boca! Tiene el pelo marrón y corto, es bajita y le encanta llevar faldas. ¡Siempre que puede, se pone una!

Una vez fuimos al parque de atracciones, y tuvo la brillante idea de ir con falda. Os podéis imaginar lo que sucedió en la montaña rusa, ¿no? ¡Exacto! En la primera cuesta, ¡la falda se le puso de peineta!

Marta es adorable porque tiene un corazón de oro, aunque lo que me gusta de ella es que es una mujer decidida y poco influenciable. Es la prueba de que se puede ser tierno sin que te tomen el pelo. ¡Ah! Hablando de pelos, ¡es peluquera! Tiene un salón de belleza en el centro que se llama Con faldas y a lo loco. Os aseguro que con sus manos hace maravillas, ¡es la mejor!

¿Qué puedo contaros de Gisela? Lleva un año en nuestro grupo de amigas. Llegó a Madrid porque hizo un castin para el musical de *El rey león*, y la cogieron. ¡La chica canta de maravilla! Resulta que conocía a una amiga de la prima de Marta, y no sé cómo fue, pero una tarde quedamos con ella en tomar algo. Desde entonces, somos inseparables; nosotras le enseñamos la cuidad, y ella nos cuela para ver *El rey león*. ¡Hemos ido ya unas siete veces! ¡Me sé los diálogos de memoria!

Gisela es luchadora, divertida y siempre está predispuesta a echarte una mano. ¡Ha sido un regalo que llegase a nuestras vidas! No solo porque podemos ir gratis al musical, sino porque su compañía es inmejorable. He tenido conversaciones tan profundas con ella que parece que nos conocemos desde que éramos niñas.

Tiene una preciosa melena castaña, es delgada y suele vestir con ropa de deporte. Tiene treinta años y la quiero con locura. Cuando tiene el día libre, viene a mi casa, y nos pasamos la tarde entera tomando té y conversando de nuestras cosas. Eso es terapia de la buena, os lo digo yo.

—Estoy con Yas —señala Gisela—. ¡Aunque todos mis ex son idiotas! Dudo mucho que volviese a acostarme con alguno de ellos —reflexiona mientas pone una muesca de asco.

—Entonces, no estás con Yas —apunta Marta.

—¡Oye, no la manipules! Si está conmigo, ¡lo está y punto! —bromea Yasmina.

—No voy a tener sexo con Isaac, ¡ni loca! —espeto.

¿Por qué todo el mundo se está empeñando en que me acueste con él? Primero, Carlota. Ahora mis amigas.

—Tú misma has dicho que sigue como un queso —me acusa Yas.

—Y resulta que soy alérgica a la lactosa —respondo metafóricamente.

—¡Pues me lo follo yo! ¡Que el chico estaba muy bueno! —exclama entre risas la más descarada del grupo. Levanto el entrecejo mientras niego con la cara como muestra de desaprobación—. Me he pasado, ¿verdad? —deduce Yas.

—Un poco —contesta Marta cruzada de brazos.

—A mí me da lo mismo —suelto a la defensiva.

¡Mentira! No me hace gracia que diga esas cosas, pero tengo que parecer moderna y desenfadada.

—Yo tengo curiosidad por ver cómo es el maromo. ¿Me pasáis una foto? —pregunta Gisela.

¡Perfecto! Mi encuentro con Isaac se está convirtiendo en un circo. Yo no pretendía que pasase esto, yo quería que me echaran un cable para saber qué tengo que hacer esta noche, cuando cene con mi ex y su prometida.

—Dejaros de chorradas. Necesito vuestra ayuda —anuncio para llamar la atención de mis amigas—. Mi hermana me acaba de comentar que esta noche voy a cenar con Isaac y su novia.

—Tu hermana te odia, ¿verdad? —añade Yas.

—Ese es un tema para debatir en otra ocasión. —Sacudo la cabeza al mismo tiempo que suelto un suspiro—. Mi hermana ha organizado una cena para charlar con ellos sobre los detalles de la boda para ponernos a trabajar en breves, así que necesito saber qué hago o cómo me comporto.

—Sé natural, actúa como si no sintieses nada por él —apunta Marta mostrando una sonrisa leve.

—Eso es fácil, ¡porque no siento nada por él! —exclamo.

—Pues ya está, ¡no veo el drama! —asegura Yasmina.

¡Ay! ¿Qué narices les pasa a estas dos? ¿Tan complicado es que se pongan en mi lugar y me den dos consejos sobre lo que tengo que hacer para mi crisis de nervios? ¡¿Tan complicado es eso?!

—Irene, ahora descansa un poco. Has hecho un viaje largo; seguro que estás cansada, así que duerme un par de horas. Después, te das

una ducha fresca, te arreglas para estar deslumbrante y dejar sin habla a tu ex y a su novia. Aunque no sientas nada por él, tienes que mostrarte tal cual eres, ¡una diosa del Olimpo! Y sé tú misma: segura, divertida y carismática. ¡Seguro que te lo pasas genial! Por lo que dices, tu ex parece un tipo agradable. ¡Disfruta de la velada y aprovecha para recordar buenos tiempos! —me aconseja Gisela.

¡Las palabras de mi amiga son justo lo que necesitaba! Una dosis de tranquilidad, confianza en una misma y seguridad. ¡Cómo no voy a quererla! Siempre sabe qué decir.

—Gracias, tía —respondo—. ¡Te quiero!

—Y después, te lo tiras en el baño —añade Yas.

Las cuatro nos echamos a reír.

Al cabo de un rato colgamos. Entonces, envuelta en la tranquilidad y soledad del cuarto, me tumbo sobre la cama. Después, cierro los ojos.

No os mentiré: aunque me sienta menos nerviosa, no puedo evitar notar unas burbujitas que recorren mi estómago. ¿Qué significarán?

Capítulo 10

ME VOY A SAN JUAN

Después de una siesta reparadora de más de dos horas, me despierto con un hambre voraz. Necesito comer algo dulce. Tal vez, un cruasán o una napolitana de chocolate, o las dos cosas. ¡Lo sé! A mi lado, el monstruo de las galletas es un simple aprendiz.

Me incorporo sobre la cama, bostezo, estiro todas las partes de mi cuerpo con parsimonia y, por último, suelto un suspiro de lo más reconfortante. El sueño me ha sentado fenomenal.

Antes de salir hacia la cocina para saquear la nevera de mi hermana, echo un vistazo a mi teléfono móvil. ¡Caray! Resulta que Yas me ha estado enviando mensajes mientras yo estaba en el séptimo cielo. Insiste en que la llame cuando me despierte.

Sacudo la cabeza antes de realizar una videollamada a mi amiga. A los pocos segundos, Yas aparece en la pantalla de mi móvil, sonriendo con picardía.

—¿Ya ha despertado la Bella durmiente? —pregunta con ironía.

—Hola —saludo con alegría—. Estaba agotada, ¡el día ha dado mucho de sí! Necesitaba descansar.

—Y aún te queda lo mejor, ¡el revolcón con Isaac! —exclama

bromeando.

Pongo los ojos en blanco mientras siento un calor interno al pensar en la escena. Me estremezco al imaginar la lengua de mi ex recorriendo todo mi cuerpo, pero disimulo mi excitación para no darle la razón a mi amiga.

Aunque no sé por qué. Algo que me chifla de Yas es que con ella puedo ser yo al cien por cien. No necesito disimular ni mentir ni aparentar algo que no soy. Simplemente, porque ella no me juzga y eso me encanta. Así que cambio mi hipocresía por convertirme en una auténtica mamarracha. ¡Eso me gusta más!

—No negaré que la idea de volver a acostarme con Isaac me resulta tentadora... —reconozco.

—Sabía que la Irene guarrilla estaba pidiendo marcha, ¡lo sabía!

Celebra levantando una mano al aire.

—Pero...

—¡Qué aburrimiento! Siempre hay un *pero*... —protesta mientras resopla.

Suelto una carcajada ante la decepción de mi amiga.

—Pero... —repito— no voy a hacer nada con él. Primero, no sabemos si le sigo gustando.

—Es obvio que sí —asegura en voz baja.

—Segundo, está prometido —señalo.

—¡Como si eso fuese un impedimento! Seguro que es el primer tío prometido que tiene una aventura —añade.

—Y tercero, los romances con los ex solo traen problemas. Imagínate que me lío con Isaac y yo no quiero nada más que un polvo, pero él sí. ¡Qué pereza!

—Pereza me das tú, ¡piensas demasiado! Me gusta más la Irene guarrilla —alega entre risas.

—A mí también. Sin embargo, con Isaac no voy a ser nada guarrilla, ¿está bien?

Le sigo la broma.

—Pues tú te lo pierdes —concluye mostrando una sonrisa traviesa.

Entonces, caigo en la cuenta de que Yas quería contarme algo. ¡Por eso me ha enviado tantos mensajes!

—Bueno, ¿qué querías decirme? —le pregunto.

—¡Ay, sí! —exclama—. Este año voy a coger vacaciones, ¡lo he

decidido! Una cosa es que me guste mi trabajo y otra, que no me pille ni un solo día de descanso, ¿no crees? —Como es habitual en Yasmina, lanza una pregunta, pero no deja responder, ¡ya contesta ella por los demás!—. ¡Pues eso! Quiero playa, ron y horas del día para no hacer nada.

—Me parece perfecto.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué te parece si voy un par de semanas a San Juan?

¡El corazón me da un vuelvo! ¡Es una idea fabulosa! Pasar un par de semanas con una de mis mejores amigas en este pueblecito mediterráneo es ideal. Suelto un gritito de emoción.

—¡Qué guay, tía! —celebro gritando—. ¡Ven! Lo pasaremos de maravilla.

—¡Genial! Me has convencido —responde risueña—. Miro en la agenda cuándo tengo menos jaleo y te llamo para decirte cuándo voy. ¡Me cogeré una habitación en algún hotel mono! Así que ya puedes ir informándote de cuáles son los más chic para después recomendarme uno, ¿está bien?

—Puedes quedarte en casa de mi hermana —le propongo—. Seguro que a Nat le hace mucha ilusión que te quedes con nosotras.

—Como te he comentado, llevo un par de años sin cogerme unos días libres, así que quiero estar como una reina y que me hagan todo: la cama, que me preparen el desayuno, bañarme en un *jacuzzi*... ¡Será mejor que me vaya a un hotelito!

No le insisto. Conozco a Yas y sé que, cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien la haga cambiar de opinión. Además, lleva razón. Si lo que quiere es no hacer nada de nada, ¡lo mejor es que se vaya a un hotel! Si se queda en casa de mi hermana, seguro que se ve en la obligación de ayudar en las tareas domésticas.

—Además, si ligo con alguien, ¡la habitación de un hotel es mucho más discreta e íntima!

Está bien, había pasado por alto ese pequeño detalle que para Yas, quizás, sea el más importante.

—No se hable más —pronuncio entre risas—. Te vas a un hotel para poder fornicar cuando te dé la gana.

—Claro. Y si te tiras a tu ex, te puedo prestar la habitación —añade.

¡Otra vez con el dichoso temita! La miro con cara de asco. Mi amiga capta la indirecta y decide contarme cómo va su vida amorosa.

—Me está escribiendo una chica por Instagram que está buenísima —confiesa—. Hemos hablado un par de veces, y la tía va a saco. ¡Me ha propuesto quedar!

—Si te gusta, ¿por qué no quedáis? —quiero saber.

—No sé..., me resulta un poco aburrido cuando me lo ponen tan fácil.

¡La madre que la parió! La mayoría de la gente protesta porque tiene problemas para ligar, y Yas se queja de que es demasiado sencillo para ella. ¡El mundo está fatal!

—¿Cuándo ha sido eso un inconveniente para ti? —disparo levantando el entrecejo.

—Lo sé, pero últimamente necesito algo más—refunfuña—. Ya no me excita tanto el «aquí te pillo». ¿Qué pasó con la seducción? Ahora, gracias a las redes o a las *apps* para ligar, puedes follar en cualquier momento. Pero no hay magia, solo sexo. No hay reto, solo hay sexo. Quiero que alguien se lo curre más por mí que mandarme un simple mensaje en plan «Hola, eres muy guapa. ¿Quieres follar conmigo?».

¡Uy, esto es muy raro! Para que os hagáis una idea, Yas es de las personas que agradecían al universo que existiera Tinder porque así podía saciar su apetito sexual siempre que le apeteciese. ¿Y ahora viene con este discursito?

—¿Estás bien? —pregunto sorprendida.

—Sí..., creo que estoy madurando.

Suelto una carcajada desde lo más profundo de mi ser. Su respuesta me resulta de lo más simpática, y no puedo evitar demostrar mi cachondeo. No me estoy riendo de ella, solo estoy alucinando en colores por su cambio de actitud.

Reconozco que me resulta un poco tierno descubrir esa faceta más íntima de mi amiga. ¡Comprendedme! Estoy acostumbrada a escuchar sus líos sexuales, cómo se manejan sus innumerables amantes en la cama. ¡Bueno! En la cama, en la encimera de la cocina, en los baños de un restaurante... Así que saber que eso ya no la satisface me deja, como mínimo, anonadada.

—No te rías, cabrona —se defiende—. Lo digo en serio. Todo llega a cansar, hasta lo que más le gusta a una.

Comprendo a mi amiga. ¡A mí me pasó con Isaac! Tenía la hipotética relación perfecta: los dos nos respetábamos, el sexo era estupendo y nuestras conversaciones eran estimulantes. Sin embargo, la rutina, la falta de emoción y las pocas ganas por reavivar la llama del amor consiguieron que lo bueno se volviese aburrido. Me cansé de nuestro romance cuando todo el mundo lo veía como algo modélico. ¡Qué equivocados estaban!, porque el amor hay que cuidarlo a diario, y nosotros no supimos o no quisimos hacerlo.

—Estoy de acuerdo —señalo mostrándole una sonrisa rebosante de complicidad—. En esta vida hay que probar cosas nuevas.

—¡Por eso te quiero tanto! Porque me comprendes mejor que nadie —celebra Yas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Por ahora, voy a escribirle a la chica de Instagram para quedar con ella y echar un polvo. Después, ya decidiré lo que hago. ¡Las prisas nunca son buenas!

¡Olé su toto! Así me gusta: que haga lo contrario de lo que acaba de decir. Sobra mencionar que estoy en modo ironía, ¿no?

—¿Seguro? —pregunto sonriendo.

—Claro. La tía esta buenísima. Si vieses las fotos de su perfil, fliparías. Los trenes hay que cogerlos cuando vienen, ¿no crees?

—Ahórrate las excusas y las frases hechas. Si te apetece hacer algo, ¡hazlo! No tienes que justificarte.

—Lo mismo digo con Isaac.

Será carbona. ¡Qué bien me conoce!

Capítulo 11

LA CENA CON MI EX, SU PROMETIDA Y LA GILÍ DE MI HERMANA

—Me encantan las bodas pequeñas con un ambiente íntimo —asegura Vanesa, la prometida de Isaac—. Creo que tienen un algo que las hace especiales. Además, llevamos pocos meses viviendo en San Juan, y nuestros amigos y familiares están fuera. No todo el mundo al que hemos invitado puede asistir a nuestro enlace.

—Seguro que sale todo perfecto —comenta la pelota de mi hermana mientras pasa la mano por encima de la de Vanesa.

—A mí lo que me importa es que, en unas semanas, Vane y yo seremos marido y mujer —añade Isaac.

¡Por favor! ¿Puedo vomitar ya? No soporto tanta cursilería. ¿O, tal vez, lo que me molesta es que lo pronuncie mi ex? ¡No sé! No sé. Lo único que puedo asegurar es que los prometidos son muy horteras y no paran de regalarse cumplidos. Aunque he de admitir que la chica me cae bien. Tiene treinta años; es castaña, alta, bastante guapa y muy simpática. Además, es hija única y le encanta la pasta. No sé mucho más sobre ella.

Apenas llevamos media hora en el restaurante, así que la

conversación tampoco ha dado para más, solo para saber lo mucho que Vanesa e Isaac se quieren y que la chica parece agradable.

Fuerzo una sonrisa al escuchar el comentario repipi de mi ex. Mi hermana hace gala de su efusividad al aplaudir como una loca.

—¡Seguro que seréis una pareja perfecta! —exclama.

¿Por qué no deja de repetir que todo va a ser perfecto? Ni que fuera ella la organizadora del evento, solo va a preparar los detalles.

¿Qué hago? ¿Suelto algún comentario que la deje en ridículo o me callo? Opto por la segunda opción, ¡el trabajo es el trabajo! Así que cierro la boquita y asiento como si me hubiese tragado un montón de arcoíris y duendecillos. ¡Arriba la falsedad!

Vanesa se incorpora hacia nosotras, sonríe sin disimulo y levanta las manos.

—Bueno, chicas, ¿qué me proponéis? —pregunta ilusionada.

«¿Que no te cases y disfrutes de tu libertad?», pienso con malicia. Dibujo una sonrisa amplia ante mi ocurrencia, pero esta vez es sincera y descarada.

—¡Jabones con forma de flor con chocolate y almendras! —exclama mi hermana.

—¿De postre? —suelto sin pensar.

Nat me lanza un codazo. Pillo la indirecta y cierro, de nuevo, la boca.

—Suena de maravilla —susurra Vanesa.

—¡Son preciosos! Huelen de maravilla y, además, tienen propiedades antioxidantes y son anticelulíticos —asegura mi hermana mostrando la mejor de sus sonrisas.

—¡Ay, ay, ay! Que me estoy emocionando —canturrea Vanesa.

—No es para menos. Son unos jabones muy exclusivos y el mejor detalle para una boda tan especial como la vuestra —concluye Nat.

¡Bravo por mi hermanita! ¡Sabe cómo vender sus productos!

Vanesa se vuelve hacia Isaac, que las escucha con atención.

—¿Qué te parece, cariño? —le pregunta a su prometido.

—¡Me encanta!, ¿y a ti?

Le devuelve la pregunta.

—¡También! —chilla—. ¡Ya tenemos los detalles para la boda!

Entonces, se miran con pasión antes de fundirse en un beso apasionado.

¡Perfecto!, ¡problema resuelto! Ya nos podemos ir a casa, aunque nos acaban de servir los entrantes: una ensalada enorme para compartir y croquetas de gambas y bacalao. No sería muy apropiado que me levantara para largarme de aquí. Además, todo tiene una pinta deliciosa. Será mejor que me quede donde estoy para no parecer antipática. De todas formas, mientras haya comida y vino, podré soportar las carantoñas de los tortolitos. O eso espero.

—Sí que os habéis decidido rápido —apunto.

—Cuando algo me gusta, no tardo en ir a por ello —añade Isaac.

Entonces, me lanza una mirada capaz de derretir un glaciar. ¡Joder! ¿A qué ha venido esa miradita tan intensa? Me acaloro, ¡siento fuego en mi estómago! No estaba preparada para eso. Trago saliva.

¿Y el comentario? ¿Qué ha querido decir? ¡Ay, mi madre! O he malinterpretado sus palabras y su forma de mirarme, o el tío es un impresentable porque acaba de tirarme los tejos delante de su prometida y de mi hermana. ¿Qué hago? Tengo que decir algo, ¿no?

—Yo no soy tan decidida... A veces, tengo que pensar si algo me conviene o no —pronuncio. ¡Bien dicho! Ahora lo remato con el cometario de mi amiga Yas—. Las prisas nunca son buenas.

Por si acaso me estaba lanzando la caña, mi respuesta le habrá dejado muy claro que no he mordido el anzuelo.

—Ya veo que no has cambiado —señala él—. ¡Se te escapa la vida dándole vueltas a la cabeza! —¡Madre mía! Ese golpe bajo (¡no!, ¡bajísimo!) no lo esperaba. Tal vez, el que no ha cambiado es él, porque sigue siendo el mismo tío aburrido y rencoroso. Con su reproche se acaba de evaporar el morbo que sentía hacia él. O, mejor dicho, hacia la fantasía que había creado respecto a él. De repente, Isaac suelta una carcajada—. Irene, en la vida hay que ser más lanzada —añade.

«A ti sí que te iba a lanzar yo, pero ¡por un acantilado!», grito mentalmente. Odio cuando me dan consejitos de crecimiento personal. ¿Acaso los he pedido?

—Seré lo que me dé la gana, ¿está bien?

Ya he saltado. Me han tocado las narices, y he saltado. Mi hermana me mira suplicando que no la monte. Lo que no sabe es que ya es tarde. ¿A quién se le ocurrió que juntarme en una cena con mi ex, cargado de orgullo por haberlo dejado, sería una buena idea? ¿A

quién? ¡Ah, sí!, a la idiota de mi hermana, pues ahora ¡que apechugue!

—Isaac, creo que le debes una disculpa a Irene por tu comentario desafortunado —dice Vanesa mientras pasa su mano por la espalda de su novio.

¡Esta chica me cae bien! Reconoce que el cretino de su prometido ha metido la pata y se lo hace saber. ¡Bravo por ella!

Isaac la mira confuso. Al pobre le faltan neuronas para comprender su error, ¡qué le vamos a hacer! Pasados unos segundos, vuelve a sonreír.

—Tienes razón, cariño. —Acaricia con los dedos el mentón de su novia. Después, me mira—. Discúlpame, Irene. No pretendía ofenderte ni que sonara a reproche. Solo quería animarte a ser más decidida.

¡Está bien! Ahora me toca actuar a mí, al igual que él. Haré como que acepto sus disculpas, soltaré una risotada y aseguraré que no ha pasado nada.

Esta cena no me está gustando nada, ¡ya pueden estar ricas las croquetas y la ensalada! Además, pienso pedirme, de segundo, lo más caro de la carta y el postre más completo. Por supuesto, ¡la cuenta la paga mi hermana! Por hacerme pasar este mal rato.

Capítulo 12

YO-YO

A ver..., la cena no ha ido tan mal. Después de la bravuconada que ha soltado Isaac y de que su prometida lo abroncara, todo ha ido mucho mejor. He disfrutado de la comida y, sorprendentemente, de una conversación amena con Vanesa, mi hermana y mi exnovio.

Nos han contado cómo se conocieron, algo de lo más típico en estos tiempos: ¡los unió Tinder! Pero, según ellos, su primera cita fue superespecial porque supieron que estaban hechos el uno para el otro desde que cruzaron sus miradas.

Además, Vanesa nos ha dicho que es profesora de inglés *online* y que le encanta la playa; por ese motivo se mudaron hace unos meses a San Juan, para estar en contacto con el mar los trescientos sesenta y cinco días del año. Isaac es ilustrador, por lo tanto, trabaja desde cualquier lugar que haya internet y un PC. Como no estaban atados a ningún lugar por motivos laborales, pudieron realizar su sueño de vivir cerca de la costa sin ningún problema.

Después, han comenzado a divagar sobre cómo quieren que sea la boda: todo lleno de flores, una banda de música en directo y barra libre son algunos de los ingredientes. En realidad, no suena nada mal.

Sin embargo, el tema del evento me resultaba de lo más aburrido. Así que, como ya habíamos tomado los postres y el café, me he excusado asegurando que tenía que hacer una llamada importante y que me iría a casa dando un paseo.

Antes de marcharme, me he despedido de la parejita y le he hecho saber a mi hermana, con una sonrisa traviesa, que ella pagaría mi parte. No le ha gustado mucho la idea, pero me ha dado lo mismo. Ella es la jefa, ¿no? Pues ¡ella paga la comida! A ver si se le quitan las ganas de dar por saco.

Ahora voy caminando sin prisas por la calle, disfrutando de un rato a solas —¡bendita soledad cuando una la anhela!—, sintiendo la leve brisa de la noche en mi piel; observando a la gente pasear despreocupada, tomar helados o charlar entre ellos.

Respiro hondo, ¡necesitaba este momento de paz! El día ha sido de lo más intenso. No os confundáis: estoy acostumbrada al estrés de la ciudad, no me asusta el ritmo frenético de la vida. No obstante, ¡lo de hoy ha sido de traca! Demasiadas emociones fuertes en tan poco tiempo. Aunque he de admitir que ha sido divertido. Agobiante pero divertido. ¡Qué le voy a hacer! Me va la marcha.

Decido tomarme otro café. Me apetece disfrutar de mi propia compañía, mientras me pierdo entre mis pensamientos, en alguna terracita.

Al poco tiempo, encuentro un lugar ideal. Es una cafetería con una amplia terraza colorida. Tiene sillas y mesas de madera pintadas en rojo, azul, verde y amarillo. ¡Cada mueble de un color diferente! Además, decenas de macetas con arbolitos rebosantes de flores decoran el lugar. ¡Me encanta! ¡Es precioso!

Me siento en una de las sillas mientras observo fascinada lo bonito que es el sitio. Después, le pido un cortado con hielo al joven camarero de la cafetería. Tarda un par de minutos en traerme mi bebida. Le echo un poquito de azúcar moreno, vierto el café en el vaso con hielo y doy un sorbo. ¡Ummmmm, está delicioso! ¿Sería muy tragaldabas si pido algo para comer? No sé..., quizás un trozo de tarta o una crepe.

Entonces, me giro hacia la fachada de la cafetería para comprobar si, a través del escaparate, puedo apreciar si tienen expuesto algún dulce. Sin embargo, la desorbitada cantidad de personas que están en

la terraza me impide realizar con éxito mi misión. ¡No pasa nada! Voy a esperar a que aparezca, de nuevo, el camarero y le pido la carta de postres.

Echo un vistazo alrededor para localizar al camarero y me doy cuenta de que alguien me está observando. ¡Es el chico de la mesa de al lado! Cruzamos nuestras miradas y... ¡zas!, siento un chispazo que me deja sin aliento. ¡Joder! El tío es guapísimo. Tiene el pelo castaño, lo lleva un poco largo, y barba de un par de días. Sus ojos son marrones, ¡de un irresistible color miel!, y aceleran mis pulsaciones cuando se funden con los míos en esta mirada tan intensa.

Lleva una camiseta de manga corta que muestra sus brazos tostados y fuertes. Me muerdo los labios para contener un gritito de placer y sorpresa. ¿Por qué no aparta sus preciosos ojos de mí? De repente, sonríe levemente, lo que consigue que me derrita por completo. ¡Madre mía! El tipo está tremendo.

Levanta la mano y me saluda. ¿A mí? ¡Es a mí! Evito hacer el ridículo mirando hacia los lados para comprobar si es a mí a quien saluda, porque está claro que me saluda a mí. Muestro mi sonrisa a modo de saludo. ¡Fijaos! Pensaba que el día no podía dar de más, y ahora está pasando lo mejor.

—¿Qué buscas con tanta insistencia? —pregunta.

Su voz es ronca y de lo más sensual.

—¿Nos conocemos? —disparo ignorando su pregunta.

—No, pero has resultado muy graciosa mirando hacia todos los lados —responde.

No digo nada. ¿Acaso puede ser más surrealista este momento? Yo, buscando como una loca un trozo de tarta, mientras un atractivo desconocido me observa. El hombre se levanta de su asiento y se coloca en la silla que está a mi lado. ¡Ay, mi madre, que me da algo!

—Me llamo Diego —se presenta acompañado de una sonrisa preciosa.

Me quedo embobada mirando su boca. Os imaginaréis que soy incapaz de abrir la mía ¡porque, si no, le como la suya!

No sé lo que me está pasando. De normal, soy una chica atrevida: me gusta salir de la rutina, probar cosas nuevas y tengo una chispa de locura que me incita a ser un poco lanzada. Ya os conté lo del chaval que conocí la noche anterior a cuando celebré mi cumpleaños con mis

amigas.

Por otro lado, tampoco soy excesivamente atrevida, solo lo justo para darle un poco de emoción a mi vida. Pero lo que me está pasando ahora ¡no lo entiendo! Me siento como si hubiese vuelto a mi niñez y fuese esa chiquilla tímida que enmudecía cuando algo la sorprendía o se escapaba de su control.

El hombre suelta una risotada mientras apoya su brazo sobre la mesa.

—Lo lógico es que ahora me dijeses tu nombre... —pronuncia entre risas.

—Yo... yo...

¡Confirmado! Se acaban de desintegrar mis neuronas. Eso, o están todas de fiesta y me han abandonado durante un par de horas. ¡Justo cuando más las necesito!

—¿Te llamas Yo-yo? —bromea él.

—Yo me llamo Irene.

¡Bravo! He sido capaz de decir una frase coherente. Él se relaja sobre la silla sin borrar su sonrisa.

—¡Encantado, Irene! —responde jovial—. ¿Me vas a contar qué estabas buscando?

«¡A ti!», pienso con picardía. ¡Perfecto! Ahora, que el chico guapo debe de opinar que me falta un cocido, vuelve mi ingenio. Tengo que contestar algo ya, o creerá que estoy loca.

—Chocolate.

¡Ay, mi madre! ¿Por qué no dejo de decir estupideces?

—¿Chocolate? —Levanta el entrecejo—. ¿Y dónde lo buscabas?

A ver, yo estaré nerviosa ante la presencia de semejante tío, pero él tampoco me lo pone fácil con sus preguntitas impertinentes. ¿Qué opináis?

Sacudo la cabeza para liberar el estrés y retomar la situación. Es el momento de dejar de parecer una gacela frágil y sacar la leona que hay en mí. ¡Esa a la que tanto le gusta rugir! Aunque os confieso que mi corazón sigue latiendo con fuerza por su culpa. Y eso me gusta, me gusta bastante.

—Me he explicado mal —susurro para hacerme la interesante—. No esperaba que te presentaras y me ha cogido por sorpresa. Te cuento: he pedido un café con hielo y me apetecía acompañarlo con

un trozo de tarta, un gofre o una crepe. Estaba buscando al camarero para pedirle el dulce —aclaro.

—Te pido disculpas por mi atrevimiento, no suelo invadir mesas de desconocidos, pero me has resultado muy graciosa cuando te incorporabas y me ha picado la curiosidad —señala Diego mientras se rasca la nuca.

Me parece mono. Además de ser muy guapo, me encanta esa chispa de frescura y atrevimiento.

—No pasa nada. En Madrid, hay gente más rara… —señalo sin calibrar mis palabras.

—¿Piensas que soy raro?

Arruga la frente. ¿Qué me pasa? ¡No doy pie con bola! A ver cómo lo arreglo.

—Perdona, no quise decir eso… Simplemente, no me he asustado por que te sentaras a mi lado aunque no te conociese de nada.

—¡Joder! Dicho así suena fatal… —responde entre risas—. Sin embargo, no te falta razón, así que me disculpo de nuevo.

No sé por qué, pero me siento fatal cuando vuelve a disculparse. En realidad, Diego no ha hecho nada malo. Es más, su descaro me ha resultado muy divertido.

—Si me invitas el café, no te lo tengo en cuenta.

¡Perfecto! Una broma en el momento oportuno es ideal para salir de una situación incómoda.

—¡Eres una chica lista! —exclama risueño—. ¿Vives en Madrid?

—Sí, he venido a pasar un par de meses a San Juan con mi hermana —respondo contando más de lo que me han preguntado.

—¡Qué bien!

De repente, mira la hora en la pantalla de su teléfono.

—No hace falta que me invites a nada, solo era una broma —añado.

—Me encantaría tomar un café contigo —asegura, lo que me deja sin palabras—. Ahora me tengo que ir, me espera Lorena en casa, pero… ¿me prestas tu móvil? —Desbloqueo la pantalla y se lo paso. Él guarda su número en la agenda—. Escríbeme y nos vemos mañana, ¿te parece? —propone.

Asiento confusa.

A los pocos segundos, se levanta y desaparece, y me deja con un

montón de preguntas que revolotean en mi cabeza.

¿Quién es Lorena?

¿Por qué quiere quedar conmigo si lo espera una mujer en casa?

Quizás, ¿solo busca amistad?

¿Qué acaba de pasar?

¡Mierda! Ahora va a ser superjodido sacar a Diego de mis pensamientos.

¡Necesito ese trozo de tarta!

Capítulo 13

¡BUENOS DÍAS, PASADO!

Suena el despertador de mi teléfono móvil; me doy la vuelta para apagarlo y seguir durmiendo dos o tres horas más. No he mirado la hora, pero seguro que son las nueve de la mañana. Lo sé porque anoche lo programé.

Sin embargo, no valoré que estoy de vacaciones y puedo levantarme cuando se me antoje, a no ser que la petarda de mi hermana me obligue a ponerme a trabajar fabricando jabones. Pero, como no se ha dignado a aparecer por mi cuarto, voy a seguir descansando.

Cierro los ojos, estiro las piernas y los brazos para sentir la comodidad del colchón. La ventana está abierta y, a pesar de la humedad del lugar, corre una ligera brisa que me invita a relajarme un poco más. Suelto un bostezo antes de sonreír. Ahora mismo no podría ser más feliz, ¡soy una dormilona en potencia! Y cuando tengo tiempo para hacerlo sobre una cama tan agradable, ¡la felicidad es máxima!

Entonces, cuando estoy a punto de quedarme dormida otra vez, vienen a mi mente los intensos ojos de Diego, su mentón con la barba

de un par de días y su apetecible boca. Nuestro encuentro fue intenso, divertido y me dejó con ganas de más.

¿Y si fantaseo un poco con él? Quizás, puedo desnudarlo sin prisas en mi imaginación y estremecerme al pensar que recorro cada recoveco de su cuerpo con mis labios. Pero aparece la tal Lorena para estropear la fantasía. ¿Está casado?, ¿Lorena es su novia? Me dejó anonadada cuando aseguró que esa mujer lo esperaba en casa.

Aunque, tal vez, saqué conclusiones erróneas y un tanto precipitadas de nuestro breve encuentro. Diego solo fue simpático conmigo, no estaba tonteando, ¿verdad? A veces, en este mundo de romances exprés, es muy fácil confundir la amabilidad con querer ligar. Quizás, el chico solo quiso ser amable y por eso no tuvo reparos en mencionar a su novia. O puede que, para variar, esté dándoles demasiadas vueltas a las cosas y Diego no tiene novia ni estaba tonteando conmigo. ¡No! Si al final va a tener razón mi ex cuando aseguró que pensaba las cosas demasiado.

¡Está bien! Ya no tengo sueño. Tanto divagar ha evaporado las ganas de vaguear y ha despertado mi apetito, ¡vaya novedad! Me levanto de un saltito de la cama. Después, me pongo las sandalias para darme una ducha fresquita y rápida.

La ducha se ha demorado un rato. Me he pegado más de veinte minutos debajo del agua. Mal por el planeta, aunque bien por mi relax. Mañana compenso el derroche de agua duchándome en dos minutos. ¡He salido nueva! Ahora toca prepararme un buen desayuno.

Una vez en la cocina, enciendo la cafetera Nespresso de mi hermana. A continuación, abro la nevera para comprobar qué alimentos formarán parte de mi festín mañanero. ¿Me preparo un par de tostadas con mermelada?, ¿un zumo de naranja?, ¿algo de fruta?

Entonces alguien llama a la puerta. Espero unos segundos para ver si responde Nat, aunque deduzco que no está en casa porque nadie dice nada. Miro al jardín por los ventanales de la amplia cocina, pero tampoco se encuentra allí. Definitivamente, Natalia no está. Suelto un grito avisando que ahora abro. Quizás sea ella quien llama.

Avanzo por el pasillo mientras compruebo que solo llevo un pantaloncito corto de deporte de color amarillo, una camisa blanca de tirantes y unas sandalias verdes. Cuando abro la puerta, casi me quedo sin respiración. ¡Es Isaac! Ensancha su sonrisa al verme. Mejor dicho,

primero, me mira de arriba abajo y, después, sonríe con descaro.

—Buenos días, Irene. —Levanta una bolsa de papel que agarra con la mano derecha—. He traído cruasanes y café para disculparme por mi comentario de anoche.

En la otra mano, lleva los vasos de cartón con la bebida.

«Buenos días, pasado», pienso con ironía. Su gesto me agrada, aunque me recuerda un poco a nuestra relación, cuando metía la pata con algún comentario hiriente y más tarde se disculpaba haciendo algo que me gustaba, intentando compensar su error, dándome un masaje en la espalda sin esperarlo, proponiendo que fuésemos a mi cafetería favorita para hablar sobre nuestra bronca y solucionarlo, o pidiendo comida china a domicilio, que sabía que me volvía loca.

Sin embargo, el daño ya estaba hecho y una disculpa a destiempo, acompañada de un gesto romántico, no era suficiente para repararlo. Supongo que esos detalles, que había olvidado hasta ahora, ayudaron a que tomara la decisión de romper con Isaac. A veces, es mejor pensar las cosas antes de decirlas que tener que sanar una herida causada por esas palabras que rebosaban rabia.

Si supierais las veces que tuve que escuchar «No vales para nada», «Yo trabajo más que tú, porque solamente eres una niñera de adolescentes y yo hago arte» o «Dar golpes a la cuerda de una bandurria es muy sencillo, yo me estoy dejando la vista en la pantalla del ordenador». Y no os penséis que esos desprecios los reservaba para cuando discutíamos en la intimidad de nuestra casa. ¡No!, Isaac los podía soltar en cualquier cena con amigos o comida con familiares.

Su complejo de «artista fracasado que solo trabaja para empresas de publicidad o editoriales y que no vende ninguna de sus ilustraciones» era tan grande que tenía que compensarlo intentando machacar mi ego. Y durante un breve periodo de tiempo le sirvió porque, a base de escuchar esas gilipolleces casi a diario, llegué a dudar hasta de mí misma.

Pero la venda se me cayó rápido. No soy de las que se dejan pisar, ¡a mí el amor no me nubla! Porque el amor no consiste en humillar, despreciar o creerse mejor que el otro. El amor es respeto, cariño e igualdad. Por eso nuestra relación tenía fecha de caducidad. Porque, aunque el sexo fuese estupendo, las conversaciones, estimulantes o algunos momentos fuesen memorables, Isaac nunca supo despojarse

de su gigantesco ego o de su complejo de macho alfa que le hacía pensar que él era el mejor en todo y, por lo tanto, los demás tenían que estar a sus pies.

Y no es que no me quisiese. Jamás dudé de que él me amara. Él me amaba, simplemente no tenía ni puta idea de cómo hacerlo. Por eso lo dejé: porque, a pesar de quererme, no sabía quererme bien. No era feliz a su lado... Además, también ayudó que fuese gilipollas.

Me despojo, en un suspiro, del pasado mientras lo miro con desprecio y levanto el entrecejo.

—Algo buscas —suelto con sinceridad, apoyada en el marco de la puerta de la entrada.

—Que nos llevemos bien.

Ensancha su sonrisa al mismo tiempo que se encoge de hombros.

—Pues con reproches no lo conseguirás —aseguro.

—Tienes razón. —Da un paso al frente—. ¿Lo olvidamos mientras probamos los bollos y el café?

¡Huele de maravilla! La repostería recién hecha siempre me abre el apetito, ¿y a vosotras? Además, tengo hambre y no me apetece preparar tostadas ni zumo. Quizás, no sea mala idea dejar el rencor a un lado y disfrutar de lo que ha traído.

Vuelvo a suspirar con desánimo, aunque ahora soy yo la que muestra una sonrisita.

—Pasa. —Lo invito a entrar moviendo la cabeza—. Pero, si sueltas otra de las tuyas, te mando a tomar por saco.

—Entendido. Solo abriré la boca para comer —bromea.

Isaac me sigue por el pasillo mientras me pregunta si está mi hermana en casa. Yo le respondo que no estoy segura, pero que creo que estamos solos. Noto un pequeño pinchazo en el estómago al escuchar que no hay nadie más en el domicilio que nosotros dos. Sin embargo, el hambre es más potente que los nervios y olvido, en un momento, la pequeña ansiedad que he sentido por saber que voy a desayunar a solas con mi ex.

Después, nos colocamos alrededor de la encimera alta en forma de isla que está ubicada en medio de la cocina de mi hermana. ¡Me chifla esta cocina! Es gigantesca y preciosa. Nos sentamos sobre dos banquetas, uno al lado del otro. Isaac abre la bolsa de papel mientras yo saco un plato del armario, para servir los cruasanes, y el azucarero

para endulzar los cafés.

Doy un bocado al bollo, que está recién hecho, y se deshace en mi paladar. ¡Madre mía, acabo de sentir un orgasmo culinario! ¡Cuánto sabor! Sin lugar a dudas, la repostería casera es la mejor.

—Te gusta, ¿verdad? Los he cogido en una panadería donde hacen todo de forma artesanal —apunta Isaac al contemplar mi cara de placer.

—Este verano voy a engordar dos o tres kilos porque pienso zamparme uno cada mañana —aseguro entre risas—. Ya puedes ir dándome la dirección.

Mi exnovio se echa a reír.

—O te lo traigo yo cada mañana —propone. Le lanzo una mirada de desaprobación, acompañada de un empujón en la espalda—. ¿Qué? —pregunta él entre risas.

—No seas tan zalamero, ¡estás prometido! —respondo siguiéndole el juego.

En cierta parte, reconozco que nuestro tira y afloja es divertido, aunque espero que no vaya a más.

—Tú vas a hacer el esfuerzo de preparar los detalles de mi boda, ¿por qué no puedo yo devolverte el favor? —insiste.

—No es ningún favor, es trabajo —aclaro antes de dar un sorbo al café, que también está riquísimo.

—Ya, pero no me negarás que te va a suponer un esfuerzo —apunta con los brazos apoyados sobre la encimera—. La cara que se te puso ayer, al enterarte de que ibas a participar en mi boda, fue todo un poema. Ahora no me vengas con que la idea te agradó desde un primer momento.

Me pincha. ¿Qué le respondo? Puedo mentirle y asegurar que estallé de ilusión al enterarme de su boda y de que iba a realizar los dichosos jabones, aunque Isaac me conoce muy bien y sabe que eso no es cierto. Así que lo mejor que puedo hacer es decirle la verdad.

—Flipé un poco... —contesto.

—Bastante —añade él.

—Está bien, ¡bastante! —Le doy la razón entre risas—. Mi hermana no me había contado nada. Por lo tanto, imaginarás que, cuando te vi aparecer, ¡aluciné en colores! Aunque, con la boda y los detalles, ¡aluciné todavía más! ¡Por poco se me sale el corazón del

pecho! —aseguro riendo.

—No me digas que te pusiste celosa.

Él sigue con el juego.

—Celosa no. —Niego con la cabeza—. Me alegré mucho por ti. Aunque no congeniáramos, siempre te he tenido mucho cariño. Quiero que seas feliz. Al conocer a Vanesa durante la cena, supe que estáis hechos el uno para el otro.

—Eso es muy bonito.

Isaac pasa su mano por encima de la mía. De repente, siento un chispazo que sacude mi cuerpo. ¡Joder!, ¿qué ha sido eso? ¿La nostalgia? ¿Nuestra química sexual, que nunca ha muerto? ¿Demasiada energía entre nosotros? Seguro que él también lo ha sentido. Aparto la mano con rapidez para que no vuelva a pasar.

—¡Caray, vaya chispazo! —señala él sin ocultar lo que yo intentaba disimular—. Todavía saltan chispas cuando nos tocamos.

¡Esa frase es preciosa!, aunque puede tener dos sentidos: el romántico o el precavido. Porque, siempre que hay chispas, ¡corres el riesgo de electrocutarte!

—¿Quieres otro café?

Cambio de tema al observar que se ha terminado su bebida.

—¡Genial! Por las mañanas, toda cafeína es poca —señala.

Me levanto para coger una cápsula e introducirla en la cafetera. ¡Eso, eso! Será mejor que corra el aire entre nosotros. Reconozco que me he puesto un poco nerviosa. Me jode sobremanera cuando pierdo el control de la situación y cuando me atacan los nervios; me descontrolo por completo.

Sin embargo, él parece tranquilo y sereno, como si esta especie de coqueteo fuese algo normal. Tal vez, lo sea entre ex, ¿qué opináis? Al fin de cuentas, existe una complicidad que no se tiene con otras personas. ¡Ay, joder! Ya estoy pensando demasiado, ¡como siempre!

—¿Quieres la leche del tiempo? —le pregunto.

—Entonces tendrás que calentarla porque aquí hace mucho calor —señala echándose a reír.

¡Es verdad! Son casi las diez de la mañana, y creo que estamos a veinte grados. ¡Es lo que tiene la costa alicantina en verano!

Lo miro con desdén para hacerme la dura y, así, evitar que lea mi mente. Porque con esta humedad, el bochorno y la tensión que se

respira en el ambiente, mis pensamientos están rozando la tentación. No diré lo que me ronda por la cabeza, pero, si se quita la camiseta o el pantalón vaquero que lleva, tampoco me importaría.

—¿Quieres la leche de la nevera? —guaseo.

—Por favor, ¡necesito enfriarme un poco!

¡Ay, ay, ay! ¿Qué ha querido decir con eso? ¡Joder, Irene! Pues exactamente lo que ha dicho. ¡No interpretes cosas que no son! Hace mucho calor, por lo tanto, necesita algo fresquito para enfriarse.

—Yo también estoy caliente —añado sin pensar. Isaac abre los ojos como platos. ¿Qué cojones acabo de decir? ¿Estoy loca? ¿Confirmamos que me falta un tornillo? ¡Confirmamos! Enrojezco a la velocidad de la luz—. ¡Calor! —exclamo—. Quería decir que tengo calor. El tiempo aquí es muy caluroso.

—Muy caluroso —añade él—. Voy todo el día sudando.

—Pues ¡poned el aire acondicionado!

Nos interrumpe mi hermana, que aparece en la cocina cargada de bolsas.

¡Menos mal que ha llegado! Nuestra conversación estaba convirtiéndose en el guion de una peli porno cutre y barata. ¡Esta vez Nat ha estado muy acertada al dejarse caer por la cocina! No quiero ni pensar cómo hubiese acabado esto si no hubiera llegado a aparecer.

—¡Aire acondicionado! —repito en voz alta como si no supiese lo que es. ¡No estoy nerviosa ni nada!—. ¿Cómo no se me ha ocurrido?

—¡Ay, Irene! ¿Qué harías sin mí?

Resopla mi hermana.

Estoy tan contenta de que haya llegado que no voy ni a responder a su ridícula pregunta. Corro a darle los buenos días y un par de besos.

—Sí que te levantas cariñosa —protesta mientras se escabulle de mí.

Isaac se levanta, se termina de un trago el café que le he preparado y señala la puerta de la entrada con la mano.

—¡Chicas, yo me tengo que ir! —anuncia. Después, me da un beso en la mejilla—. Irene, he disfrutado mucho del desayuno.

«No lo dudo», pienso con picardía. Acto seguido, le da otro beso a mi hermana y se va. Nat me mira arqueando una ceja.

—¿Habéis desayunado juntos? —quiere saber.

—Ha aparecido por la puerta con cruasanes y café.

Me encojo de hombros.

—Por favor, Irene. ¡No la líes! —me pide.

—¿Yo? —Me hago la indignada, que se me da fenomenal—. Ha sido él quien ha venido con los bollos y los cafés —me defiendo.

—Me da lo mismo, ¡compórtate!

¡Será idiota! Siempre tiene que responsabilizarme de todo. Suelto un gritito de desesperación.

—¡Eres lo peor! Ya has tenido que venir y fastidiarme el día. ¡Me voy, que se me ha quitado el hambre! —protesto.

Aunque, antes de salir de la cocina, doy la vuelta y cojo el medio cruasán que queda. Le doy un bocado mientras miro a mi hermana con cara de pena para que sepa lo mucho que me ha dolido su comentario.

¡Eso! A ver si se da cuenta de la bruja que puede llegar a ser y del daño que hacen sus acusaciones. Sin embargo, lo que más me jode es que no se equivoca. ¡Isaac y yo casi la liamos!

Capítulo 14

OYENDO LAS OLAS

—Gisela, tía. ¡Casi la lío! Menos mal que nos ha interrumpido mi hermana, o no sé lo que hubiese pasado —aseguro a mi amiga, que me escucha desde el otro lado de la línea.

Después de discutir con mi hermana, decidí ir a la playa; así que cogí el coche, puse la música a todo volumen y paré en la cala que tanto me gusta.

Mientras caminaba por la arena, llamé a Gisela para contarle lo que ha acabado de suceder. Ahora estoy sentada mirando al mar, observando como el sol se eleva, poco a poco, en el infinito cielo azul.

—¿Te ha dicho algo? ¿Os habéis besado? —me interroga mi amiga.

—No. En realidad, no ha pasado nada. Ha sido en momento en sí. Todo estaba cargado de una tensión sexual que era casi insoportable de soportar—le explico medio avergonzada.

¿Por qué me siento tan mal si no ha pasado nada? ¿Acaso nos encanta fustigarnos cargándonos con culpas de las que no somos responsables? Suspiro para soltar un poco de estrés.

—Entonces, ¿quieres liarte con tu ex?

—¡No! —Solo de imaginarlo se me revuelve el estómago. ¡Ay! No me entiendo ni yo—. No quiero tener nada con él. Pero en ese momento, cuando estábamos en la cocina y me tocó, sentí algo que no sé cómo describir.

—Vamos, que te entró la nostalgia y querías volver a tenerlo entre tus brazos —deduce Gisela.

—Puede ser… —susurro—. Pero de forma sexual —matizo.

—¡No te jode! Es lo normal. De un exnovio echas en falta los polvos, no las broncas.

—Gisela, si no hubiera llegado a entrar mi hermana, me le hubiese tirado encima de la encimera —aseguro sin pudor—. ¡No lo entiendo! Yo suelo tener las cosas muy claras, y esta dualidad me está agobiando.

Mi amiga suelta una carcajada.

—Irene, no eres la primera persona que se acuesta con su expareja sin querer nada más. Creo que la morriña, el morbo y los sentimientos se entremezclan, y por eso pasan esos deslices —apunta mi amiga.

—Tengo que matizar una cosa, yo no me he acostado con Isaac. En lo demás, estoy de acuerdo contigo. Y ahora, que sé el efecto que él provoca en mí, intentaré que no vuelva a suceder.

A ver, no me importaría perderme en las sábanas con mi exnovio para rememorar aquellos orgasmos que me dejaban exhausta, pero hay varias cosas que me echan para atrás.

La primera es que está prometido y, aunque no tenga ninguna responsabilidad en su relación, me cae bien Vanesa. No quiero meterme en medio de ellos. La segunda es que me da miedo que nos acostemos y que Isaac se enganche sentimentalmente a mí. Por lo tanto, ganan los contras. ¡Acostarme con él es una idea malísima!

—Además, Yas y Marta me han contado que tu ex es un cretino, ¿no? ¡Pasa de él!

—Tenía sus cosas malas y sus cosas buenas, ¡como todo el mundo! Pero un poco neandertal sí que era —confieso entre risas.

—¿Acaso no lo son todos lo tíos? —bromea.

—Mujer, ¡eso es un poco exagerado! También hay chicos inteligentes y agradables.

—Yo estoy feliz soltera, ¡no me hace falta un hombre en mi vida!

—¿Perdona?

¡No se lo cree ni harta de whisky! Gisela lleva unos cuantos meses colada de su jefe, ¡ya veis! El típico cliché de novela romántica: la empleada joven y sexi está enamorada de su superior guapo, atractivo y tan frío como un témpano de hielo. Aunque mi amiga no se limita a babear por él. Ella suple su falta de afecto tirándose a tíos que están muy por debajo de lo que se merece.

Por favor, no me malinterpretéis. No soy clasista ni discrimino a nadie. Lo único que digo es que Gisela tiene un filtro muy fino a la hora de llevarse a un chico a la cama. En vez de echarle valor y confesarle a su jefe lo que siente por él, prefiere evitar un hipotético rechazo por su parte y saciar su complejo de inferioridad acostándose con tíos mediocres.

Todo este psicoanálisis no es mío, ¡ya me gustaría! Sin embargo, la que se ha dado cuenta del problema de nuestra amiga es Yas, que siempre está alerta.

—¿Qué tal el trabajo? —disparo.

Gisela se queda en silencio unos segundos antes de responder.

—Bien, ¿por? —contesta molesta.

—Por nada, hija.

No he tardado en liarla otra vez. Mi amiga va a estallar en tres, dos, uno...

—¡Estoy hasta el toto de que siempre saquéis a relucir el mismo tema! —exclama. Habla tan alto que tengo que apartar el teléfono del oído para que no me deje sorda—. Manuel es mi jefe. Reconozco que está buenísimo, que tiene una voz que me vuelve loca, que tiene un culo perfecto y que su carisma es arrollador. Sin embargo, ¡es mi jefe! Sería una insensata si le propusiera ir a tomar una copa, tal y como me recomendáis. Podrían despedirme, echarme del musical, o vete tú a saber el qué. Además, ¡me ignora! Nunca me mira, no inicia una conversación conmigo y, cuando nos quedamos a solas en alguna habitación, ¡se va! Creo que no le caigo bien.

—Yo le pediría una cita —insisto entrecerrando los ojos por temor a otra reacción desmedida por parte de mi amiga.

La escucho resoplar. ¡Se está armando de paciencia para no mandarme a tomar viento fresco! Lo sé.

—¿Has escuchado lo que acabo de decirte?

—Sí, cariño. He escuchado un sinfín de miedos que te impiden

hacer algo que estás deseando. Creo que la vida es demasiado corta como para dejar escapar algunas oportunidades por culpa de temores sin fundamento —reflexiono mientras observo el vaivén de las olas—. Manuel te gusta. Tú eres una chica interesante, divertida, guapa y con un corazón de oro... Cualquier tío estaría encantado de compartir una copa y una conversación contigo.

—Agradezco tus palabras, ¡sabes que te quiero mucho! —confiesa. Seguro que ahora viene un *pero*—. Pero que tú opines de este modo no significa que Manuel también lo haga.

—Entonces sería un capullo —añado.

Gisela suelta una pequeña risotada.

—Las cosas están bien como están. Él es mi jefe y, por mucho que me guste, he de mantener la distancia.

No comprendo la actitud de mi amiga. ¡En la vida hay que asumir riesgos! Sobre todo, cuando algo te hace vibrar el corazón. Sin embargo, respeto su opinión aunque no esté de acuerdo.

—Está bien. Ya no insisto más.

—No sé si creerte —susurra entre risas—. Oye, tengo que dejarte. He quedado con una amiga para tomar un café. Hablamos más tarde, ¿vale?

—¡Pásalo bien!

—Besis.

—Besos.

Al colgar, me quedo un rato mirando el mar mientras escucho el sonido de las olas. ¡Es muy relajante!

Entonces, viene a mi mente un pensamiento que agita mis nervios: ¿cuántas cosas dejamos de hacer por culpa de los miedos? Yo tardé mucho en cortar con Isaac por el miedo al qué dirán o por temor a tomar una decisión errónea. Aunque, cuando me armé de valor para dejar la relación, supe que fue lo mejor que podía hacer.

Los miedos nos limitan, no nos dejan ver la realidad y nos perdemos en un mundo imaginario donde siempre nos ponemos en lo peor. Esa lección la aprendí hace tiempo, ¡por eso intento no dejarme llevar por los miedos y lanzarme a conquistar el mundo! Si más tarde me doy una leche, ¡por lo menos lo he intentado! Prefiero pecar de atrevida que arrepentirme de no haber luchado por lo que quería.

Tal vez, en algunas ocasiones, piense mucho las cosas. Sin

embargo, cuando recuerdo que esas dudas solo esconden miedos, doy una patada a todos mis temores y me dejo llevar por el corazón. Os aseguro que podrán tacharme de loca, despreocupada o imprudente, pero siempre soy fiel a mí misma y, si me equivoco, lo hago con la mejor de las sensaciones, la de vivir la vida con honestidad y valentía.

¡Eso es maravilloso! Ser valiente no significa no tener miedo, porque muchas veces estoy acojonada. Ser valiente significa estar cagadita de miedo y seguir luchando.

Recuerdo el día que empecé a trabajar en el colegio. Estaba tan asustada por cómo iba a desenvolverme en mi nuevo curro o por si los alumnos me tratarían con respeto que solo tenía ganas de salir corriendo de allí. Sin embargo, la ilusión de dedicarme a lo que me apasiona y mis ovarios, que los tengo bien puestos, me ayudaron a superar todas esas barreras limitantes que yo solita me había puesto.

Mi primer día de trabajo fue espantoso, no os voy a engañar. No obstante, la perseverancia me enseñó que no todo es como parece y, hoy por hoy, adoro dar clase a esos pequeños cabrones que tantas penas y alegrías me regalan. Si me hubiese dejado llevar por los miedos y hubiese salido huyendo de allí, jamás me habría dedicado a lo que más me gusta, a enseñar música a mis alumnos.

¡Joder, qué profunda y reflexiva estoy! Solo me falta ponerme en pie y comenzar a practicar yoga. El lugar invita a hacerlo.

Me quedo veinte minutos más disfrutando de las vistas, ¡creo que este ritual tan reconfortante podría formar parte de cada mañana que pase en San Juan! Después, me descalzo para dar un paseo por la orilla. Notar el agua del mar es maravilloso.

Cuando llevo unos minutos caminado, escucho unos gritos alrededor. A lo lejos, observo algo que me parece increíble que siga pasando todavía.

¡Joder! No puedo quedarme impasible.

Capítulo 15

QUEDA TANTO POR HACER

—¡¿Por qué no os vais a tomar por culo, niñatos?! —chilla una chica que estaba tumbada y se acaba de levantar.

—¡Machorro! —la insulta un chico de unos veintitantos años.

—¡Travesti!, ¡guarra!

Se suma otro.

La escena es muy triste. Dos jóvenes están increpando a una chica que está haciendo toples. Corro hacia ellos para defender a la mujer.

—¡Me voy a cagar en vuestra madre! —exclama ella con los puños apretados.

—¡Eres una zorra!

Vuelve a insultarla.

Cuando los alcanzo me planto en medio de los chicos y la mujer.

—¡Dejadla tranquila! —exijo firme, con la espalda recta y con los brazos en jarra.

—¿Tú quién eres?, ¿su chulo? —pregunta uno de los jóvenes.

La chica me mira con complicidad antes de ponerse a mi lado.

—¡Marchaos a tomar por saco ya! —le ordena ella.

—¿Y si no nos da la gana? —vacila el otro troglodita.

—Llamaré a la policía —aseguro—. U os marcháis, o llamo.

Los dos idiotas se van no sin antes regalarnos unos cuantos insultos. En realidad, siento pena por ellos. ¡Son tan necios que carecen de vocabulario suficiente como para expresarse como una persona normal! Son gentuza.

La chica suelta un soplido y, después, se sienta sobre la toalla. Yo me siento a su lado.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí. No pasa nada. Solo eran dos orangutanes que se creen que todos los transexuales somos prostitutas.

Se lamenta.

—¿Disculpa?

—Esos dos gilipollas se han acercado para preguntarme cuánto les cobraba por hacerle una mamada a cada uno. Como les he dicho que yo no me dedicaba a eso, han comenzado a meterse conmigo y los he mandado de paseo.

—¡Menudos capullos! —exclamo.

—Gracias por defenderme. —La chica mira al horizonte mientras muestra una leve sonrisa—. Estoy acostumbrada a que se metan conmigo, pero no a que me ayuden.

—¿Por qué se meten contigo?

—¿Hola? ¡Mírame!, soy trans.

—Y yo, castaña. ¿Dónde está el problema?

La joven clava sus ojos en los míos, ensancha su sonrisa y me regala un abrazo sin previo aviso. Después, nos separamos.

—Una vez a la semana, suelo recibir algún tipo de insulto por mi condición sexual —me explica, pero no se hace la víctima. Simplemente, me cuenta lo que le pasa—. Normalmente, son heterobásicos los que me insultan, pero todos se mueren de ganas por follar conmigo. Ese es el motivo de que se enfaden cuando me niego a tener un *affaire* con ellos. ¡Menuda panda de hipócritas! Me llaman maricón, marimacho, puta..., aunque todos están deseando que se la chupe o que este maricón, marimacho o puta... —Se señala con el dedo—... los ponga mirando a Cuenca.

Se echa a reír. Su carcajada es contagiosa y acompaño a la chica. Me dan ganas de darle otro abrazo. Al oír su historia, me doy cuenta de que aún hay mucho por hacer en lo que se refiere a igualdad,

respeto y tolerancia con los demás.

—Impresentables hay en todos los lados… —señalo.

—Sí, aunque parece que yo tengo un imán que los atrae —apunta entre risas. Ahora me mira de soslayo—. En serio, ¡muchas gracias por ayudarme!

—No me las des dos veces. ¡Es lo que hubiese hecho cualquier persona con un poco de cordura!

—¡Está bien!

—Me llamo Irene.

Rodeo mis piernas con los brazos.

—Yo soy Tamara. ¿Te apetece tomar algo?

—Por supuesto.

La chica se pone en pie y alarga su mano para ayudarme a levantarme.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a sorprender. ¡Es ideal!

Capítulo 16

KARMA

Tamara me ha traído a un lugar que es precioso. Estamos en una terraza enorme ubicada al borde de un acantilado donde vemos fundirse el azul del mar con el cielo. Hay barquitos navegando al fondo, las gaviotas sobrevuelan el lugar, y me siento fascinada al descubrir este rincón tan especial.

—¡Madre mía! —exclamo mientras nos sentamos en unas comodísimas sillas de madera con cojines de colores—. ¡Esto es precioso!

—Sabía que te iba a gustar —asegura Tamara—. Las vistas son inmejorables y el café es el mejor de la zona. ¿Te gusta el café?

—¡Me encanta el café!

Asiento con la cabeza.

Reconozco que estoy emocionada. ¿Os pasa a vosotras? Cuando descubro un sitio nuevo que me alegra el día, ¡mi corazón late con tanta fuerza que puedo hiperventilar! Disfruto celebrando cualquier cosa buena que me pase, ¡como venir a este lugar tan maravilloso rodeado de naturaleza! Aunque sé que lo mejor de todo va a ser conocer a Tamara. Presiento que nos vamos a llevar bien.

¡Ay! Disculpadme. Con todo lo que ha sucedido, se me ha olvidado describiros cómo es el pedazo de mujer que tengo al lado. Tamara es una chica alta, de veintitantos años y tiene una melena castaña oscura que le llega hasta mitad de la espalda. Se nota que le gusta el deporte porque tiene un cuerpo definido y los pechos muy bien puestos. Sus ojos marrones son profundos, de esos que sabes que han visto muchas cosas..., quizás demasiadas para lo joven que es. Reflejan rabia, alegría, tristeza, diversión y un sinfín de sentimientos más. Sin embargo, lo que más me gusta de ella es su infinita sonrisa. No la esconde nunca.

—Pues vas a flipar, bonita. —Tamara levanta el brazo derecho para llamar la atención del camarero. Lo consigue al momento. El chico se acerca a nosotras con energía—. ¡Buenos días, guapo! ¿Nos pones dos cortados con hielo?, ¿os quedan porras?

—Están recién hechas —presume él.

—Pues pon un par, también —pide Tamara—. Mi nueva amiga va a probar por primera vez vuestro café y creo que, además, necesita una buena porra.

—Creo que me hace más falta el café.

Le sigo el juego entre risas.

—¡Si no la quieres, me zampo yo las dos! —bromea.

El camarero desaparece en busca de nuestra comanda. Yo me acomodo en la silla mientras me deleito con las vistas privilegiadas del lugar. Realmente esto es un paraíso. La brisa nos abraza con ternura, el sol brilla en lo alto del cielo y el sonido de las olas al romper contra las rocas es relajante. No hay mucha marea, así que todo invita a la calma. A disfrutar. A saborear un buen café con la mejor compañía.

Suelto un suspiro y me siento más cómoda aún.

—Esto es vida —susurro.

—¿Verdad? Si alguna vez me siento triste o perdida, vengo a esta terracita y cargo las pilas —confiesa Tamara—. Este lugar es mágico. No sé..., será que está a los pies del mar, que él café es delicioso o que el camarero está buenísimo —apunta antes de que venga el susodicho con nuestro pedido.

El chico nos sirve la comanda. En medio de la mesa, deja una bandejita con una nota. Después, se va. Echo un vistazo al papel, que es la cuenta. ¡Joder! Nos cobran diez euros de los dos cafés y las

porras. Seguramente, el precio es tan elevado porque el lugar es increíble, pero ya puede estar bueno todo, o no vuelvo más aquí por muy bonitas que sean las vistas.

—Es un poco caro... —aseguro en voz baja.

—No te preocupes, ¡invito yo! —dice Tamara.

—¡No!, ¿por qué? Pagamos entre las dos.

—Antes, en la cala, me has ayudado con los dos gilipollas, así que quiero invitarte.

—No es necesario, Tamara. He hecho lo que tenía que hacer.

Tamara se relaja sobre la silla. Acto seguido, mira, primero, al horizonte para terminar clavando sus ojos en los míos.

—Tengo una teoría: el karma no existe. No hay una fuerza superior que equilibra la balanza del bien y del mal. ¡Eso es una gilipollez! —No sé muy bien por qué dice eso. Frunzo el ceño, esperando a que se explique—. ¡El karma somos nosotros! —exclama—. Me gusta pensar que nosotros somos los responsables de que el mundo vaya mejor. Así que, cuando alguien hace una buena acción que me repercute, me aseguro de hacer otra buena acción que le repercuta. De esta forma, equilibramos las cosas buenas con más cosas buenas.

¡Me gusta su forma de pensar! El karma somos nosotros; si alguien se porta bien con nosotros, lo ideal es que seamos amables con esa persona. Aunque me surge una duda.

—¿Qué pasa con las malas acciones? Por ejemplo, ¿qué habría que hacer con los capullos de la cala? —pregunto.

—¡Ah, no! Yo me enfoco en lo bueno. —Tamara se cruza de brazos—. ¡Que la vida se encargue de los capullos! Prefiero hacer del mundo un lugar mejor con buenas acciones. Las malas acciones tienen mi total y absoluta indiferencia. ¡No hay mejor desprecio que no hacer aprecio!

Sonrío con picardía ante mi ocurrencia, que me es imposible callar.

—Yo prefiero vengarme, ¡es más gratificante! —aseguro.

Tamara suelta una carcajada al aire.

—¡Estoy contigo! Retiro lo de la indiferencia. Es mejor vengarse cuando putean a una. ¡Como Shakira con la canción que le dedicó Piqué! Se quedó fresca la mujer.

Las dos estallamos en risas.

Pasamos un buen rato disfrutando el fascinante café. ¡Está exquisito! Su sabor amargo se mezcla con el azúcar de caña y el hielo para fundirse en mi paladar y regalarme una experiencia única. ¡Lo sé, lo sé! Es solo café, pero está cojonudo. Además, la charla con mi nueva amiga es de lo más amena.

Tamara me cuenta que trabaja como camarera en un *pub* de ambiente en Benidorm. Va de jueves a domingo, todas las noches. Como vive en San Juan, tiene más de treinta minutos en coche hasta su trabajo, pero disfruta tanto que no le importa recorrer más de treinta y siete kilómetros de ida y otros tantos de vuelta durante cuatro días cada semana.

—¡Tienes que venir una noche! Es divertidísimo. Fiebre es el *pub* más fabuloso que existe —asegura—. Las copas gratis las tienes aseguradas. La música es brutal, los chicos no te agobiarán porque son gays y, si te apetece flirtear, te presento a algún hetero de mente abierta, de los que suelen venir. ¿Qué te parece el plan?

—Tentador —susurro mientras me rasco la nuca; aunque me faltan Yas, Gisela y Marta para que sea perfecto.

Tamara me coge de las manos al mismo tiempo que suelta un gritito de felicidad.

—¡Que sí, mujer! Ya verás cómo te lo pasarás pipa y conocerás a mucha gente —añade eufórica.

—¿A más gente? Llevo dos días en San Juan y estoy socializando más que en toda mi vida —bromeo.

—Mira, ¡resulta que eres la ministra de Cultura! —ironiza Tamara —. Haces tantos contactos en el pueblo que te agobias.

—No es eso —pronuncio entre risas—. Llegué ayer y lo primero que hice fue toparme con mi exnovio. Después, conocí a una pareja muy simpática con los que sentí una vibra especial y, por la noche, a un chico que me dejó loca —suelto sin pensar.

¿Diego me dejó loca? Y antes de que pueda preguntármelo, Tamara lanza:

—¿Por qué te dejó loca?

De repente, siento un hormigueo en el estómago al pensar en Diego. ¿Por qué? Si apenas crucé cuatro frases con él. ¿Por qué despierta esa sensación en mí?

—No lo sé. Tal vez, me gustó su atrevimiento o, quizás, el hombre es muy mono... El tipo se sentó a mi lado cuando estaba tomando un café a solas en una terraza.

—¡Ay, me encanta! Como en las comedias románticas: un hombre sexi y misterioso te sorprende con un gesto atrevido, y ya no puedes dejar de pensar en él —explica Tamara convencida de su argumento.

—No tiene nada que ver con las historias romanticonas porque el tío se largó a los pocos minutos de presentarse, asegurando que una tal Lorena lo esperaba en casa. ¡Las historias románticas solo pasan en la ficción! En la vida real, los hombres son narcisistas, egoístas o están casados...

Me sorprendo al escuchar mi propio argumento porque no pienso tal cosa. Conozco a chicos que no son como acabo de describir, pero he saltado a la defensiva. No me gustan las comedias románticas, ¡qué le voy a hacer!

—¡Uy! Me parece que alguien tiene un problemita con los chicos... —ironiza Tamara.

—¡Que va! El problema lo tengo con las historias románticas que venden realidades inalcanzables que nos llenan de frustración —expongo.

—Irene, ¡no seas aburrida! ¿Qué sería de nuestra vida sin un poco de fantasía?

No me gusta la fantasía. En serio, no tengo tiempo para divagar horas y horas imaginando una hipotética historia de amor que nunca llega o a mi supuesto príncipe azul. ¿Eso no está desactualizado? Lo siento, en el amor me he decepcionado tantas veces que no dejo hueco a la fantasía, prefiero ser práctica y realista.

—¿Estás dispuesta a dejar el romance entrar en tu vida? —dispara.

¡Qué gran pregunta! Aunque desconozco la respuesta.

Capítulo 17

ENCARGO

—¿Diego?

Está bien, lo admito. Me he dejado liar. Aunque, si soy sincera, tampoco he puesto mucha resistencia.

Os cuento. Estamos tomando sol en el jardín de casa de mi hermana. Yo, tumbada en una hamaca, y Tamara, en otra. ¿Qué hacemos aquí? Pues, mientras saboreábamos el café en aquella terraza tan bonita a los pies del mar, hemos comenzado a hablar sobre el encuentro de anoche con Diego.

Le he comentado a mi amiga —porque Tamara ya es mi amiga— que yo soy muy intensa, no tengo término medio. Cuando detesto algo, lo odio con todo mi ser y, cuando me gusta, ¡lo amo! A lo que iba, que me voy por las ramas, es que le he confesado a Tamara que el poco rato que estuve con Diego fue especial. Sin embargo, no sé explicar por qué. ¿Fue su descaro lo que me impresionó?, ¿su sonrisa acompañada de esos ojos preciosos?, ¿su simpatía? ¿O será que está buenísimo? ¡No lo sé! Pero desde anoche no se va de mis pensamientos.

Entonces, Tamara señaló que era un flechazo. Yo me eché a reír,

¡vaya tontería! Los flechazos son un invento de las marcas de cosméticos para que intentemos estar siempre guapas. No vaya a ser que, en el momento menos esperado, nos topemos con nuestra media naranja y que, por culpa de no estar acicaladas, desaparezca la posibilidad de que se dé un flechazo. Aunque las comedias románticas también contribuyen mucho a potenciar ese ridículo de enamorarse sin conocer a la persona, ¡solo con verla!

Está bien, me callo, me estoy poniendo pesadita con el tema, ¿verdad?

Después, le comenté que me había dado su número de teléfono, así que Tamara se emocionó al saberlo y, cómo no, ha insistido para que lo llame. Mientras aportaba un sinfín de argumentos para que me contactara con Diego, le propuse ir a casa de mi hermana para tomar algo en su jardín. Al llegar, no había nadie. ¿Dónde se mete Nat todo el día, que nunca está en su domicilio? Aunque tampoco me importa su ausencia.

He servido un par de refrescos, nos hemos sentado al sol sobre las tumbonas y, después de repasar varias veces los pros y contras de telefonear a Diego, hemos decidido llamarlo. Porque los pros eran más que los contra. De hecho, solo hemos encontrado un inconveniente: que el teléfono lo cogiera la tal Lorena y que fuese su novia o su mujer. Salvo esa pequeña posibilidad de nada, lo demás han sido todos pros.

«Seguro que es un gran amante», «Te lo vas a pasar genial con él», «No pierdes nada por tomar una copa y conocerlo mejor»: todos esos argumentos han sido muy convincentes. Por eso, ahora mismo, estoy esperando a que responda al otro lado de la línea mientras Tamara me mira, sonríe y mi corazón se acelera de forma preocupante. ¡Que diga algo ya, o entraré en parada cardiaca!

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —responde con su voz ronca y sexi.

—Soy Irene, la chica a la que anoche...

¿Cómo termino la frase?: ¿a la que asaltaste en su mesa?, ¿a la que dejaste anonada con tu atrevimiento y ahora no para de pensar en ti?, ¿a la que le es imposible borrar tus ojos de su mente?

—¡Eres Yo-yo! —exclama entre risas—. ¿Cómo estás, preciosa? Me alegra que me llames.

Pongo los ojos en blanco al escuchar mi mote, ¡lo odio! Aunque le

ha gustado que lo llame. ¡Eso está genial! A ver si me relajo. Era obvio que le iba a agradar; ¡para eso me dio su teléfono! Sin embargo, no sé qué me pasa cuando hablo con un chico que me gusta, que dudo hasta de lo que sé que es seguro. ¿Os pasa a vosotras?

—Si me llamas así, te juro que te cuelgo.

Vacilo para hacerme la interesante. No es conveniente que me muestre excesivamente simpática, o pensará que me tiene en sus manos. Los chicos pueden ser muy creídos cuando una mujer es amable con ellos. Será mejor que lo mantenga a raya.

No tengáis en cuenta mi dualidad mental, ya os he comentado que estoy nerviosa. Así que no os asustéis si se transforma en triple o cuádruple.

—¡Entendido! —Vuelve a reír—. También celebro que no te asustase mi atrevimiento. Como comprobaste ayer, soy un hombre muy lanzado.

¡Vaya! ¿Ahora qué le respondo? Estoy acostumbrada a ligar a través de chats de Tinder, donde me tomo el tiempo que necesite para contestar con un texto ingenioso y sexi que seduzca a mi interlocutor. Lo de hablar por teléfono lo reservo para mis amigas y mis familiares, así que estoy un poco desentrenada en esto de coquetear de esta forma.

¡Rápido! Tengo que decir algo. ¡Voy al grano! Será lo mejor.

—¿Nos vemos esta tarde? —suelto entrecerrando los ojos.

Tamara levanta el pulgar para darme ánimos. ¡Los necesito! Lo estoy haciendo fatal.

—¡Joder! Tú sí que eres lanzada. No te andas con rodeos —señala—. Esta tarde voy a la playa con Lorena, ¿te apuntas? Sería un verdadero placer que nos acompañaras.

—¿Con Lorena? —repito en voz baja. Mi amiga se encoge de hombros mientras levanta el entrecejo. No entiende nada, ¡al igual que yo!—. ¿A las cuatro? —pregunta Diego ignorando la mía—. Te mando la ubicación por WhatsApp, ¿está bien? —Si estuviese en un chat, le enviaría el emoticono de la mierda. Porque un plan en la playa con él y su pareja me parece una auténtica mierda. Suspiro desanimada—. Llevaré una nevera con chocolate. Anoche dijiste que te gustaba, ¿no? Así que no puedes negarte a venir.

Quizás, Lorena no sea quien pienso que es. De lo contrario, no

tendría sentido que insistiese tanto en que vaya con ellos a la playa. Decido darle el beneficio de la duda.

—Muy bien. —Asiento aunque él no pueda verme—. Mándame la ubicación y nos vemos a las cuatro.

—Perfecto, Yo-yo. ¡Uy!, perdón, Irene.

Se echa a reír. No sé por qué, pero me hace gracia, aunque contengo la risotada. No me van los apodos graciosos, ya lo sabéis. Tengo que mantener mi imagen.

—Ja, ja, ja —pronuncio con ironía.

—Nos vemos luego. Ahora tengo que trabajar, ¡un besazo!

—Un beso.

Cuelgo y me quedo mirando a Tamara sin decir nada. ¿Tengo una cita? De repente, un subidón de adrenalina recorre mi cuerpo hasta concluir en mi boca para dibujar una sonrisa.

—Bueno, ¿qué? —pregunta mi amiga—. ¿Me lo vas a contar?

—¡Hemos quedado esta tarde en la playa!

Celebro levantando los brazos.

—En la playa, ¡qué romántico! —exclama Tamara—. Seguro que te lleva a una cala íntima y hacéis el amor sobre la arena.

—¡De eso nada! —Niego con la cabeza—. Viene con Lorena.

—¿Cómo?, ¿qué pinta ella allí?

—Es muy raro, ¿verdad?

Me rasco la nuca. Me siento confusa.

—Puede que Lorena sea su hermana o su hija... —divaga Tamara intentando que salga de dudas.

—¡Por favor, que no tenga hijos! —espeto—. Sea quien sea, el plan no pinta nada romántico.

Tamara se sienta a mi lado en la hamaca antes de cogerme de la mano. Después, choca su cadera con la mía.

—Apenas lo conoces... Es mejor que vayas a la cita sin expectativas.

—¿Y si la anulo?

—No, hija. Una cosa es que vayas sin nada preconcebido y otra, que no aparezcas. —Se echa a reír—. Ve y diviértete. Si es un capullo, te largas en cuanto tengas ocasión. Pero, si el chico merece la pena, disfruta del momento.

—¡Eso voy a hacer! —Me pongo en pie de golpe. ¡Esta chica da

buenos consejos! Se levanta también. Al momento, nos fundimos en un abrazo—. ¡Quédate a comer! —le propongo—. Así esperas a que venga mi hermana y le pides eso.

Entonces alguien carraspea a nuestra espalda. ¡Joder! Tiene el don de la oportunidad.

—¿Qué tiene que pedirme? —pregunta Nat, que no sé cuánto rato lleva allí.

—¡Ya has venido!, ¡perfecto! —exclamo—. Tamara, te presento a mi hermana Natalia. Natalia, ella es mi amiga Tamara.

Mi hermana se queda inmóvil. Tiene los brazos en jarra y acaba de arrugar la frente. ¡Va a echarme una de sus charlas!

—Irene, desde que has llegado, estás comportándote de una forma muy extraña. Ayer llegaste tarde a casa porque estabas con un tal Romeo y su novia, que no conozco de nada. Ahora te presentas en mi casa con alguien que tampoco sé quién es, y esta mañana os he notado muy tensos a Isaac y a ti.

Está bien, es el momento de que le haga un poco la pelota, o estallará. Además, he de reconocer que tiene razón. Me acerco a ella y la cojo de la mano.

—¡Menos mal que has aparecido en la cocina cuando estaba con Isaac! De lo contrario, no sé qué hubiese pasado —confieso para que se sienta la heroína.

—¡Lo sabía! —exclama mientras me señala con el dedo—. ¡Estás enamorada de Isaac! ¿Habéis follado ya?

—¿Has follado con tu ex? —pregunta Tamara sorprendida—. A mí solo me has contado lo de la boda.

—No me he acostado con Isaac ni mucho menos estoy enamorada de él —aclaro antes de que sigan con sus divagaciones—. Esta mañana se ha presentado con el desayuno para disculparse por lo grosero que fue en la cena. Hemos comenzado a charlar, y es cierto que ha surgido una chispa de deseo...

—¡Lo ves!

Mi hermana continúa señalándome con el puñetero dedo.

—Pero no ha pasado nada más.

—¡Ay, Irene! Deja las cosas como están y no jodas la boda —dice Nat.

—¡Que no voy a tener nada con Isaac! —espeto de mal humor—.

¿Cuántas veces voy a tener que decirlo?

—Pues antes casi te lías con él —me acusa.

¿Para qué se lo he contado? Ahora me lo va a echar en cara siempre.

—A Irene le gusta Diego —confiesa Tamara.

—¿Quién es Diego? ¡Ay, por favor! No me entero de nada.

Resopla mi hermana.

—Un chico que conoció anoche y con el que acaba de quedar para esta tarde —responde mi amiga.

—Oye, bonita, nadie te ha nombrado la pregonera de mi vida sentimental, ¿no? —le recrimino.

Natalia se acerca a Tamara y entrelaza su brazo con el de ella.

—Tú no te calles nada —le pide mi hermana—, que empiezas a caerme bien.

¡Tendrá morro! Ahora, que Tamara se va de la lengua, le cae bien.

—Tampoco hay mucho más que contar. —Se encoge de hombros —. Yo venía a encargarte un pedido de jabones para sortear en el *pub* en que trabajo.

—¡Eso aún me gusta más! —Nat es incapaz de disimular su alegría cada vez que alguien le hace un encargo—. ¡No se hable más!, ¡te quedas a comer!

¡Perfecto! Ahora tendré que aguantar a las dos cotilleando sobre mi vida privada. ¡Justo lo que me apetecía!

Capítulo 18

LORENA

Hemos preparado una ensalada con algas, frutos secos y vinagre de no sé qué que tenía mi hermana. Algo muy raro, pero que está muy rico. Además, cada una tiene en su plato una tostada con rodajas de tomate, gulas, ajos y gambas. ¡Delicioso!

Estamos en la mesa del jardín de mi hermana. No es muy grande, es de cincuenta metros cuadrados. Hay césped en el suelo, ideal para caminar descalza y para que la naturaleza acaricie tus pies. En el centro, está la mesa de madera con cuatro sillas alrededor, una barbacoa y un columpio balancín que es perfecto para dormir la siesta o en las noches de calor. ¡La terraza es una monada! Es lo que más me gusta de su casa. Además, gracias al ambiente caluroso de Alicante, la puede aprovechar casi todo el año.

Antes de sentarnos a comer, cotilleamos en la cocina mientras preparábamos la comida. Primero, Nat y Tamara confeccionaron juntas la cesta de jabones para sortear en el *pub* en el que trabaja mi amiga. Por ahora, es solo amiga mía, ¡ya veremos si también lo es de mi hermana!

Cuando estábamos en la cala, le hablé a Tamara sobre los jabones

artesanales de mi hermana. Resulta que, todos los jueves, hacen un bingo en el *pub* con regalos para los participantes que ganen, y a Tamara le ha parecido una idea fabulosa sortear una cesta con los jabones. Mi hermana está encantada, ¡cómo no!

Después, Tamara y Nat se aliaron para decirme que evitara quedarme a solas con Isaac e intentara alejarme de él. ¡Vaya novedad! ¡No se me había ocurrido a mí! Así que me limité a darles la razón para que no siguiesen agobiándome con mi ex. ¡Ya había decidido que no quería jugar con fuego!

Ahora estamos saboreando las exquisiteces que hemos preparado mientras debatimos quién será la dichosa Lorena. Le hemos contado a mi hermana lo de Diego y nuestra inminente cita. Si acaso a nuestra quedada se le puede llamar cita, porque comienzo a dudarlo si va a estar Lorena con nosotros.

—¿Por qué no le has preguntado quién es Lorena? —apunta mi hermana antes de dar un sorbo a su copa de vino.

¡Ah! Se me ha olvidado comentaros que hemos descorchado una botella de vino para saciar nuestra sed, aunque yo prefiero beber agua; ya tengo bastante con los nervios como para aparecer borracha en la cita..., quedada... Bueno..., lo que quiera que sea.

—¡Uy, claro! Es lo más normal que podía haber hecho: ¡llamarlo para quedar e interrogarlo sobre si está soltero o con pareja! ¿Cómo no se me ha ocurrido? —respondo con ironía.

—A mí no me parece tan descabellado. Si algo te incomoda, lo mejor es que le preguntes, ¿no? —insiste Nat.

—Yo también se lo hubiese preguntado —añade Tamara.

—¡Está bien!, ¡ya lo habéis conseguido! —refunfuño.

Cojo el teléfono, accedo a WhatsApp, busco el contacto de Diego y le escribo un mensaje:

> Hola, Diego. Pásame la ubicación de la cala. Por cierto, ¿quién es Lorena?

—Listo. Le he enviado un wasap a Diego preguntándole quién es Lorena ¿Estáis contentas? —pronuncio con inri al mismo tiempo que les muestro la pantalla del móvil.

Tamara se lleva la mano a la boca. Mi hermana suelta una

carcajada.

—¡Estás fatal! —exclama Nat—.¿Cómo se te ocurre hacerlo?

—¿Perdona?

Frunzo el ceño.

—Ahora no viene a cuento, Irene. Parece que estás desesperada por saber si es su novia... —explica Tamara—. Durante la conversación telefónica, era idóneo que le preguntaras, quedaba natural. Sin embargo, enviarle un mensaje solo para preguntarle por Lorena te deja como desesperada.

¡Las mato! Os juro que las mato. La culpa es mía por hacerles caso.

—Os vais a ir a tomar por culo, bonitas —espeto—. No sabía que hubiese un momento idóneo para preguntarle eso...

—¡No pasa nada! —exclama Tamara—. ¡Bórralo! ¡Corre!

¡Es verdad! Puedo borrar el puñetero mensaje. Desbloqueo la pantalla, accedo a la *app* y...

—¡Ya lo ha visto! —protesto.

—No jodas... —suelta Tamara.

—Pues, entonces, ya no lo borres —apunta mi hermana.

Le lanzo una mirada asesina que le provoca una risita floja.

—Chica, ¡a lo hecho, pecho! —intenta animarme Tamara—. Y si no, que no se andará con tanto misterio con la Lorena de los cojones.

Entonces me vibra el móvil al mismo tiempo que suena el aviso de que acabo de recibir la respuesta de Diego. Antes de leer el mensaje, suelto un suspiro.

> Te envío la ubicación en cuanto llegue, iré antes.
> A Lorena te la presento cuando vengas. ¡Seguro que te cae genial! Es una sorpresa.

¡No! Más sorpresas no, por favor. Que les estoy cogiendo un asco a las sorpresitas. Les leo el wasap a Nat y a Tamara. Ellas flipan al igual que yo.

—A novia no suena —apunta mi hermana.

—Irene, puede que sea algo que no te imaginas y que Lorena sea un consolador, o algo por el estilo —supone Tamara.

No había pensado en eso. Hay mucha gente que llama a su coche o a su tabla de surf con nombre de persona... Quizás, Lorena no es una

persona. Aunque anoche aseguró que se iba porque lo esperaba Lorena.

—Los chicos no usan consoladores ni juguetes —añade Nat haciendo un ademán con la mano.

—¡Uy, guapa! Eso es lo que tú te crees. Hay infinidad de hombretones gays y heterosexuales que tienen rabos de silicona o masturbadores —señala Tamara mientras se sacude la cabeza—. Una vez quedé con uno que le encantaba que le metiese un dildo mientras me penetraba. Y no era pequeño el juguetito. Lo llamaba Terminator. Así que, quizás, Lorena sea un consolador.

—Prefiero que sea su novia —admito—. Si el tío se presenta con un rabo de plástico y me dice que es Lorena y que me va a caer genial, ¡os prometo que salgo corriendo de allí!

Ninguna de las tres puede contener las risas. Estallamos a carcajadas. Observo a Tamara y a mi hermana, y tengo la impresión de que también van a ser buenas amigas. Dibujo una sonrisa de felicidad, ¡no hay nada mejor que estar rodeada de gente con buen corazón! Y estas dos chicas que me acompañan son puro oro. Supermarujas pero maravillosas.

Mientras tanto, sigo con la duda de quién será Lorena. Me extraña que sea un consolador. En fin..., dentro de un par de horas, lo sabré.

Capítulo 19

ESCALERA

Acabo de llegar al aparcamiento de la cala en la que he acordado con Diego. En casa de mi hermana, se han quedado Tamara, Adri y Nat. Su novio llegó cuando estábamos tomando los cafés y se sumó al festín. Aunque, para ser sincera, Adri cogió una copa y se sirvió vino. Los dejé a los tres en un estado de embriaguez algo alarmante, pero me tenía que ir.

Bajo del coche, estoy en un descampado con arena y con algún arbusto alrededor que termina en el borde de un acantilado con una valla de madera. Ahí es donde tengo que ir. Abajo está la cala. El sitio es muy bonito.

A medida que me voy acercando y miro hacia abajo, el mar se abre con majestuosidad y observo una pequeña playa de arena fina y aguas trasparentes. ¡Mi corazón bombea con fuerza! No solo porque tengo ganas de ver a Diego, sino porque las vistas son preciosas.

A la cala se accede bajando por unas escaleras de piedra con otra valla de madera, que están en la pared del acantilado. Todo parece muy seguro; así que me ajusto mi sombrero de paja, agarro mi bolso y bajo poco a poco. Echo un vistazo alrededor. No hay casi nadie, tan

solo una pareja tomando sol y dos o tres personas más paseando por la orilla.

Entonces, veo a Diego. ¡Está guapísimo! Lleva un bañador azul que le queda estupendamente y hace que resalte su piel tostada. Su pelo baila con el aire porque está corriendo de un lado a otro mientras no para de sonreír. Está jugando a perseguir a un *golden retriever* de color canela, ¡Ay, qué bonito que es! ¿O será bonita? ¡No me digas que Lorena es la perra! ¡Claro! Tiene sentido.

Me apoyo en la valla de madera para observar como juegan los dos. Parecen tan felices. El perrito salta para darle con el hocico en la espalda, como si lo pillara, y echa a correr en dirección opuesta para que Diego lo persiga. ¡Son tan monos!

De repente, Diego se gira, lo que consigue que nuestras miradas se crucen. ¡Joder! Acabo de sentir un chispazo que por poco me funde. Mi pulso se acelera cuando ensancha su sonrisa y me saluda con la mano.

¡Ay, mi madre! Esto ya es imparable. Diego me vuelve loca.

Capítulo 20

UN SALUDO PASIONAL

Me quito las sandalias para caminar descalza sobre la arena, que conserva el calor de los rayos del sol. Diego sonríe cuando ve que me acerco a él. ¡Esa sonrisa es la culpable de que no me lo saque de la cabeza! Aunque ahora sus abdominales marcados y su cuerpo escultural, también, van a contribuir a que no me olvide de él.

Intento avanzar como si fuese una *top model* para hacerme la interesante. Elegante pero desenfadada. ¡Eso! Que él también se quede embobado al verme. Sin embargo, mis pies se hunden en la arena y parezco más un pato mareado. ¡Si es que no se puede ir de divina!

Mi corazón late desbocado a medida que nos vamos acercando. ¡Está guapísimo! Me pongo nerviosa y me arrepiento de haberme puesto un vestido tan ceñido; ¡seguro que muestra mis cartucheras y Diego sale corriendo cuando las vea! Oye, si el muy idiota se larga, ¡que se vaya a tomar viento fresco!

¡Basta! Ya estoy pensado demasiado. Además, mi hermana y Tamara han asegurado que estaba espectacular con este vestido blanco. ¡Ay! Este color me hace más gorda, ¿verdad? ¡Oye, bonita! Déjate ya de chorradas. Me despido de mis inseguridades, de los

complejos y de los miedos. ¡No sirven para nada y son limitantes! O, al menos, eso dicen en el pódcast de psicología que escucho todas las semanas.

¡Ay, ay! ¡Que ya estamos muy cerca! No hay tiempo para sentirse menos. ¡Tengo que causarle una buena impresión! ¿Por qué? No tengo ni idea, pero mejor que la primera impresión sea buena que mala, ¿no?

Estiro la espalda, sonrío con picardía y, justo cuando queda un metro para fundirnos en un abrazo, noto como algo me empuja con fuerza y me tira al suelo. ¡A tomar por culo las sandalias, el bolso, el sombrero y mi dignidad!

De repente, una bola de pelo me tapa el sol y comienza a lamer mi cara, que por cierto está llena de arena. El simpático perrito no ha tenido una mejor idea que saltar sobre mí para saludarme y arrollarme como si fuese un puto camión. ¡Joder, no sabía ni por dónde me venía el aire!

Diego le da una orden al animal para que cese su apasionado saludo. Después, se agacha y me ayuda a incorporarme. Lo tengo justo delante. ¡Uffffff! Trago saliva. ¿Se puede ser más guapo? Él está con su bañador azul, mostrando sus trabajados bíceps y con cara de actor de Hollywood. Mientras, yo sigo medio mareada del golpe, con el pelo alborotado y la cara maquillada con babas y arena. ¡Esto no es justo!

—¡Disculpa a Lorena! Es muy intensa cuando alguien le gusta. ¿Te encuentras bien?

«De puta madre, bonito. ¡Mírame! Tu perro se ha lanzado sobre mí como un proyectil, pero estoy bien», me tienta responderle. Sin embargo, me limito a sonreír mientras aseguro que no ha pasado nada.

—¿Seguro?, ¿te duele algo? —insiste.

«El ego», pienso.

Nos levantamos y sacudo mi ropa para limpiarla de pelo y de arena.

—Estoy bien —miento. Estoy bien jodida: me duele el culo, el costado y, como acabo de mencionar, el orgullo. Por lo demás, ¡estoy genial!—. No esperaba que tu perro me saludara con tanta efusividad.

—Ni yo —añade—. Normalmente, pasa de la gente. Solo se comporta así cuando alguien le gusta. ¡Eso es bueno! —¡Anda! Si

ahora resulta que tendré que celebrar que el animalito me haya embestido—. Aunque te pido disculpas de nuevo, no tenía que haber sido tan bruta —asegura avergonzado.

—Dile que no le guardo rencor —bromeo.

Me agacho para saludar al animal con más tranquilidad. La perrita se acerca y vuelve a lamerme la cara. ¡Le gusto! De eso no hay duda. Diego se echa a reír.

Después, me incorporo para avisarle que me voy a dar un chapuzón para quitarme la arena del cuerpo y evito mencionar las babas de su perro para que no se sienta más incómodo.

Me quito el vestido para quedarme en bañador. Llevo un bikini blanco con las braguitas a juego. Diego se queda boquiabierto al verme con tan poca ropa. ¡Bien! Por fin, algo bueno. Ahora me voy más tranquila a bañarme. Resulta que no solo le gusto a su perra.

Después del chapuzón y de recuperar la compostura, estamos tumbados sobre dos toallas que Diego ha extendido sobre la arena. Además, ha sacado de una mininevera una tableta de chocolate y dos cervezas. Curiosa combinación que no tengo intención de probar; no vaya a ser que me siente mal. El chocolate prefiero tomarlo con un café con hielo, y la birra me gusta más con algo salado, como una tapa de jamón o un pincho de tortilla, ¡o las dos cosas!

Él se sienta a mi lado mientras yo permanezco tumbada boca abajo. Me pasa una lata que está bien fría. La abro y tomo un trago.

—¿Quieres chocolate? —me pregunta.

—Te agradezco el gesto, pero el chocolate con la cerveza no pega mucho.

Me encojo de hombros al mismo tiempo que muestro una leve sonrisa. No quiero parecer desagradecida.

—No pasa nada —responde. Se acerca a la nevera y saca un plato con queso cortado en tacos y otro con trozos de sandía—. Tengo un plan B.

Abro los ojos con intensidad y mi tripa emite un sonidito reclamando los manjares que ha preparado Diego.

—¡Me encanta el plan B! —celebro.

Él se echa a reír con descaro. Después, se dispone a recoger el chocolate.

—¡No lo guardes! —le aviso—. Podemos tomarlo, más tarde,

como postre.

Suelta otra carcajada. Me parece perfecto que le haga gracia lo glotona que puedo llegar a ser, porque me chifla comer. Cuanto antes lo sepa, mejor nos llevaremos.

Bromas aparte, el tío se lo ha currado con esta quedada improvisada. Estamos en un lugar de ensueño: el mar de fondo, la naturaleza nos envuelve y nos brinda una intimidad maravillosa. Además, ha preparado un picoteo que me parece fabuloso. ¡Bien por Diego! No lo conozco apenas, pero por el momento se diferencia de los hombres egoístas con los que he ligado. ¡Eso me gusta!

La perrita se acerca con delicadeza al olfatear la comida y se sienta al lado de su dueño. ¡Mírala a la jodida, qué educada es cuando quiere conseguir algo! Diego le da un trozo de queso.

—¿Así que tu perra es Lorena? —deduzco.

—Efectivamente —asiente orgulloso, como si el animal fuese su hija—. ¿Quién creías que era? —quiere saber entre risas.

—No sé... Toby es un nombre de perro. Lorena es de persona, ¿no?

Me incorporo para sentarme a su lado.

—No has respondido. ¿Quién creías que era? —insiste sin borrar su sonrisilla traviesa.

Me rasco la nuca. Si supiera de todas las personas que he pensado que podía ser la puñetera Lorena, iba a flipar. Así que voy al grano y me ahorro dar tantas explicaciones.

—Tu novia —suelto.

A Diego se le escapa una risotada. Se lo está pasando bien, porque no para de reír. ¡Ni que estuviese escuchando un monólogo!

—No tengo novia —aclara.

—Mejor —digo sin pensar.

—¿Mejor?

Levanta el entrecejo.

¡Mierda! ¿Cómo salgo de esta sin parecer que estoy loca? Siempre me recrimino que pienso demasiado y, cuando tengo que hacerlo antes de hablar, ¡suelto lo primero que se me ocurre!

—¡Claro! Claro —Ahora toca decir una explicación convincente. ¡Vamos, Irene! Tú puedes—. Me parecía un poco raro que me invitaras a la playa y que tu novia nos acompañara.

—Y aun así has venido —responde y me deja sin palabras.

¡A ver, guapito! Es la hora de la siesta y mis neuronas están dormidas. Esta conversación es demasiado intensa para mi agilidad mental de un jueves a las cuatro y cuarto de la tarde.

Doy un trago a la lata y decido contraatacar.

—Tú te sentaste anoche a mi lado sin previo aviso —lo acuso.

Diego apoya sus manos sobre el suelo para empujarse y colocarse justo delante de mí. ¡Ay, mi madre, que esos ojos son capaces de derretirme!

—Y no me arrepiento —confiesa—. Al verte, sentí la necesidad de hablar contigo. No soy del tipo de personas que asalta a los demás, pero sí que suelo hacer caso a mi instinto. Nunca falla. O, si no acierto, jamás me arrepiento de obedecer a mis impulsos.

—Ser impulsivo puede meterte en líos —le advierto.

—O ayudarme a no dejar pasar las oportunidades cuando llegan a mi vida. —Sonríe al mismo tiempo que apoya sus manos en mis rodillas. ¡Arde! Su piel quema al contactar con la mía. Contengo un suspiro—. Yo lo veo así; si no hubiese dado el paso de hablar contigo, ahora no estaríamos compartiendo esta conversación ni las cervezas.

—¿Y si te hubiese mandado a la mierda?

Juego.

—Habría corrido ese riesgo —contesta.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Porque habría merecido la pena conocerte.

¡Caray! Su respuesta me deja muda. ¿Cómo puede estar tan seguro de que merece la pena arriesgarse por mí si no sabe quién soy? Estoy hecha un mar de dudas: ¿será un caradura que le regala este tipo de piropos a todas las chicas que conoce?, ¿o acaso será un flechazo, como asegura Tamara? Y lo más importante: ¿qué le respondo?

Me apetece darle un beso en la boca, pero no quiero ponérselo tan fácil; para eso ya tengo los ligues de Tinder. Creo que Diego es diferente a todos esos chicos de las *apps* de ligoteo, que solo buscan algo espontáneo y superficial. Y digo *creo* porque no tengo ni idea de cómo es.

¿Miente o dice la verdad? ¿Quiere conocerme o hacerme el amor en la playa? ¡Veis como pienso demasiado!, ¡¿lo veis?!

—¡Anda! No seas payaso —bromeo mientras esquivo su mirada.

—¿Por qué?

—Porque tu respuesta parece sacada de un manual de instrucciones para casanovas —vacilo.

—Piensa lo que quieras. Yo estoy encantado de que me hayas llamado y estemos los dos aquí —asegura.

Esto se está poniendo muy intenso. Tengo calor, estoy sudando como una loca y mi pulso está disparado. Necesito alejarme un poco de Diego, que quite sus manos de mis rodillas, o no sé si seré capaz de controlar mis instintos.

Me siento irremediablemente atraída a él y me jode sobremanera porque hace unas horas que lo conozco. ¿Os ha pasado a vosotras? ¿Habéis conocido a alguien que, nada más verlo o escuchar su voz, os ha hecho perder el sentido? Alguien que, al cerrar tus ojos, lo dibujes en tu imaginación y cuentes los minutos para volver a encontrarte con él. A mí me ha pasado, pero ¡cuando tenía quince años! Y ahora tengo treinta, así que no comprendo por qué me ocurre esto. Se supone que la experiencia en el amor te da armas para que no te sientas tan desnuda al conocer a alguien, ¿no?

De repente, me pongo de pie. Necesito distancia entre nosotros. Decido hacer caso omiso a mi instinto. No quiero perder la cabeza por alguien que no sé si, después de habernos enrollado o acostado, pasará de mí. Me parece perfecto que él quiera arriesgarse por mí, pero yo no estoy en ese punto. ¡Acabamos de conocernos! Un poquito de cordura, por favor. No hagamos cosas de las que después nos podamos arrepentir.

—¡Cuánta humedad! —exclamo sin venir a cuento, al mismo tiempo que me abanico con la mano.

—Vivo aquí. —Se encoge de hombros—. Estoy acostumbrado.

Ya sé algo más sobre él, aparte de su nombre y de que tiene una perra. No está de vacaciones en San Juan, Diego vive aquí. ¿Lo conocerá mi hermana? Creo que es el momento de conocer más cosas sobre él, ¿qué opináis?

Una vez que he cogido un poco de aire, vuelvo a sentarme, pero no tan cerca del guaperas. Os recuerdo que está en bañador y que tiene un cuerpo de infarto. ¡Toda distancia es mínima para no caer en la tentación de lamerlo de arriba abajo!

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno —responde risueño—. ¿Y tú?

—Antes de ayer hice los treinta —le informo orgullosa.

—¡Felicidades!

—Gracias. —Sigo con la ronda de preguntas—. ¿Llevas muchos años viviendo aquí? —disparo.

—Cuatro meses. Antes vivía en Valencia, pero me apetecía cambiar de ciudad. Además, he abierto mi negocio hace poco y me va muy bien.

El chico es emprendedor, ¡si es que lo tiene todo!

—¿De qué es? —pregunto.

—Soy adiestrador de perros. Tengo una escuela canina en el centro del pueblo —señala. Entonces coge impulso y vuelve a plantarse delante de mí—. Tenía pensado trasladarme a un lugar con costa, pero más tranquilo que Valencia. Había venido varias veces a veranear a San Juan, así que decidí probar suerte aquí.

—¿Y qué tal?

—¡Genial! Tengo más de veinticuatro alumnos caninos. —Resopla sin dejar de sonreír—. Y humanos, porque hay que enseñar más a los dueños que a los perros —explica entre risas.

Diego está, de nuevo, pegado a mí. ¡Este chico no sabe lo que es el espacio personal! No es que me moleste tenerlo tan cerca...; huele de maravilla y estoy disfrutando de su compañía. Sin embargo, su boca se vuelve, por momentos, más apetecible.

¿Qué me pasa? Creo que mis hormonas están revolucionadas; ¿será por el cambio de clima? ¡No, bonita! Es por él, que me vuelve loca. Decido apartar la vista de los labios para evitar tentaciones y veo el plato con sandía. Intento estirar la mano para hacerme con un trozo, pero no llego. Diego se percata, coge una rodaja y me la pasa.

Cuando nuestros dedos se rozan, saltan chispas. Entonces nuestras miradas se encuentran. ¡Ay, ay, ay! Que me quedo sin respiración. Nos callamos. Y en ese instante todo deja de importar, solo existe él. Diego y sus intensos ojos color miel. Esa sensación es tan estimulante como atemorizante. De repente, se inclina un poco hacia mí. Mi corazón bombea con intensidad. ¿Vamos a besarnos? ¿Quiero hacerlo? ¡Joder, claro que quiero!

La melodía de mi teléfono que avisa que tengo una videollamada nos interrumpe y rompe la magia del momento. Busco en mi bolso el

móvil y compruebo que me llama mi hermana. ¿Qué querrá? Sabe que tenía la cita con Diego, así que será por algo urgente.

—Tengo que descolgar —aviso a mi acompañante.

—Claro —asiente.

Deslizo el dedo para iniciar la videollamada y me arrepiento al momento de haber respondido. Mi queridísima hermana, Tamara y Adri aparecen con un aspecto lamentable; ¡están borrachos como cubas!

—¡Irene! ¿Cómo ha *iddddddo*? —pregunta Nat gritando.

—No puedo hablar, estoy ocupada.

Intento disimular para que corten la llamada, porque estoy segura de que si cuelgo yo volverán a llamar.

—¿Y Diego? —insiste Tamara, que le quita el teléfono de las manos a mi hermana—. ¿Es un *acossssssador* o es buen tío?

De perdidos al río, ¿no? Así que enfoco a Diego con la cámara *selfie* del móvil. Él saluda con jovialidad.

—¿Quiénes son? —susurra.

—Mi hermana, su novio y una amiga —contesto—. Van un poco borrachos.

—¡Joder! Es guapísimo —señala Tamara sin cortase ni un pelo—. Enfócalo de lejos para que lo veamos *mejorrrrr*.

—¡Eso, eso!

Se suma mi hermana a la petición.

¡Vaya lagartas! Estas dos van de pedo, pero de tontas no tienen nada.

—¡Os voy a colgar, que estamos ocupados! —les anuncio elevando la voz, sin saber por qué; quizás, sean los nervios o que, cuando alguien habla alto, tengo que imitar el tono por inercia.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Adri.

¡Olé, el que faltaba!

—Conversar —explico de forma concisa.

—Ya, ya... —añade el novio de mi hermana.

—Diego, ¿tienes un consolador que se llama Lorena? —pregunta Tamara, lo que me deja en *shock*.

¡Será hija de puta!

Me llevo la mano a la boca para evitar descojonarme. Habrá sido una atrevida, pero la cara de Diego es un poema al escuchar la

pregunta de mi amiga. Estoy a punto de mearme de la risa y, también, de morirme de la vergüenza. ¡Ay, por favor! Tantas emociones en tan poco tiempo no me van a sentar muy bien.

—¿Perdona?

Diego está flipando.

—Luego te lo cuento —le digo a él—. Y vosotros os vais a dar una vuelta para bajar la cogorza, ¿está bien?

—Pero si no hemos bebido casi nada —se defiende Nat.

—¡Adiós! —exclamo antes de colgar.

—Luego nos dices si folláis...

Cuelgo antes de que Tamara pueda acabar la frase, aunque ya ha dicho bastante antes de cortarla.

Observo a Diego avergonzada. Me mira sin decir nada. ¡Joder, que hable o me da algo!

—¿Qué? —pregunto.

—No voy a follar contigo ahora —asegura.

Se me corta la digestión. Siento un pinchazo en el estómago que me deja sin aliento al escuchar sus palabras.

—No hagas caso a lo que han dicho, están borrachas.

Intento excusarme.

—Irene, no soy ese tipo de hombre. Te pido disculpas si he hecho algo para que malinterpretaras mi intención. Solo quiero conocerte.

Entonces, se pone de pie, recoge las cosas, dobla las toallas, ordena a su perra que vaya con él y asegura que se ha hecho tarde. Yo lo observo sin decir nada. No soy capaz de procesar lo que está pasando.

Diego se despide y se esfuma.

¡Perfecto, acaban de dejarme plantada en la mejor cita que estaba teniendo en años!

Capítulo 21

YA HE TENIDO BASTANTE

—No sé qué ha sucedido, tía —le explico a Marta—. Ha escuchado a Tamara lo de follar, se ha puesto nervioso y se ha marchado.

Después de que Diego se largase, he llamado a mi amiga para intentar buscar algo de sentido a lo que acabo de vivir.

—No sé, Irene. La gente es muy rara. Tal vez, se ha ofendido porque pensaba que querías acostarte con él, aunque eso nunca ha sido un inconveniente para un hombre. Pasa de él. Oye, ¿quién es Tamara? —pregunta Marta.

—Una amiga *bocachancla* que he conocido —contesto—. ¡Ay, me he quedado rallada! Diego parece un tipo encantador y creo que me gusta.

—Tienes su número, ¿verdad? ¡Llámalo! Y le preguntas qué ha pasado —sugiere Marta.

—No. Ya la he liado hoy. Paso de hacer el gilipollas.

Mientras converso con mi amiga, recojo mis cosas en el bolso y me dirijo hacia mi coche para volver a casa. Cuando subo al vehículo, pongo el manos libres para poder seguir charlando con Marta.

—Estos dos días han sido una locura —apunto—. ¡Estoy por

volverme a Madrid!

—No seas exagerada, Irene. Disfruta de las vacaciones, ¡estás en la playa! Yo me voy a pegar gran parte del verano currando en la pelu. —Resopla—. Si puedo voy un finde a verte. ¡Lo necesito!

—¡Sí! —exclamo. Hace cuarenta y ocho horas que no la veo y ya la echo de menos. ¡Adoro a mis amigas!—. Yas me dijo que iba a venir unas semanas. Hablad con ellas y venís las tres.

—Me parece perfecto.

—¿Tú cómo estás?

—Mi vida es una rutina constante, así que estoy como siempre —refunfuña.

—¿Has hablado con Enrique?

—¡No! Solo lo sabes tú, ¡no se lo he contado a nadie más!

¡Odio los secretos y mi amiga me ha contado uno enorme!

—Deberías hablar con él. Tarde o temprano se enterará —le aconsejo.

—No estoy preparada, Irene. Además, ahora estoy en la pelu y tengo jaleo. ¡No puedo hablar!

—¡Otra que sale por patas! Ya eres la segunda persona que huye de mí hoy —bromeo.

—¡Te quiero!

—¡Te quiero!

Cuelgo.

Por mi mente revolotea la imagen de Diego alejándose, y noto una punzada en el vientre. ¿Qué habrá pasado? ¡Ay, estoy harta de pensar tanto! Ya he tenido bastante por hoy. Quiero llegar a casa de mi hermana; insultar a Nat, a Tamara y a Adri y, después, sumarme a su fiesta. Un poco de vino y risas es lo que necesito.

Aparco en el porche delantero. Cuando bajo de coche, recibo un mensaje al móvil. ¿Será Diego? Compruebo que es Romeo el que me escribe. Ayer nos dimos los números de teléfono para estar en contacto mientras veraneen por aquí. Leo el mensaje:

> Buenas tardes, Irene. Esta noche vamos a cenar por el centro, ¿te apetece venir?

La idea me resulta tentadora. Sin embargo, como he comentado

antes, ya he tenido suficientes emociones fuertes por hoy. Así que voy a rechazar la propuesta.

¡Ahora voy a insultar y a beber!

Capítulo 22

¿OTRA CITA?

Escucho un pitido que me avisa que acabo de recibir un mensaje. ¿Quién será?, ¿qué hora es? Me incorporo de la cama para mirar por la ventana y compruebo que el sol se asoma. Suelto un suspiro mientras me debato entre levantarme o tumbarme un ratito más. ¡Ay!, estoy de vacaciones, ¿no? Pues, quizás, deba pasar un tiempo más entre las sábanas.

Me dejo caer con desgana para después estirar mi cuerpo. ¿Y si me quedo todo el día en la habitación? ¿Por qué no? Llevo dos días muy movidos, así que un poco de tranquilidad no me vendrá nada mal.

El plantón de Diego me dejó chafada, no lo voy a negar. ¿Por qué se fue tan de repente? ¡Basta! No quiero darle más vueltas. ¿Es temprano para tomarme un cubata? ¡Ni idea! No sé qué hora es. Ayer trasnoché con mi hermana y su novio. Tamara se había marchado cuando llegué a casa porque tenía que ir, por la noche, a trabajar al *pub* de Benidorm, aunque su ausencia no impidió que nos bebiésemos casi todo el alcohol que tenía mi hermana en la cocina.

Entre mojitos y gin-tonics, bromeamos sobre lo sucedido con Diego, sobre mi vida sentimental y sobre el futuro amoroso de los

tortolitos. Adri parece que está bastante pillado por Nat. Cada dos por tres, le soltaba un piropo de esos que ruborizarían a cualquiera, pero a mi hermana le ensanchaba la sonrisa y, seguramente, el ego. He de admitir que hacen una pareja estupenda; se divierten juntos, se miran con pasión y no paran de hacer planes en común.

En fin, ¡nos dieron las tantas charlando y bebiendo! Fue agradable pasar la tarde con mi hermana sin prisas. La echaba en falta, pero no se lo digáis.

Vuelve a sonar el teléfono, ¡otro mensaje! Me doy la vuelta para acercarme a la mesita de noche y, para mi sorpresa, no tengo resaca. No me duele la cabeza, no estoy cansada ni tengo náuseas. ¡Así da gusto emborracharse!

Miro la pantalla, son las nueve y media de la mañana; después, la desbloqueo para ver quién me ha enviado los wasaps. Son dos notas de voz de Tamara. Le doy a *play* para reproducirlas.

Primera nota de voz:

> Buenos días, cariño. ¿Cómo estás? Yo molida, ¡entre el pedo que me pillé con tu hermana y tu cuñado y toda la noche trabajando en el pub, estoy agotada! Acabo de llegar a casa ahora porque conocí a un tío y... ¡que me voy por los Cerros de Úbeda! Ya te lo contaré cuando nos veamos. Ahora, a lo que iba... me ha contado tu hermana lo de Diego, ¡lo siento! El chico te gustaba, pero ya sabes que hay mucho gilipollas suelto. ¿Sabes algo de él? ¿Vas a volver a quedar?

Antes de reproducir el siguiente audio, me incorporo para analizar el breve pero intenso mensaje de mi amiga. Primero, ¿Nat ya la ha informado de todo? Eso significa que se han dado los números de teléfono y que son superamiguis... No me desagrada la idea aunque, si es para que marujeen sobre mi vida privada, no me hace mucha gracia. Además, por poco se me sale el corazón del pecho al escuchar que se refiere a Adri como mi cuñado; es la primera vez que alguien lo llama así, y me ha causado impresión. ¿Por qué? No tengo ni idea.

Sigamos: ¿Tamara ha conocido a un tío? ¡Tiene que contarme los detalles! Si es mi amiga, debe saber que los cotilleos amorosos forman

parte de la relación, ¡así que me tendrá que decir todo lo que ha pasado!

Por último: ¿otra cita con Diego? ¡No! El tipo me dejó plantada en la playa y se fue a toda prisa. Además, dudo mucho que él quiera volver a verme. Aunque yo estoy deseando saber algo de él.

Suelto un suspiro antes de reproducir la segunda nota de voz:

> No sé, tía. Igual le pasó algo y tuvo que salir corriendo. Quizás se estaba cagando y por eso huyó a toda leche. Siempre nos ponemos en lo peor. Seguro que estás pensando que se marchó porque dijiste algo inapropiado, porque olías mal o porque se dio cuenta que no le gustas una mierda. Llámalo o escríbele y sales de dudas. Diego te gusta. También puedes tirarte a tu ex y te quitas el calentón que te dejó el adiestrador de perros. Me voy a acostar, ¡un besito, preciosa! Nos vemos.

¡Madre mía! Si llego a saber que su audio es tan demoledor, ¡no lo escucho! A ver, se me habían pasado unas cuantas opciones por la cabeza respecto a la huida de Diego, como que había quedado con un cliente y no lo recordaba, que apenas nos conocíamos y quería ir más despacio o que hubiese dicho algo que le disgustara. Sin embargo, no contemplé la posibilidad de que me dejase plantada porque olía mal o porque se diese cuenta de que no le gustaba.

Así que Tamara me acaba de dejar con un nudo en el estómago de puta madre y con la certeza de que no pienso llamarlo ni escribirle. ¡No quiero saber por qué me plantó! Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no? Pues eso: si desconozco el motivo, no me sentiré como una mierda.

Doy un saltito de la cama para levantarme. Ya sé cómo apaciguar este disgusto, ¡voy a desayunar! Antes me dirijo al aseo para lavarme la cara, echarme un poco de colonia, por si acaso apesto y hay alguien en casa, y después voy a la planta de abajo dispuesta a saquear la nevera de mi hermana.

Compruebo que no hay nadie en casa, ¡otra vez! ¿Dónde se mete mi hermana? ¡Da igual! Para prepararme el desayuno, no necesito a

nadie. Así que me sirvo una tostada integral; pongo un poco de aceite de oliva, un filete de jamón y semillas de sésamo. No sé si estará rico así, pero he visto que lo hacen las *influencers* en las redes sociales y todas tienen un cuerpo de escándalo. Seguro que esas semillas son un truco infalible para comer y no engordar. Como sea cierto, después me preparo un bocata de panceta y le echo medio kilo más.

¿No sería maravilloso si inventaran un alimento que nos ayudara a quemar calorías, mientras nos ponemos las botas, con cruasanes, napolitanas, papas bravas y croquetas? En fin, seguiré soñando, que es gratis.

A continuación, me preparo un café con leche. Necesito despejarme o seguiré divagando sobre inventos ficticios. Le doy un bocado a la tostada, que está deliciosa. Las semillas potencian el sabor del embutido y crean un efecto crujiente muy estimulante. Ha sido todo un acierto añadirlas.

Alguien llama a la puerta con la mano. Se me paraliza el corazón mientras miro hacia el pasillo que lleva a la entrada de la casa. ¡Joder! Como sea Isaac con otra bolsa de repostería y café, ¡lo mando a tomar por saco! Ayer jugamos con fuego y no quiero que vuelva a repetirse. Que deje los bollos y el café sobre el felpudo y se vaya.

Entonces, alguien abre la puerta. ¡Es mi hermana! ¡Perfecto! Siento que se libera la presión que me oprimía el pecho al pensar que mi exnovio quería volver a desayunar conmigo. Sonrío a Nat cuando llega a la cocina.

—Buenos días, Irene —saluda—. Veo que has madrugado —apunta con ironía.

—Buenos días. Ja, ja..., ¡me parto de la risa! Estoy de vacaciones, así que levantarme antes de las once es madrugar —vacilo—. Oye, ¿tú dónde te metes, que nunca estás aquí?

Mi hermana se planta delante de mí antes de cruzar los brazos y resoplar.

—¿En serio? —pregunta ofendida.

—¿Por qué iba a saberlo?

Me rasco la nuca. Tal vez, me dijo ayer que pasaría la noche en la casa de Adri y no lo recuerdo.

—Irene, por si lo has olvidado, ¡tengo una tienda donde hago y vendo jabones! Resulta que la tienda tiene un horario comercial que

debo cumplir y por eso no puedo pasar más tiempo en casa —bufa con aires de superioridad. ¡Joder! Con tanto ajetreo, olvidé la tienda, el trabajo de mi hermana y que he venido para ayudarla—. ¿Vendrás algún día? —añade.

Me levanto de la banqueta de un salto.

—Me ducho, me visto y salimos en quince..., ¡no!, en diez minutos —aseguro avergonzada.

—¡Genial! Te necesito.

—No tardo nada.

Me dirijo hacia las escaleras para acceder al baño. Entonces, mi hermana grita:

—Oye, respecto al plantón de Diego, ¿has pensado que igual se estaba cagando el mozo?

Confirmado: mi hermana y Tamara son un par de cotorras. ¡Adiós a mi vida privada!

Capítulo 23

LA TIENDA DE JABONES

Estoy en el taller de la tienda de jabones de mi hermana. Para que os hagáis una idea, en la parte delantera, por donde se entra de la calle, está la tienda con sus estanterías, vitrinas y expositores repletos de jabones, cestas, productos de belleza, esponjas naturales y un sinfín de artículos artesanos específicos para cuidar nuestra piel y el medio ambiente.

La tienda no es muy grande, será de unos cuarenta metros cuadrados muy bien aprovechados. El suelo es de madera, los muebles y el mostrador también. Es acogedor. Las paredes están pintadas de blanco para dar amplitud al establecimiento. Del techo cuelgan globos de colores que parecen pastillas de jabón, lo que otorga un toque divertido. Y el escaparate es un gran ventanal que muestra el interior del lugar desde la calle. La tienda se llama Los jabones de Nat. Lo sé, el nombre es de lo más original.

Si avanzamos un poco más, detrás del mostrador, hay una puerta por la que accedemos al pequeño taller donde mi hermana crea sus obras de arte. ¡Huele de maravilla! A lavanda, a rosa, a canela... Es una orgía de aromas.

En el medio, hay una gran mesa de madera donde se dispone todo lo necesario para hacer los jabones. Hay moldes de distintos tamaños, aceites esenciales, flores secas, y un montón de cosas más que no sé para qué sirven.

Siento un pequeño pinchazo en el estómago, ¡estoy ilusionada por ayudar a mi hermana! Tengo ganas de comenzar a crear jabones, ¡no lo he hecho nunca! Suelto un gritito de emoción.

—¡Ay, Nat! Esto parece divertidísimo —exclamo risueña.

—Es duro, pero me encanta mi trabajo. ¡Espero que lo disfrutes!

Abrazo a mi hermana. ¡Vamos a formar un equipo fabuloso!, ¡lo sé!

Me dejo llevar por el entusiasmo. ¡Estoy segura de que lo vamos a pasar en grande!

Capítulo 24

¡ESTÁ VIVO!

¡Estoy hasta el toto de hacer jabones! En serio, ¡no puedo más! Llevo una semana sin parar de mezclar agua, manteca, aceites con flores, chocolate, o un montón de cosas más. Después, al puto molde y a enfriar.

Os prometo que el primer día me resultó una experiencia maravillosa. Trabajar con mi hermana, con los productos artesanos y con música de fondo fue muy divertido. Sin embargo, siete días después, estoy harta. Me tienta inventarme una alergia a algún producto para dejar de hacer los dichosos jabones. Aunque creo que hemos avanzado mucho trabajo y, quizás, si acabamos pronto con todos los pedidos, no me pase el verano entero en el taller.

Menos mal que ayer me llamó Yas y me dijo que, el fin de semana, viene a San Juan con Marta y Gisela. Es lo que necesito, ¡estar con mis amigas y mandar a los jabones a tomar por saco! Yas se quedará un mes; Marta, dos semanas, y Gisela no lo ha confirmado. Más tarde la llamaré para saber cuál es su plan.

Hoy por la mañana, mi hermana está repartiendo encargos por el pueblo mientras yo me he quedado en la tienda para atender a los

clientes que vengan a comprar o a realizar pedidos.

La cosa está muy tranquila, así que he llamado a Tamara para que venga a tomar un café. Ha llegado hace un cuarto de hora, con los vasos de cartón y una docena de churros. ¡La amo!

—Tu hermana ¿cómo hace el reparto?, ¿en furgoneta? —pregunta al mismo tiempo que le da un bocado a un churro.

—No. Tiene una moto muy cuca que la usa para repartir los encargos —señalo.

Tamara apoya los brazos en el mostrador y se inclina hacia mí.

—¿Hoy también te ha escrito Isaac? —dispara.

Es única para cambiar de un tema a otro sin venir a cuento.

—Sí, hija. Me manda un wasap todos los días. ¡Es un pelma! ¿No se da cuenta de que le respondo con monosílabos? Me propone quedar, pero yo le doy largas —le explico.

Me incomoda mucho su insistencia; no sé si es porque está prometido o porque no siento nada hacia él, solo atracción física. Es decir, problemas y más problemas si quedamos en tomar algo, que es justo lo que él quiere.

—Joder, Irene. Sé tajante y mándalo a la mierda—me recomienda mi amiga.

Tiene más razón que un santo. ¿Por qué no lo he hecho aún?, ¿por qué le he permitido que me mande un wasap a diario proponiendo que nos veamos? Os lo diré, me da pena. No quiero hacerle daño al comunicarle que yo no siento lo mismo que él...

¡Vale! No os puedo mentir. Lo reconozco. Además, me gusta tener a alguien que vaya detrás de mí. Ya lo he soltado, ¿estáis contentas? En momentos de bajón existencial o de inseguridad emocional, saber que alguien está colado por ti es muy reconfortante. También es egoísta, aunque su insistencia me hace plantearme si está enamorado de su prometida o no.

Yo qué sé..., puede que no sienta nada por mí y simplemente quiera quedar en tomar algo, y ya está. Tamara no piensa eso.

—Tu ex quiere follarte a saco —suelta sin pudor—. Me da mucha pena su prometida porque, si quiere acostarse contigo, lo intentará con muchas más.

—Estamos sacando conclusiones sin argumentos. —Intento defenderlo—. Por el momento, no me ha propuesto llevarme a la

cama.

—¡No seas infantil! —exclama Tamara al tiempo que levanta la mano derecha—. Esas propuestas para quedar son propuestas para follar.

—Me da lo mismo. Casi caigo una vez en casa de mi hermana y ya estoy alerta para que no vuelva a suceder —aseguro y, después, doy un sorbo al café.

—¡Así me gusta! Oye, ¿cuándo vienen tus amigas? —¡Otra vez ha cambiado de tema sin previo aviso! Suelto una carcajada—. ¿Qué?

Tamara levanta el entrecejo.

—Hay que tomar mucha cafeína para seguir tu ritmo.

Río.

—¡Soy una mujer intensa! —vacila mientas adopta una pose de diva en la alfombra roja.

—Llegan el sábado. ¡Tengo muchas ganas de verlas! —confieso ilusionada.

—¡Y yo, de conocerlas! ¿Crees que les caeré bien?

—Les vas a encantar y ellas a ti también.

Nos damos un abrazo rebosante de cariño. Os prometo que esta chica se hace de querer. Es humilde, noble, afectiva y divertida. Siempre te está animando y con una sonrisa en la cara.

Además, cuenta unos cotilleos fabulosos. Como cuando quedó con un chico la semana pasada, después de trabajar toda la noche en el *pub*, fueron a casa del tío y follaron durante horas. Tamara me aseguró que tuvo varios orgasmos mayúsculos que la hicieron gritar como una loca. Después de tanto ejercicio, le temblaban hasta las piernas.

Aunque la sorpresa se la llevó cuando salió del dormitorio y en el salón estaban, sentados en el sofá, una mujer y un hombre, ambos de unos cincuenta años. ¡Eran los padres de su ligue! El chico vivía con sus progenitores y mi amiga lo ignoraba. Seguro que la escucharon berrear como una perra mientras el cabecero de la cama golpeaba la pared e impedía el descanso de los familiares de su amante.

Tamara pasa la mano por el mostrador y, sin darse cuenta, tira los vasos de café al suelo.

—¡Joder! Más torpe y no nazco —susurra al mismo tiempo que se agacha para recoger los recipientes de cartón.

Cojo dos servilletas de papel para limpiar la bebida que está

derramada en el suelo.

—No pasa nada, mujer. Nos has dejado sin café, pero ya está —bromeo.

—Eso lo soluciono en un segundo. ¡Voy a por dos cortados al bar! Ahora vengo —me informa mientras sale.

—¡Oye! —exclamo.

—¿Qué?

Se asoma por la puerta.

—Si hay napolitanas de chocolate, trae una —le pido.

—¡A sus órdenes!

Me saluda como si fuese un militar antes de marcharse.

Me echo a reír por la payasada que acaba de hacer mi amiga. Después, me agacho otra vez para limpiar mejor el suelo. Entonces, escucho como se abre la puerta y entra alguien. Pienso que es Tamara. Antes de girarme para comprobar quién es, suelto:

—¿Qué te has dejado?

Y entonces, ¡boom!, un millar de fuegos artificiales estalla en mi interior al ver a Diego. ¡Joder! Hasta me mareo por un segundo al tenerlo delante de mí. ¿Qué hace él aquí? ¡Comprar jabones!, ¿qué va a hacer?

Diego abre los ojos al verme. No sé quién está más sorprendido, si él o yo.

—¿Irene? —pregunta en voz baja.

«¡Anda!, si estás vivo», me tienta responderle. Porque, desde que me dejó tirada en la playa, no he sabido nada de él. Ni un mensaje ni una llamada, ¡nada!

—Buenos días, Diego. ¿En qué puedo ayudarte?

Muy bien. Tengo que actuar como si no estuviese afectada o dolida por su desprecio. Que no sepa que cada noche me acuesto pensando en él, preguntándome por qué pasó de mí. No pienso regalarle ese gusto de que me vea vulnerable por su culpa.

—¿Trabajas aquí?

Arruga la frente, está confuso.

—Creo que es obvio —respondo sacando pecho para mostrar que llevo un delantal amarillo con el nombre de la tienda bordado—. ¿En qué puedo ayudarte? —insisto para hacerme la dura, aunque mi pulso está disparadísimo, pero eso él no lo sabe.

—Sí, claro. —Carraspea. ¡Uy, uy, uy! Que el guaperas está nerviosito—. Tengo que hacer un regalo y había pensado en una cesta de jabones.

—Con jabones —lo corrijo.

—¿Perdón?

—Querrás decir *con* jabones. Nosotros no tenemos cesta de jabón —aclaro con picardía.

—¡Eso! —espeta. Creo que está sudando. ¡Venga, bonito, jódete un poco! No se te está mal por haberme hecho sufrir—. Una cesta con jabones dentro.

Le pido que me acompañe hasta una estantería donde tenemos expuestas varias cestas que ya están preparadas con los productos.

—Depende del presupuesto, puedes coger una u otra —le aclaro.

—Unos cincuenta euros —contesta.

—¡Vaya! Estas superan los sesenta euros. —Lo pincho—. Si quieres puedes dejar encargada una y te avisamos cuando esté lista.

—Es que lo necesito para ya —asegura con voz de niño bueno, ¡justo lo que no es!

—Tenías que haber sido más previsor —susurro. Al ver su cara de apuro, siento pena por él. Además, sé que en otra estantería hay cestas por el importe que quiere gastarse—. Voy a ver si tenemos alguna cesta que se ajuste a tus necesidades. Un momento —le aviso. Me acerco hasta la estantería, hago como que busco algo y, a los pocos segundos, cojo una preciosa cesta repleta de jabones, pompas de jabón y perfumes—. ¿Qué te parece esta? —La levanto entre mis manos—. Vale lo que tienes pensado gastarte.

—¡Perfecta! —celebra—. ¡Me la llevo!

Caminamos hasta el mostrador. Sigo nerviosa por estar a su lado, pero mantengo la compostura. ¡Soy buena actriz! O eso creo.

—Como la quieres para regalo, voy a ponerle un lazo para que quede más bonita —le explico.

—Tú sí que estás bonita —suelta él.

¡Jo-der! Durante dos o tres segundos, se me ha paralizado el corazón. ¿A qué viene ese piropo? No me atrevo ni a mirarlo a los ojos por si estoy más colorada que un tomate. ¡Da igual! ¡A tomar por saco! No pienso callarme ante su atrevimiento, ¡esta vez no!

—¿Perdona?

Frunzo el ceño como señal de molestia.

—¡Disculpa! Me he emocionado con tu ayuda al encontrar esta cesta tan boni… tan chula. Me salvas la vida, Irene.

Sale del apuro con soltura.

Este tío es un caradura. ¡Se las sabe todas! Pero no estoy dispuesta a humillarme ante él. ¿Se cree que por decirme un halago voy a caer rendida a sus pies y perdonar su falta de respeto? ¡Ni loca! Este mamarracho no juega conmigo, ¡ya no!

Tengo que aparentar que no estoy dolida. Tengo que estar digna, altiva. Disimular y hacer que ni siquiera recuerdo su falta de decoro al plantarme en la playa. Mostrarle mi absoluta y total indiferencia.

—¡Ya está listo! —le informo cuando he terminado de arreglar la cesta—. Son cincuenta euros. ¿Pagarás en efectivo o saldrás huyendo?

—¿Quéééééééééé? —escupe por inercia.

¡Joder! Me ha traicionado el subconsciente. ¡A tomar viento fresco mi dignidad, mi indiferencia y ocultar que no estoy dolida por su actitud! Sin embargo, yo no he hecho nada malo, ¿no? Yo no lo dejé plantado ni he desaparecido del mapa de repente, así que no tengo nada que ocultar.

¡Veis como soy bipolar! Tan pronto me pienso una cosa y, al segundo, justo lo contrario.

—Que fuiste un capullo el otro día. ¿A ti qué te pasa? Te sientas a mi lado sin conocerme de nada. Después, me invitas a la playa y, cuando voy, te largas y no sé nada de ti. —Diego deja un billete de cincuenta euros sobre el mostrador antes de coger la cesta—. ¿No vas a decir nada? —insisto al ver que se va sin responder.

—Me tengo que ir —susurra y vuelve a desaparecer.

Me quedo helada. ¿Este tío es idiota? Suelto un gritito de rabia ante su indiferencia.

Entonces entra Tamara con cara de sorpresa.

—¿El que ha salido por la puerta es Diego? —pregunta, y asiento con los ojos llorosos—. ¿Qué ha pasado? —insiste.

—La evidencia de que el amor y yo no nos llevamos bien.

Capítulo 25

EL MENSAJE

Son las cuatro de la tarde, llevo todo el puto día pensando en Diego. Desde que lo vi, ha vuelto a revolucionar mi ritmo cardiaco. ¿Por qué? ¿Por qué me afecta tanto si no sé nada de él? No sé si es simpático, si tiene muchos o pocos amigos, no sé si es hijo único o si su familia es numerosa. No sé si es romántico ni cómo hace el amor..., pero no puedo dejar de pensar en él.

¡Ay! A ver si tantos días mezclando y oliendo los ingredientes al preparar los jabones me han dejado drogada y, por eso, me siento así de gilipollas.

Noto rabia, ira, impotencia. No sé por qué, pero tengo la impresión de que me ha traicionado. Es ridículo, lo sé. Sin embargo, soy incapaz de desprenderme de esa sensación tan amarga. ¡Ay, por favor! Que esto no sea un flechazo porque este tío es un cretino.

Entonces, recibo un mensaje que dinamita todos mis pensamientos. ¿De quién? De Diego.

> Irene, discúlpame. Me he puesto nervioso. Tienes razón, me he comportado como un capullo. Te prometo que no soy así. Contigo es diferente.

¿Podemos vernos?

¡Ay, mi madre! ¿Qué le respondo?

Capítulo 26

PIÉNSALO

¡Está bien, está bien! He pasado del mensaje de Diego. Y cuando digo que “he pasado”, me refiero a que no le he respondido. No obstante, aún sigo dando vueltas al contenido de su wasap. ¡Este hombre me va a volver loca! Tan pronto sale huyendo por segunda vez como me envía un mensaje para quedar. ¿Lo entendéis vosotras? Porque yo no.

Después de mucho meditarlo, he optado por lo mismo que hizo él la semana pasada: no dar señales de vida. ¡Que se joda y sepa lo mal que sabe cuando te ignoran!

Ahora voy en dirección al hotel donde se alojan Romeo y Carlota, la divertida pareja que conocí la semana pasada y que llevan días insistiendo en ir a cenar los tres juntos. ¡Me apetece un montón! El primer día estuve superbien con ellos; desde entonces, hemos mantenido el contacto a través de wasaps y llamadas. Vamos a ir a una pizzería que tiene mucha fama, aunque antes pasaré a buscarlos por el hotel.

Aquí todo está cerca, así que he decidido ir paseando. ¡A ver si la brisa de la noche me ayuda a refrescar mis ideas! Porque estoy hecha

un lío. ¿Para qué me propone quedar Diego si ha sido tan frío conmigo? Agradezco su disculpa, pero llega tarde, ¿no creéis?

¡Ay!, ¿cómo me lo saco de la cabeza? Tamara me ha recomendado que me líe con otro chico para olvidarlo. Sin embargo, ¿qué tengo que olvidar? No he creado un vínculo fuerte con Diego como para que esté bailoteando por mi mente cuando se le antoje. Y luego está Isaac, cuya insistencia para vernos está rozando el acoso. Así que cenar con Romeo y Carlota es justo lo que necesito: un poco de diversión que ayude a ahuyentar el alboroto mental que me inunda.

Cuando estoy en el *hall* del hotel, les envío un mensaje para hacerles saber que ya he llegado. Al momento responde Romeo:

> Estamos terminando de arreglarnos. Sube. Es la habitación 425.

¡Perfecto! Una vez que soy puntual, y mis acompañantes se retrasan. ¡Acabo de recibir mi propia medicina!

Tardo menos de cinco minutos en estar delante de la puerta de la habitación, llamo con la mano. Abre Romeo y me quedo sin respiración al observar que está en bóxer. ¡Este tío está buenísimo! Casi había olvidado su cuerpo escultural cuando lo vi desnudo en la playa. Sin embargo, contemplarlo con tan poca ropa en un recinto cerrado es diferente. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez, sea porque aquí nadie nos ve y todo es mucho más morboso; o quizás porque, gracias a la intimidad que te brinda una habitación de hotel, la imaginación se dispara hacia algo mucho más sensual.

De repente, me acaloro. Espero que él no lo note. Desvío la mirada de su entrepierna para centrarla en sus preciosos ojos.

—¡Irene ya está aquí! —exclama sonriendo. Me da un abrazo acompañado de dos besos, uno en cada mejilla. ¡Calor, calor, calor! ¿Soy yo, o la temperatura ha subido mucho?—. Pasa, nena. Nos vestimos en dos segundos.

—Cla... claro —tartamudeo.

—Joder, ¡estás impresionante! —asegura mientras me mira de arriba abajo.

¡Lo estoy! Llevo un vestido corto de color azul que me sienta fenomenal y potencia las curvas sexis de mi cuerpo, además de unas

sandalias blancas que le dan al *look* un toque desenfadado. Sin embargo, que Romeo me mire con tanta intensidad mientras me piropea consigue erizar mi piel.

—Gracias —susurro—. ¿Vosotros qué os vais a poner? ¿Dónde está Carlota?

—¡Aquí! —grita al aparecer taconeando por la habitación, seguramente viene del baño. Alucino al verla en tanga, subida a unos tacones de vértigo y con las tetas al aire. Vuelvo a ruborizarme aunque ya la haya visto haciendo toples en la playa. ¡Madre mía, la tensión sexual se puede cortar con un hilo!—. Soy lo peor, ¡nunca llego a tiempo! No tardo nada en vestirme. —Se vuelve hacia mí—. A ver cómo vas tú. —Me observa con detenimiento antes de sonreír—. ¡Estás cañón, Irene! Me has dado una idea. Voy a ponerme un vestido marinero blanco con rayas azules.

Carlota vuelve a desaparecer. Mientras tanto, Romeo se pone un pantalón corto vaquero y una camisa blanca. ¡Parece un modelo vistiéndose! Joder, es tan sexi que hasta el tiempo se detiene cuando se la abrocha, y juraría que va a cámara lenta.

—¡Disculpa que te hagamos esperar! —apunta, lo que me saca de mis pensamientos picantes—. Nos hemos entretenido jugando entre las sábanas y se nos ha pasado la tarde volando.

¡Perfecto! Otra vez mi mente se va al lado más ardiente para fantasear imaginando a ese par de sementales dejándose llevar por el placer en esta misma habitación. ¡Por favor, que pongan el aire acondicionado más alto, o me voy a derretir!

—¡No seas indiscreto! —lo riñe su novia desde el baño—. No aburras a Irene con nuestras intimidades.

Él me lanza una mirada juguetona antes de cucarme el ojo. ¡Ay, que me fundo! Es tan hipnótica que me olvido de los formalismos y respondo:

—No te preocupes, Carlota. No me aburre.

¡Mierda! ¿Estoy loca? ¿Por qué he dicho eso? Mi corazón late con fuerza mientras enrojezco con rapidez.

—¡Me caes bien! —apunta Romeo—. La gente abierta de mente y liberal es la mejor.

Aparece Carlota con un espectacular vestido marinero que abraza a su cuerpo dejando poco espacio para la imaginación. Aun así, ¡está

despampanante!

—Entonces, para tu información, te diré que el sexo de esta tarde ha sido brutal. Ahora ya sabes que somos un par de impresentables, poco puntuales, que sacan a relucir sus intimidades sin venir a cuento —responde ella entre risas.

—¡Eso!, ¡tú dame envidia! —contesto bromeando.

Respiro aliviada. Un poco de humor ayuda a relajar el ambiente.

—No somos unos bocazas —se defiende él—. ¡Somos naturales y espontáneos!

—La gente así es la mejor.

Repito sus palabras porque me caen de maravilla.

—Bueno, ¿vamos a cenar? —pregunta Carlota.

—¡Perfecto!, ¡me muero de hambre! —contesto.

—Soy un afortunado. —Romeo pone los brazos en jarra para que cada una pase su brazo por el suyo—. Voy acompañado de las mujeres más guapas del mundo.

Así me gustan los hombres, que digan cosas bonitas y que no salgan huyendo. Que te cojan del brazo mientas aseguran que eres la mujer más maravillosa que existe. Suelto una carcajada ante el comentario de mi amigo mientras mi ego flota por las nubes.

Es curioso cómo te puedes llegar a sentir dependiendo de la persona con la que estás, ¿verdad? Alguien que te gusta y te ignora te puede hacer sentir insignificante, ¡invisible! Sin embargo, si alguien te resulta atractivo y te piropea, eleva tu autoestima.

¿Sabéis qué es lo gracioso del asunto? Que nosotras siempre somos las mismas. Nos dejamos llevar por las opiniones que tienen los demás de nosotras. Nos afectan tanto que podemos alegrarnos en exceso o deprimirnos. Sin recordar que, pase lo que pase o digan lo que digan, somos puro oro.

Así que no tenemos que permitir que nadie ni nada nos haga olvidar lo mucho que valemos. ¡Porque somos increíbles! Intento recordarlo, aunque a veces no es sencillo. Por eso nunca me canso de rugirle al mundo y a mí misma que soy imperfecta pero fabulosa. ¡Así soy! Me quiero y me acepto. Y el que no me quiera como soy ¡que salga por la puerta! No voy a cambiar por nadie.

***

Llevamos una hora en la pizzería. ¡Aquí la pizza es una obra de arte! La masa es fina y crujiente, el queso se derrite en la boca, y todo está muy bueno.

Llevo dos porciones y creo que voy a tomar otra más. Además, hemos pedido una botella de Lambrusco. También, he bebido dos copas. Entra de maravilla tan fresquito.

La conversación fluye entre nosotros: reímos, compartimos anécdotas y no me cuesta abrirme con Romeo y con Carlota a pesar de que nos conozcamos de hace poco. Me brindan la intimidad y confianza suficiente para contarles mis inquietudes, al igual que ellos a mí.

Ahora estamos comentando la boda de Isaac y sus insistentes mensajes con la propuesta de quedar.

—Si te molesta, puedo hacerle una visita —bromea Romeo.

—¡Uy, cariño! Eso ha sonado muy a mafia.

Le sigue el juego su novia.

—No hace falta. Puedo mandarlo a tomar viento fresco yo solita —explico entre risas.

—Si te escribe tanto es porque busca follar —sentencia Carlota.

—¡Hazle caso! Es la mejor sexóloga de Córdoba —dice orgulloso su chico.

—¿Eres sexóloga? —pregunto.

Carlota asiente con elegancia.

—Paso terapia *online* a mis clientes y los ayudo a mejorar su vida sexual.

—¡Me encanta! —exclamo—. Entonces, ¿cuál es tu opinión profesional?

—Como te comenté la primera vez que hablamos del tema, el tío quiere algo contigo y es obvio que tú no —dice Carlota—. ¡Hazle saber que no estás en el mismo punto que él! O, en otras palabras, que no quieres que se acerque a tu punto G.

—Tienes razón. —Resoplo—. Isaac siempre me ha gustado físicamente: es guapísimo y tiene un culo de infarto.

—¿Tengo que ponerme celoso? —me interrumpe Romeo guaseando.

—No. Ya no siento nada por él. Quizás, me gustaría quedar para tomar un café y recordar los viejos tiempos. Es agradable volver a ver a alguien con el que has compartido una parte importante de tu vida, pero nada más. Ni sexo ni besos ni romances, solo una conversación charlando sobre un pasado que nos hizo felices —contesto con sinceridad.

¡Eso es justo lo que quiero! La cena con la pareja me está ayudando a reflexionar y saber qué es lo que necesito. No pretendo tener una aventura con Isaac, sino una velada que nos transporte a los años que vivimos juntos y quedarnos con lo bueno; decirnos que hemos sido importantes el uno para el otro y que nos deseamos lo mejor.

—Eso es muy bonito —susurra Carlota mientras pasa su mano por encima de la mía.

Me siento comprendida y así da gusto desahogarse. Entonces, caigo en que he monopolizado la conversación de la noche con el asunto de Isaac. Un poco de interés hacia ellos no estaría mal, ¿verdad? Así que me dispongo a lanzar unas cuantas preguntas para conocerlos mejor.

—Vosotros, ¿qué planes tenéis?: ¿boda?, ¿pareja de hecho?, ¿hijos?

—Si sigues enumerando esos planes, se me va a cortar la digestión —asegura Romeo.

—¿Por?

Levanto en entrecejo.

—No somos una pareja tradicional —aclara ella—. En muchos aspectos, nos comportamos como el resto de las parejas: compartimos piso, nos encanta pasar tiempo juntos, conocemos a nuestras respectivas familias... Pero, por otro lado, somos más liberales —concluye.

—¿Sois pareja abierta? —pregunto con el mismo descaro que ellos tienen.

No pasa nada, ¡ya tenemos confianza!

—No —dice él tajante—. Nada de abrir la pareja; eso solo trae problemas, celos y enfados. Y por el momento, tampoco nada de boda o hijos... Lo de pareja de hecho no lo descartamos.

¿A qué se refieren cuando afirman que son más liberales?

—¿Entonces? —insisto.

—Como ya sabes, somos nómadas. En cuanto tenemos vacaciones o días libres en el trabajo, nos encanta salir de viaje. Nos apasiona conocer nuevos lugares y nuevas personas. Somos adictos a las nuevas experiencias. En nuestra relación... —Baja el tono de voz de forma que suene bastante sugerente—... nos gusta invitar a nuestra cama a alguien si nos resulta excitante.

¡Ay, mi madre, que se refieren a mí! Si no, ¿para qué me lo cuentan?

Trago el vino con torpeza. ¿Me estoy atragantando? No, todavía respiro. Sin embargo, siento una presión en la garganta que... ¡Está bien! Acabo de soltar un pequeño eructo de la impresión.

¡Ay, ay, ay! Que acabe la explicación porque este momento se me está haciendo eterno. ¿Se refiere a mí? ¿Quieren invitarme a su cama? Y si es así, ¿qué les respondo? ¡Joder! Si es lo que pienso, ¡resulta que tenemos muchísima confianza! Más de la que imaginaba.

¡Venga! No voy a ponerme nerviosa. Tal vez, solo me están comentando sus preferencias sexuales sin ninguna intención.

—Nos gustas —añade Romeo y despeja todas las dudas.

¡Se refieren a mí!

Me quedo callada mientras los dos me observan en silencio. ¡Ay! ¿Es mal momento para que me desmaye? ¡Esto es muy fuerte! Podrían haber esperado al postre para hacerme la propuesta, porque se me ha cerrado el estómago de la impresión.

—A ver... —tartamudeo—. Para que me quede claro, me estáis pidiendo que...

—Hagas un trío con nosotros.

Romeo acaba la frase por mí.

—Nunca he hecho un trío —confieso.

—Siempre hay una primera vez, ¿no? —sugiere Carlota al mismo tiempo que pasa su mano por el hombro de su novio—. Con nosotros ibas a disfrutar mucho.

Estas vacaciones están siendo de lo más intensas. ¿Qué fue de eso de «Me voy a la playa a relajarme»? Porque yo no tengo ni un minuto de tregua.

La propuesta me resulta tentadora; Romeo está para mojar pan y Carlota es tan sexi que me atrae hasta a mí. Sin embargo, ¿quiero dar

ese paso en la relación con ellos? No sé.

—No hay prisa, Irene —susurra con dulzura Romeo—. Piénsatelo y, cuando te decidas, nos dices algo, ¿te parece?

—Gracias.

Es lo único que sale por mi boca.

Me siento halagada de que piensen en mí de esa forma, pero estoy bastante abrumada. ¿Qué hago? ¿Qué haríais vosotras en mi situación?: ¿os abandonaríais al placer o rechazaríais un plan tan tentador?

Una cosa tengo clara: si alguna vez hago un trío, sería con Romeo y Carlota.

Capítulo 27

DESPUÉS DE LA CENA

—Tías, ¡me han propuesto un trío! Y lo peor es que he estado a punto de lanzarme —confieso a mis amigas.

La cena continuó entre risas y más confesiones. No volvimos a sacar el tema del trío. Somos lo suficientemente adultos como para dejarlo a un lado y que no nos estropeara la velada. A ver... A mí me costó un poco quitármelo de la cabeza, pero, en cuanto nos trajeron los cafés y Romeo se puso a hablar de su trabajo como entrenador de fútbol, todo adoptó un ambiente más relajado.

Después de tomar los cafés y un trozo de tarta, sí, al final se me volvió a abrir el estómago y comí un poco de dulce. Nos despedimos. En ese momento, me pidieron que considerara su propuesta. Otra vez sentí el nudo en el estómago, los nervios y la flojera de piernas. ¡Me tentó irme con ellos al hotel y rendirme a la fantasía! Sin embargo, opté por pensármelo mejor y marcharme a casa.

He aprovechado el paseo para llamar a mis amigas por videollamada y contarles lo que me pasó.

—¿Por qué hubiese sido lo peor hacer el trío? —pregunta molesta Yas—. Yo he participado en un montón de tríos y no es nada malo,

Irene. ¡Abre tu mente! Y ya, de paso, tus piernas también.

—No digo que sea nada malo. Simplemente, que los veo como amigos y no estoy segura de que quiera dar ese paso.

—Ya, pero los dos están tan buenos que te los follarías, ¿no? —añade mi amiga. Sonrío con picardía—. ¡Hipócrita! —suelta—. La gente estaría menos amargada si follase más o si se atreviese a realizar sus fantasías sexuales.

—Está bien, Yas. Sabemos que tú resuelves todo a base de orgasmos, pero quizás Irene no quiere mezclar amistad con sexo.

Marta sale a mi rescate. ¡La amo! Marta es la mejor. Siempre me apoya. Cuando no sé cómo defenderme, ella me ayuda. Es el placaje perfecto para los comentarios hirientes de Yas.

—Yo también me los follaba —añade Gisela, lo que nos deja anonadadas—. Irene, estás soltera y los dos te molan.

—Me atrae él, Carlota iría en el *pack* —señalo.

—¡Da igual! Si te apetece, hazlo —me recomienda Gisela.

Oye, ¿esto es cierto? Estamos debatiendo si hago un trío o no, y dos de mis amigas me animan a que me lo monte con los tortolitos sexis. ¿Acaso puede ser más surrealista el momento?

—¡Uy, Gisela está muy contenta! ¡Mirad cómo sonríe! —dice Yas.

¡Es cierto! Nuestra amiga está más risueña de lo normal.

—Chicas, tengo que contarles algo. —Gisela se pone colorada—. ¡Os he hecho caso!

—¿Vas a grabar una canción para subirla a Spotify? —pregunta Yas.

—No, ¡ya sabes que me da mucha vergüenza! No es lo mismo cantar en un musical que grabar un tema propio —aclara disgustada.

—¿Entonces? —insiste nuestra amiga.

—¡Me he atrevido! He hablado con Manu...

—¿No era Manuel?, ¿desde cuándo es Manu? —la corta Yas de nuevo.

—¿Quieres dejar de interrumpir a Gisela para que nos cuente lo que tenga que contarnos? —espeto harta de las preguntitas de Yas.

—¡Uy, hija! ¡Cómo estás de irascible! Será mejor que hagas el trío para que te relajes un poco.

Me pica. Le lanzo una mirada asesina. Nuestra amiga suelta una carcajada.

—¿Puedo continuar? —quiere saber Gisela.

—Por favor —responde Marta.

—Ayer me armé de valor y hablé con Manu antes de que empezara la función. Estaba nerviosa, cardiaca y cagada de miedo. Sin embargo, recordé vuestras palabras de ánimo y me declaré. Le dije que me gustaba desde hace tiempo.

—¡Felicidades! Eres una valiente —celebro.

—¡Tía, estoy superorgullosa de ti! —exclama Marta.

—Así se hace, Gis. ¿Qué te respondió Manu?

Yas siempre va al grano, y esta vez no iba a ser una excepción.

—¡Que también le gusto! —grita al mismo tiempo que da varios saltitos de alegría—. Aseguró que, siempre que me ve, se pone nervioso y que le molo desde hace tiempo, pero que no se atrevía a decirme nada porque somos compañeros de trabajo.

—Bueno, ¡él es tu jefe! —apunta Yas.

El resto ignoramos la apreciación de nuestra amiga para centrarnos en felicitar a Gisela. ¡Bien por ella! Ha luchado por lo que siente.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Habéis quedado para cenar? ¿Os habéis acostado ya?—pregunta Marta.

—Cómo se nota que a las peluqueras os va el marujeo —protesta Yas—. Le has hecho más preguntas que un paparazi.

—¡Vete a la mierda! —refunfuña Marta.

—Yas, estás con un humor de perros, ¿te pasa algo? —le pregunto.

—¡Sí! Se me ha jodido el polvo de esta noche porque el tío está con su novia y no puede quedar. Además, me sabe fatal que te hayan ofrecido un trío y lo hayas rechazado, cuando yo no voy a follar. Unas tanto y otras tan poco.

¡Tendrá morro! Para empezar, yo no he rechazado nada. Y después, que se meta en Tinder y busque un nuevo ligue.

—Yas, puedes encontrar otro polvo en cualquier *app* para ligar. —Marta me lee el pensamiento—. O esta noche desahógate con el Satisfyer y déjanos tranquilas.

—¡Ay, disculpadme! En el tema del sexo, soy muy envidiosa —confiesa entre risas.

—Y un poco simple —añade Marta.

¡Joder! Entre estas dos pasa algo y no sé lo que es. No es normal

que estén tan agresivas entre ellas.

—Chicas, ¡no he terminado! —exclama Gisela.

—Perdón, ¡sigue! —le pido.

—Manu me ha propuesto que me vaya con él a un viaje que tiene a Ibiza.

Gisela amplía su sonrisa.

—¡Serás zorra! —espeta Yas—. ¡Espero que vayas y disfrutes a tope!

—¡Qué pasada, Gis! Es un planazo —asegura Marta.

—¡Ohhhhhhh! Me encanta, Gisela —exclamo.

—El problema es que el hotel, el barco y todo lo demás lo tiene cogido para este fin de semana. Así que, si voy con Manu, no podré ir a San Juan.

—¿No tenéis función este finde? —señala Marta.

—Tengo dos semanas de vacaciones. ¡Ay, no sé qué hacer!

Resopla Gisela. Quiero que Gis venga a la playa con nosotras. Sin embargo, lleva esperando esto mucho tiempo. Sería muy egoísta pedirle que lo dejara por nosotras.

—¡Ni te lo pienses! Ve con Manu y, si luego puedes y te apetece, te vienes con nosotras —le digo.

Marta asiente y le recomienda que vaya a Ibiza.

—¿En serio? —pregunta Gisela.

—Yo no te voy a comer el coño y Manu seguro que lo está deseando, ¡así que ve con él! —contesta Yas.

Y con esta respuesta tan poco elegante, nuestra amiga se convence de apostar por su nuevo ligue. Nosotras nos entristecemos porque no pasaremos parte del verano juntas, pero nos alegramos mucho de que esté ilusionada con Manu.

De eso se trata la amistad, ¿no? De pensar en la felicidad de la persona que quieres dejando tus propios intereses a un lado. O no, porque lo que realmente me interesa es que Gisela sea feliz.

Y, amigas mías, nunca la había visto sonreír con tanta emoción. ¡Eso sí que me hace feliz!

Capítulo 28

UN POCO DE ENERGÍA

Estoy en la cocina de mi hermana, son las ocho de la mañana, y voy por mi primera taza de café. Algo me dice que hoy voy a necesitar mucha cafeína porque tengo sueño, pero no puedo dormir. ¡Mi mente va a mil por hora!

Estoy apoyada en la encimera mientras sujeto una taza con café con leche y miro al infinito. Pienso en el gran paso que ha dado mi amiga. Me alegro por la valentía de Gisela. ¡Por fin se ha atrevido a apostar por sus sentimientos! ¡Ojalá pudiese hacerlo yo!

¿Por qué no soy capaz de aceptar la propuesta de Romeo y Carlota? Tal vez, no sea tan moderna como pienso o, quizás, no me apetece probar un trío. Me pica la curiosidad, eso sí, pero nada más. No me veo haciendo un sándwich con ellos. ¿Os imagináis? Yo, con la teta de Carlota en mi cara, mientras el rabo de Romeo sacude mi pierna. ¡Ay, no! Creo que no soy tan moderna.

Unos pasos que vienen del piso de arriba y bajan por las escaleras me sacan de mis pensamientos erótico-festivos. De repente, aparece Adri en la cocina. Solo lleva un bóxer superapretado. Sonríe al verme, al mismo tiempo que hace un ademán con la cabeza para saludarme.

Yo lo miro de arriba abajo, totalmente estupefacta ante la falta de pudor del muchacho, que por cierto está bien bueno.

—Buenos días, Irene. Hoy has madrugado —señala mientras busca algo en la cocina que no sé lo que es.

—Buenos días. No tengo mucho sueño, así que he venido a por un poco de café.

Levanto la taza con la mano. Entonces mira hacia donde estoy y ensancha su sonrisa. Se acerca. ¡Joder! Se acerca sin ropa.

—Necesito un poco de energía —suelta con cara de pillo—. Si me permites.

Pasa su mano por detrás de mí. Me sobresalto, no esperaba su descaro. Después, junta su cuerpo al mío y se inclina, lo que deja muy poco espacio entre nosotros.

He mencionado que solo lleva un puto bóxer, ¿verdad? ¡Ay, no! Este es el típico cliché de comedia romántica, cuando el novio sexi de la hermana se quiere enrollar con la protagonista. ¡Será cerdo! ¿Quiere tema conmigo en casa de mi hermana?

Me aparto con rapidez. El chico será muy guapo, pero no estoy dispuesta a liarme con él. ¡Eso sí que no! Que se busque a otra para engañar a mi hermana.

—Disculpa, pero te confundes conmigo —le advierto—. No soy de las que se lía con su cuñado.

Adri pone cara de sorpresa y, después, se echa a reír.

—Me vas a disculpar tú a mí, pero creo que te confundes. Solo quería coger el bote de proteínas para prepararme un batido y resulta que estaba detrás de ti.

Agarra el bote con las manos para mostrármelo.

¡Mierda! He metido la pata hasta el fondo. Resulta que esta vez el cliché no se ha cumplido, pero lo de comportarme como una gilipollas nunca falla. Si salgo corriendo, ¿servirá de algo? Será mejor que apechugue y pida disculpas.

—Perdona, Adri. He dormido fatal y no sé ni lo que digo. Al acercarte con tan poca ropa, te he malinterpretado. No sabía que estaba el bote detrás y... —me excuso como puedo.

—No pasa nada. Podía haberte avisado de que iba a cogerlo para que no pensaras otra cosa.

Me echa una mano para que no me sienta tan ridícula.

—Gracias —susurro al mismo tiempo que sonrío—. Aunque no estaría mal que te pusieras algo más. Durante estos meses no vais a estar solos en casa, tenéis una invitada que suele ser un poco mal pensada —bromeo.

—Me parece bien. —Asiente—. Voy a preparar unas tostadas, ¿te apetece una?

Es una oferta tentadora. Sin embargo, hoy tengo planes.

—Te lo agradezco, pero tengo que decirte que no. Me he apuntado a un *brunch* con música y recital de poesía, así que me termino el café y subo a vestirme para ir con tiempo —le explico.

Después de hacer el ridículo máximo con mi cuñado, ¡necesito un poco de música! En Madrid, suelo asistir a conciertos en pequeños bares donde la gente toca en directo e interpreta temas propios. Una vez, Gisela y yo subimos a cantar y tocar la guitarra respectivamente. Fue divertido, ¡estimulante! Echo en falta este tipo de eventos.

Hace unos días busqué por internet la agenda cultural de la localidad y encontré la cita de hoy, así que no dudé en apuntarme.

¡Comida y música! Va a ser estupendo.

Capítulo 29

EL *BRUNCH*

El sitio es precioso. ¡Ay, ya me he emocionado! Es una cafetería con las paredes pintadas de blanco, y el techo es de madera. Está decorada con cientos de plantas y macetas con arbolitos, lo que crea un ambiente único.

Hay mesas de madera pintadas de colores con un montón de aperitivos: croquetas, fuentes con jamón y pan con tomate, queso, empanadillas, *sushi*, tortilla de patatas, algas con soja... Creo que han mezclado la cocina española con la oriental. A mí me da lo mismo, pienso zamparme todo lo que pueda.

Al fondo, se ubica un pequeño escenario donde hay un grupo tocando temas pop de los noventa. Cuando entré, escanearon un código QR, desde la pantalla de mi teléfono, que me enviaron al correo electrónico cuando pagué la reserva.

Habrá unas veinte personas y yo estoy contentísima por haberme apuntado. Voy a socializar un poco, escuchar buena música en directo y ponerme como una cerda devorando todos los aperitivos.

Cojo una croqueta y le doy un bocado. ¡Joder! Está deliciosa. Es cremosa. Siento cómo se deshace la bechamel en mi boca y cómo los

trocitos de jamón potencian el sabor salado del entrante. Me comeré unas cuantas más y, si sobran, ¡me las llevo en un táper!

Cuando me dispongo a sentarme en uno de los sofás que están repartidos por la cafetería, para deleitarme con la música del grupo, casi sufro un infarto. ¡No puede ser! ¿Qué hace Diego aquí? ¡Es él! No me ha visto. ¿Qué hago? ¿Me escondo en el baño? ¿Me pierdo entre la gente? ¿Me voy? ¡No! De eso nada. Primero, tengo que tranquilizarme. ¿Por qué voy a perderme un evento tan ideal? ¿Por su culpa? ¡Que se marche él! Yo no he hecho nada malo, simplemente no respondí a su mensaje. ¿Para qué iba a contestar?, ¿para que volviese a desaparecer? ¡Eso es! Además, él es el experto en huir, así que si alguien se tiene que largar no soy yo.

He venido para disfrutar del *brunch* y eso voy a hacer. Entonces se gira y nuestras miradas colisionan. ¡Zas! Otra vez siento el latigazo que me sacude todo el cuerpo y me deja flotando en una nube.

Este tío tiene algo que me invita a perder la razón. Por lo tanto, tengo que ser inteligente y pasar de él para que no juegue conmigo. Ya estoy harta de los «Ahora sí, ahora no». ¡No tengo que adivinar las intenciones de nadie! Si quería algo conmigo, que lo hubiese demostrado.

¡Ay, mi madre! Me está saludando con la mano y viene hacia aquí. Yo me hago la despistada hasta que se planta delante de mí mostrando su irresistible sonrisa. Porque el tío será un capullo, pero es guapo a rabiar.

—Buenos días, Irene. ¡Qué sorpresa tan grata encontrarte aquí! —exclama.

—Hola, Diego. No sé si puedo decir lo mismo. Me da miedo iniciar una conversación contigo y que te pires a mitad de la charla —suelto con picardía.

¡Toma, bonito!

—Te debo una explicación, ¿verdad?

Se rasca la nuca y arruga la frente avergonzado. ¡Ay, qué sexi está así! Tengo que mantenerme alerta. Diego es un embaucador. No volverá a pasarme lo mismo otra vez. No volverá a jugar conmigo.

—No me debes nada. No somos nada: no somos amigos, no somos pareja, no somos nada. Ahora, me gustaría disfrutar de este evento sin que nadie me moleste.

Diego me agarra de la mano para que no me vaya.

—Déjame que me explique, por favor —insiste.

¡Que no, coño! Que llegas muy tarde.

—Me dejaste plantada en la playa. No contento con eso, no te dignas ni a escribirme un triste mensaje para saber qué te había pasado. Y, por si fuese poco, apareces en la tienda de mi hermana, te ayudo a escoger un regalo, ¡y vuelves a desaparecer!

—Me acojoné —suelta. Después, se encoge de hombros—. Ya lo he dicho, me acojoné mucho.

Me sorprende su confesión, aunque tampoco me tranquiliza. No sé si será una excusa o si es sincero. Sin embargo, su respuesta no me satisface.

—Pues no tengo tiempo para estar con acojonados, ¿sabes? Si alguien quiere algo conmigo, tiene que tener las narices de demostrarlo —respondo.

—Apenas te conocía y me dio miedo sentir...

—¡Haberlo pensado antes de invadir mi mesa o de invitarme a la playa! Quizás, yo también estaba sintiendo algo —le aclaro con rabia.

Mi pulso se acelera. Siento ansiedad, malestar e ira. ¡No! Lo siento, pero me niego. No voy a seguir con esta conversación. He venido para disfrutar del *brunch*, joder, y Diego no me lo va a fastidiar.

—¿Estabas? —pregunta sorprendido.

—Se acabó, Diego. Aunque, en realidad, no sé el qué se ha acabado porque tú no dejaste ni que empezara. Ahora resulta que estás arrepentido. Lo siento, no es mi problema. Así que, si no es mucho pedir, déjame en paz. Quiero escuchar música y comer sin que nadie me moleste.

Diego no dice nada más. Simplemente, baja la mirada y se queda inmóvil. Yo me alejo con prisa para sentarme en uno de los sofás mientras el corazón me late desbocado. ¡Eso sí! Antes arramblo con un montón de empanadillas para devorarlas en cuestión de segundos. ¡Esta ansiedad me va a matar!

El evento está genial. Llevo casi una hora escuchando a distintos grupos tocar, y todos son buenísimos. Además, unos camareros muy simpáticos nos han ofrecido copas de ginebra con fruta deshidratada. ¡Está muy buena! Aunque llevo un par y creo que el alcohol empieza a

hacer efecto.

Ahora, está subiendo la gente al escenario para recitar poemas. La experiencia está siendo fascinante. Todo es perfecto, salvo por un pequeño detalle. ¡No puedo sacarme al cretino de Diego de la cabeza! Lo miro de reojo; está a varios metros de mí, sentado en otro sofá. El muy zoquete no deja de observarme, cosa que me enfurece aún más.

Me repito mentalmente sus palabras: «Me dio miedo a sentir», «Me acojoné», y me cabreo. No quiero nada a medias tintas. Cuando alguien tiene que demostrar lo que siente, no es apropiado que lo haga a medias, ¿no? Además, no le estaba pidiendo que me jurase amor eterno, ¡eso sería una locura! Apenas nos conocemos. Me conformaba con que no hubiese salido huyendo o que me escribiese después de su plantón. No hizo nada de eso y ahora tiene el morro de decirme que se acojonó. ¡Tiene cojones la cosa! A mí sí que me dejó alucinada con su indiferencia.

Está bien. Tengo que parar de pensar en él y centrarme en el evento. Una chica está en el escenario, recitando una poesía preciosa sobre... ¡No os voy a engañar! No le estaba prestando atención. Así que ignoro sobre qué está hablando. Quizás, sobre un viejo amor o, tal vez, sobre uno nuevo. No lo sé, pero sí estoy segura de que habla sobre el amor. El arte casi siempre habla de amor.

Cuando la joven termina de recitar su pieza, la gente aplaude con fervor. Yo me sumo al furor del momento y a las palmas. Entonces uno de los responsables del evento sube al escenario, despide a la chica y pide otro voluntario para recitar otra poesía.

De repente, siento un pinchazo en el estómago y el impulso a subir. ¿Será el alcohol? Además, ¿para qué voy a subir si no me sé ningún poema? Yo toco la guitarra, pero no la tengo aquí.

—¿Quién se anima a recitar una poesía o compartir sus reflexiones? —pregunta el hombre—. ¿Quién es el valiente que sube y...?

—¡Yo! —exclama Diego—. ¡Yo soy el valiente que sube!

Me giro para mirarlo. Él se levanta con seguridad, me devuelve la mirada y me guiña un ojo. Siento un escalofrío que me recorre el cuerpo. ¡Ay, por favor! Que no haga ninguna tontada típica de las comedias románticas, como declararse o algo por el estilo, porque me muero de la vergüenza y lo mando a tomar viento fresco.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el responsable de la cafetería.

—Diego.

Saluda al público como si estuviese en un gran concierto.

—¿Qué vas a hacer, Diego? —quiere saber el chico.

«¿El ridículo?», pienso.

—Voy a compartir unas reflexiones con vosotros —responde.

¡Joder! Quizás, es el momento perfecto para marcharme, aunque mi curiosidad puede al miedo y me quedo sentada en el sofá.

El presentador, voy a llamarlo así porque desconozco el nombre del responsable de la cafetería, le da paso. Diego carraspea antes de hablar. Fija su mirada en mí y consigue que mi estómago baile de nervios.

—El miedo nos impide demostrar nuestros sentimientos. Nos paraliza. Nos hace parecer unos capullos. ¿Cuántas cosas he dejado pasar por culpa de las dudas? Muchas, quizás demasiadas —asegura con la voz temblorosa—. Hace poco conocí a alguien y las inseguridades me obligaron a apartarla de mi lado. ¡El miedo ganó de nuevo! Aunque me pregunto: si soy valiente y demuestro mis sentimientos, ¿puede que tenga otra oportunidad?

—¡Claro que sí! —grita un espontáneo—. Échale huevos y apuesta por lo que quieres.

—Todo el mundo merece otra oportunidad. Sobre todo, cuando reconoce que se ha equivocado.

Diego sonríe y vuelve a clavar sus ojos en los míos. ¡Será cabrón! Ha subido para desacreditarme y hacerme parecer una persona horrorosa por no darle otra oportunidad. ¿Tan orgulloso es que tiene que dejarme a mí en mal lugar antes de reconocer que se pasó de la raya? Por suerte, nadie sabe que está hablando de mí.

—Irene. —Me señala y, de repente, soy el centro de atención de todos los que están presentes—. ¿Quieres otra cita conmigo?

¡Lo mato! Capullo, egoísta e inmaduro de mierda. ¡Qué vergüenza! Me levanto de un salto, lo miro con rabia y me dirijo hacia la puerta. ¡Me toca huir! No digo nada porque estoy tan abrumada que creo que soy incapaz de pronunciar palabra alguna.

Mientras camino por la cafetería, escucho los comentarios de la gente.

—Antes los he visto discutir, ¡ella está amargada! —dice una

chica.

—¡Vaya insensible! Ni responde al chico —asegura otro.

Y entonces alguien exclama:

—¡Será cobarde! En lugar de cantarle las cuarenta, se va.

Me detengo, doy un trago generoso al vaso con ginebra, que aún llevo en la mano, y rehago mis pasos. Aunque en esta ocasión no vuelvo al sofá, ¡subo al escenario!

Mi corazón palpita a cien por hora. Necesito dos o tres copas más para estar lo suficientemente borracha y no ponerme nerviosa por lo que voy a hacer. Pero ¡aquí estamos! Al lado del tío que me vuelve loca, ¡en todos los sentidos!, y delante de un montón de gente que me mira expectante y no conozco de nada.

—Hola, soy Irene. Y os aseguro que ni soy insensible ni estoy amargada, ni mucho menos soy cobarde. ¿Sabéis por qué? Porque yo sí que tuve la valentía de mandarle un mensaje a este capullo para quedar, porque yo sí que acepté su propuesta de vernos en la playa y porque yo me ilusioné con él. Pero Diego, el gatito de ojos tristes, me dejó plantada y no tuvo ni el detalle de llamarme para explicarme su huida. ¡Pasó de mí! Y no fue la única vez. ¡Ahora viene con la historia de que hay que ser valiente y luchar por lo que uno siente! Os diré una cosa: conozco muy poco a Diego, pero sé que él no es valiente. ¿Sabéis quién es valiente? ¡Mi amiga Gisela!, que lleva meses enamorada en secreto de su jefe y por fin se ha declarado. Gracias a su valentía, se va a pegar todo el fin de semana follando con él en Ibiza. ¡Eso es tener un par de ovarios! Cagarte de miedo y, aun así, hacer lo que deseas —aseguro emocionada. Cada palabra me desnuda más, pero no me importa. Mi discurso resulta ser terapéutico. Me estoy liberando y me siento fenomenal—. Yo fui valiente. Tuve miedo y, aun así, quedé con él porque algo me decía que Diego merecía la pena. Sin embargo, mi intuición falló. ¡Peor para él! Yo no estoy para tonterías. Aprendo de los errores y paso página. Aunque os diré una cosa: ya que estamos hablando de valentía, no me cansaré de rugirle al mundo que soy una mujer maravillosa y que no me da miedo el amor. A mí lo que me acojonan son los hombres inmaduros que se piensan que pueden jugar con los demás. De esos hay que alejarse. —Miro a Diego con rabia y con un poco de tristeza. Él está serio, con la mirada perdida—. Y si me lo permitís, ahora sí que me voy.

Bajo del escenario sin mirar atrás. Me da miedo verlo roto y compadecerme. No quiero caer en la tentación.

Otra vez no.

Capítulo 30

MENSAJES

Son las diez de la noche, estoy tumbada sobre el sofá del salón de la casa de mi hermana. Adri y Nat han salido a cenar por ahí. ¡Se lo merecen! Llevamos toda la tarde trabajando en el taller, preparando jabones para una entrega que tiene que realizar mi hermana mañana por la mañana. ¡Ha sido una paliza, pero hemos acabado a tiempo! Así que me parece ideal que Nat y su novio salgan a celebrar el trabajo bien hecho con una cena romántica.

Yo, sin embargo, me merezco descansar. ¡Estoy agotada! Creo que les estoy cogiendo un asco descomunal a las pastillas de jabón. De hecho, ahora solo me lavo las manos con *mousse* o gel. ¡Que les den por saco a las pastillas!

Por si el cansancio que llevo encima fuese poco, ¡no puedo quitarme de la cabeza lo que ha sucedido hoy en el *brunch*! ¿Cómo borro de mi mente los ojos tristes de Diego al escuchar mi alegato? Ha sido intenso, lo reconozco, pero no tendría que afectarme tanto, ¿no? Tampoco conozco mucho a Diego, ni hemos vivido momentos íntimos o memorables... Aunque el de esta mañana se podría considerar como un momento memorable.

¿Qué me pasa con él?, ¿por qué me importa tanto? O, mejor dicho, ¿por qué me jode reconocer que Diego me importa? Tal vez, será porque he cerrado, precipitadamente, la puerta a algo que podría ser maravilloso.

¡Ay, no lo sé! Estoy harta de pensar tanto las cosas. Lo único que me anima es que mañana vienen Yas y Marta a San Juan, y vamos a estar juntas. Ellas sí que me provocan una sonrisa de felicidad pura. ¡Las echo de menos!

En fin..., volviendo al tema de Diego, ¿os he contado ya que he recibido tres mensajes de él?, ¿os los leo?

Primer mensaje: «Quiero ser valiente por ti».

Segundo mensaje: «¿Quedamos?».

Tercer mensaje: «Necesito verte».

Me levanto del sofá al releer los wasap de Diego. Suspiro de mala gana. Tengo que confesar que no le he respondido. Estoy hecha un manojo de dudas. Por un lado, quiero verlo, me apetece quedar con él; es una sensación extraña, casi una necesidad. Sin embargo, por otro lado, me pregunto para qué voy a alargar la agonía.

Supongamos que le perdono sus desprecios y entre nosotros saltan chispas. Al final de verano, me iré a Madrid y él se quedará aquí. En realidad, ¿quiero una relación a distancia? Prefiero ahorrarme el sufrimiento de tener que separarnos mientras nuestra historia de amor agoniza porque no estamos juntos.

Ya sé que existen las videollamadas, los wasaps y que la tecnología une más que nunca. Pero una conversación por videollamada no suple el calor de un abrazo. Lo siento, no tengo la necesidad de meterme en una relación que no sé a dónde me va a llevar ni me garantiza que tendremos un futuro en común. Lo sé, ¡ninguna relación puede asegurar esas cosas! Sin embargo, si vivimos en la misma ciudad, todo es mucho más sencillo.

Como podéis comprobar, ya he barajado un montón de opciones sobre las consecuencias de quedar con Diego o no. Y, sinceramente, no tengo ni idea de lo que voy a hacer.

Voy a la cocina. Abro la nevera para buscar en su interior algo que llevarme a la boca. ¡Perfecto! Un trozo de tarta de chocolate que sobró de la comida de ayer es el tentempié idóneo para matar esta ansiedad que me consume.

Tendía que pensar menos las cosas y lanzarme sin red, ¿verdad? En mi día a día, suelo ser una mujer atrevida, no me dan miedo las consecuencias de mis actos; ¡si algo me gusta, voy a por ello! Tal vez, tendría que responder a Diego y vernos en la cala que me citó. Acudir sin expectativas, dejarme llevar, desnudarlo despacio mientras beso su piel y hacer el amor sobre la arena. ¡Eso sí que me quitaría la ansiedad! Pero no sé qué me pasa con él. Hay algo que me frena.

Me apoyo en la encimera, cojo una copa y me sirvo un poco de vino blanco. Me siento en una banqueta alta dispuesta a zamparme el trozo de tarta. ¡Por lo menos, que la comida me dé alguna alegría!

Miro, a través del enorme ventanal de la cocina, el cielo estrellado que cubre el jardín. ¿Salgo a tomar el fresco? Cojo el plato con la tarta, la copa y el móvil, y me tumbo en una de las hamacas de la terraza. ¡Qué bien se está aquí! Creo que veré un poco las redes mientras como y, después, subiré al dormitorio a dormir.

¡Joder! Acabo de recibir otro mensaje de Diego. ¿Lo leemos juntas?

> Irene, no puedo dejar de pensar en ti.

Mi corazón se acelera, la brisa se vuelve cálida y siento la necesidad de dar un trago bastante generoso a la copa.

Se disparan un montón de preguntas que bailotean en mi cabeza. Aunque una es la que cobra mayor protagonismo: ¿y si quedo con él?

Capítulo 31

¡YA ESTÁN AQUÍ!

El despertador de mi teléfono vuelve a insistir con fuerza. Creo que ha sonado como dos o tres veces, pero estoy tan a gusto en la cama que lo ignoro. Cuando detiene su melodía, ¡comienza a sonar de nuevo! No sé qué hora es, ¡solo quiero dormir un poco más!

Suelto un suspiro e intento ignorar la dichosa alarma. Entonces un escalofrío recorre mi cuerpo. ¡Anoche no puse ninguna alarma ni tampoco subí al dormitorio! Por lo tanto, ni está sonando el despertador ni estoy en la cama.

Abro los ojos y me ciega la luz del sol. ¡Joder, joder! Me quedé dormida sobre la hamaca del jardín. Hecho un vistazo alrededor para observar, en el suelo, el plato con alguna migas de la tarta, la copa y el móvil. Después, cojo el teléfono. ¡Yas me está llamando! ¡Ay, que no era la alarma! Sino mi amiga, que intentaba contactarse conmigo.

Me incorporo para sentarme al mismo tiempo que descuelgo.

—Buenos días, Yas —respondo.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? ¡Te he llamado cuatro veces! ¿Dónde estás?, ¿por qué no me cogías el teléfono?

Aparto el móvil de mi oreja para evitar que sus berridos de loca

me dejen sorda. Ya de paso, aprovecho para ver la hora. ¡Ostras, es la una del mediodía! Ahora comprendo su disgusto.

—Lo siento, cariño. —Intento apaciguar el momento poniendo voz dulce—. Me he quedado dormida en el jardín y no he escuchado que me llamabas. En realidad, pensaba que era el despertador.

—¿Estás borracha? —pregunta sin venir a cuento.

—No, ¿por qué voy a estar borracha? Anoche estaba cansada de tanto trabajar, así que salí a relajarme al jardín y me quedé dormida —le explico.

—Nosotras sí que estamos cansadas. ¿Sabes de qué? De conducir más de cuatro horas y de llamar a la impresentable de nuestra amiga, que nos ignora.

Lo primero que me tienta es insultarla y colgar. Sin embargo, según ha dicho, ¡ya están aquí! Así que hago caso omiso a sus provocaciones y suelto un gritito de alegría.

—¡¿Dónde estáis?! —pregunto feliz.

—En la puerta de la casa de tu hermana, o eso creemos. Hemos llegado a la ubicación que nos enviaste ayer por wasap. Aunque, si tardas mucho en aparecer, nos largamos al hotel —vacila.

—¡No!, ¡esperad! —grito.

Doy un salto para ponerme de pie. ¡Perfecto! Resulta que me resbalo y caigo, de nuevo, a la hamaca. Vuelvo a incorporarme, entro en la cocina, atravieso el pasillo, llego a la entrada y abro la puerta a toda velocidad.

Las busco con la mirada por la calle. ¡Ahí están! Marta abre la puerta del copiloto Mini Cabrio descapotable de color verde de Yas y me saluda levantando la mano. Las dos bajan del coche mientras yo corro a recibirlas.

Nos fundimos en un abrazo. ¡Ay, este abrazo me da la vida! ¡El momento es único, especial e inmejorable! Creo que hasta nuestros latidos se han acompasado. ¡Ya lo sé! Me he puesto muy cursi, pero es que las he extrañado mucho, muchísimo.

—¡Estoy supercontenta de que estéis aquí! —exclamo.

Con ellas me siento protegida. Me siento mejor.

—Nosotras también nos alegramos de verte —asegura Marta. Acto seguido, se abanica con la mano—. ¡Uf! Aquí hace mucha humedad.

—Os acostumbraréis al clima de Alicante en cuanto vayamos a la

playa —le informo loca de emoción—. ¡Vamos a pasarlo de maravilla!

—Eso espero —susurra Yas mientras me coge del brazo—. Tendrás que presentarme a todos esos hombretones que no paran de seducirte.

No pierde ocasión, ¡ella va a lo que va! A ver, sé cómo es mi amiga, no me sorprende su comentario. Aunque hubiese agradecido que, antes de ir al tema del ligoteo, me hubiese dicho que estaba contenta por verme. No sé..., creo que le pasa algo. Lleva unos días algo distante y arisca.

—No te preocupes, habrá tiempo para todo. —Me giro hacia Marta para regalarle una sonrisa rebosante de complicidad—. ¿Tú cómo estás? —le pregunto.

Marta se pone nerviosa y desvía su mirada al suelo antes de responder.

—Bien, bien.

—¡Perfecto! Luego, me cuentas mejor. ¿Queréis pasar a casa y tomáis algo fresquito antes de que vayáis al hotel? —les propongo.

Ellas asienten.

—¿Anoche montaste una fiesta en el jardín? —pregunta Yas.

—No. Acabo de decirte que caí rendida porque estaba agotada de tanto trabajar —le recuerdo.

—No sé cómo te ha liado tu hermana para ponerte a currar en tus vacaciones —dispara.

Me detengo bruscamente.

—Yas, ¿te pasa algo?

—¿A mí? —Se lleva la mano al pecho—. Vosotras sois las que os andáis con jueguitos y excluís a las demás del grupo. —Marta y yo nos miramos extrañadas. ¿A qué se refiere?—. Pero paso de vuestras gilipolleces. —Se adelanta para darse la vuelta y mirarnos de frente—. Así que espero que ahora nos invites a unos gin-tonics, porque estamos secas, y que hayas preparado un fin de semana que no podamos olvidar.

Mi corazón vuelve a latir con fuerza. ¡Estamos las tres juntas! ¡Este finde va a ser brutal!

Capítulo 32

TOMANDO SOL

Estamos en la playa de San Juan, tumbadas sobre nuestras toallas. En realidad, Marta y yo estamos tomando sol sobre las toallas y Yas, como es muy divina, está en una hamaca con sombrilla y todo.

Primero, bebimos unos zumos en casa de mi hermana, porque Marta insistió en beber algo que no llevase alcohol. Aunque Yas se resistió al principio, no le costó mucho entender que emborracharse al mediodía no era el mejor plan para comenzar las vacaciones. Está irascible, no para de soltarnos pullas que nos dejan descolocadas. Ya le he preguntado varias veces si le pasa algo. Sin embargo, me ignora o cambia de tema. Oye, si tiene algún problema y no nos lo quiere contar, ¡que se vaya a dar un paseo y se relaje!

Después, fuimos hasta el hotel donde se van a alojar para hacer el *check in* y dejar las maletas. A continuación, tomamos unas tapas en una terracita que estaba cerca del hotel y ahora estamos disfrutando del sol, del mar y de la brisa de la playa.

No hay casi gente a pesar de que es pleno verano, cosa que agradecemos porque las aglomeraciones nos agobian mucho. Odio las discotecas que están a reventar de gente o los pasacalles donde no

puedes ni caminar de la cantidad tan desorbitada de personas que hay. Así que, si la playa está tranquila, ¡es una auténtica maravilla!

—Esto es un lujo. No sabía lo que necesitaba estas vacaciones hasta ahora mismo —reflexiona Yas mientras se echa agua con un espray que ha sacado de su capazo.

—Hija, ¿te has traído agua en espray? —pregunta Marta—. Además, si te pones debajo de la sombrilla, no te broncearás.

Yas suelta una carcajada.

—Para ponerme morena, voy a tomar rayos UVA al centro de estética —responde—. La playa es para otra cosa.

—Ilústranos.

Resoplo.

—A la playa se viene a darse un bañito y a ver si hay algún chulazo en bañador que esté dispuesto a darme un buen meneo —contesta al mismo tiempo que dibuja una sonrisa picarona.

—Yas, ¡tienes un problema con el sexo! —la acusa Marta.

—¡Desde luego!, ¡que hace casi una semana que no follo! —argumenta entre risas—. Pero eso lo soluciono este fin de semana.

Las tres nos echamos a reír. ¡Qué gusto da hablar sobre banalidades con tus amigas! Es la mejor terapia para olvidarte de los problemas.

Observamos un avión que sobrevuela el cielo.

—¿Qué estará haciendo Gisela? —pregunta Marta mientras se inclina para sentarse.

—Volando hacia Ibiza con Manu —contesto.

—Esa sí que es lista, pasa de nosotras para perderse en una isla paradisiaca con el hombre que le revoluciona el conejo —añade Yas antes de echarnos agua con el espray.

El agua está caliente, así que no nos refresca en absoluto.

—¿La llamamos? —propone Marta.

Yo tengo la intención de darme un chapuzón porque me estoy achicharrando. O me baño o me da una insolación.

Entonces aparece Tamara con un trikini precioso de color amarillo y azul que le sienta espectacular. ¡Parece una chica Boom! Saluda con energía al vernos y me regala un par de besos. He quedado con ella para que venga a la playa y conozca a mis amigas. ¡Me hace mucha ilusión que forme parte del grupo! Aunque no es con la única persona

con la que me he citado aquí.

Hago las presentaciones pertinentes.

—¡Joder, tía! Estás cañón. ¿Dónde te has comprado ese bañador?, ¡lo necesito! —exclama Yas mientras se pone de pie para darle dos besos a Tamara.

—En una tienda muy cuca que hay en el pueblo. Ya te llevaré un día —le responde.

—¡Esta chica me cae bien! —asegura mi amiga.

—Mejor que te va a caer —insinúo con una sonrisa traviesa.

—¡Joder! No me asustes, ¿qué pasa?

—¿Lo dices tú? —le pregunto.

Tamara adopta pose de diva, levanta los brazos y ladea el culo.

—Esta noche vais a venir al *pub* en el que trabajo en Benidorm. ¡Hay fiesta con karaoke! Y os invito a las copas —anuncia emocionada.

—¡Me apunto! —chilla Yas al mismo tiempo que da saltitos sobre la arena—. ¡Me apunto! Necesito fiesta, mojitos y follar.

—Fiesta y mojitos te los puedo asegurar... Lo de follar es complicado.... Es un lugar de ambiente, casi todos los tíos son gays —le explica Tamara.

Yas hace un ademán con la mano mientras resopla.

—¡No pasa *na*! Yo no le hago asco a nadie, ¡mientras esté bueno y sea buen amante! Me importa un pimiento si es hombre, mujer, gay o heterosexual —argumenta mi amiga.

—¡No se hable más! —Tamara levanta la voz—. ¡Esta noche follas!

Se han juntado el hambre con las ganas de comer. Me parece a mí que estas dos se van a llevar fenomenal. Sé que la conversación no puede ser más superficial, pero un poco de diversión desvergonzada no va mal.

De repente, una voz masculina que reconozco al momento nos sorprende.

—¿Quién va a follar esta noche? —pregunta Romeo.

Sí. Lo habéis adivinado. También, he invitado a que se sumen a nuestra velada a Romeo y a Carlota. Resulta que, cuando estábamos comiendo, me llamaron para ver si tenía algún plan por si me apetecía quedar con ellos, así que les propuse que se sumaran a nuestra

excursión a la playa. A ellos les pareció una idea fabulosa. Y ya. No he invitado a nadie más.

Vuelvo a presentar a todo el mundo. Más besos, más cumplidos y más bromas.

Carlota también ha traído una hamaca, que la coloca al lado de la de Yas. Está guapísima con un bañador de una pieza de color blanco, que destaca el moreno de su piel. Después, se pone las gafas de sol y se tumba.

Romeo decide darse un baño. ¿Qué os digo sobre él? ¡Que es un adonis! Y que su cuerpo desnudo, que únicamente tapa un bañador ajustado negro, provoca más calor que los rayos del sol.

Justo cuando voy a decirle que me voy con él al agua, suena mi teléfono. Decido ignorar la llamada para ir a darme un chapuzón. Sin embargo, Marta coge mi móvil para ver quién está llamando y me muestra la pantalla.

—¡Irene, es tu hermana! —exclama.

«¡Gracias, bonita, por fastidiarme mi momento de placer!», grito para mis adentros. Así que disimulo mi descontento poniendo buena cara y agradeciendo el detalle a mi amiga. Después, respondo.

—¿Sí?

—Hola, Irene. ¿Ya han llegado Yas y Marta? —pregunta Nat.

—Sí. Estamos en la playa, ¿os apuntáis?

—No. Acabamos de llegar del reparto. Nos vamos a acostar un rato. ¿Qué vais a hacer esta noche? ¿Cenamos juntas?

—Vamos al *pub* donde trabaja Tamara, ¡veníos! Venga, porfa... Hace mucho que no salimos de fiesta las dos —le pido a mi hermana.

—¡Ay, sí! A eso sí que nos apuntamos —asegura Nat.

—¡Genial! Luego, cuando vayamos a casa, comentamos todo, ¿está bien?

—¡Vale! Pasadlo bien.

Cuelgo. Noto un cosquilleo en el estómago. Estoy muy contenta porque me apetece mucho compartir una noche de diversión con mis amigas y con mi hermana. ¡Va a ser la leche!

Dejo el móvil en el capazo de Marta y les aviso que yo también voy al agua para refrescarme. A lo lejos, vemos a Romeo zambullirse en el mar. Yas deja las gafas de sol sobre la hamaca, ¡también se apunta al baño!

Mientras caminamos por la arena, mi amiga me dice:

—Oye, ¿Romeo y Carlota son los que te propusieron el trío?

¡Le ha faltado tiempo para sacar el tema! Suelto una risotada ante su pregunta.

—Sí, ¿por?

—¡Joder, Irene! No sé quién está más bueno, si él o ella. ¡Tienes que montártelo con ellos! —me recomienda—. Me estremezco solo de imaginármelos en la cama.

El agua del mar nos saluda mojando nuestros pies hasta los tobillos. ¡Qué sensación tan agradable! Miro a Romeo nadar, observo sus fuertes brazos sumergirse en el agua. Estoy de acuerdo con mi amiga: Romeo y Carlota son muy atractivos. Pero...

—No sé si quiero hacerlo... Necesito más tiempo para pensarlo —confieso.

—Pues no tardes mucho porque, si no lo haces tú, ¡lo haré yo!

Aún no lo he decidido. Tal vez, me deje llevar como las olas del mar y su dulce vaivén. Quizás, me abandone al placer. Puede que sea el momento de cometer una locura tan tentadora.

El pulso se me ha disparado al pensar en la posibilidad de tener algo con ellos. Eso significa algo, ¿no?

—Oye, ¿Diego va a venir? —suelta Yas.

Al escuchar su nombre, siento como si una ola me arroyase y me devolviese de nuevo a la arena. Mi corazón casi se sale del pecho, las piernas me tiemblan y noto una presión en el estómago que me ahoga. ¡Eso sí que significa algo!

—¿Diego?, ¿por qué va a venir?

Frunzo el ceño.

—Ay, es que no sé por dónde me he quedado en la historia entre vosotros dos —explica sin ningún tipo de vergüenza. Mi amiga me ignora cuando hablo con ella para contarle mis intimidades, pero a ella le importa un pimiento. De repente, siento unas ganas locas de estrangularla por cabrona—. ¿Ahora os lleváis bien o mal?, ¿os gustáis o pasáis el uno del otro? ¿Vas a apostar por él o prefieres follarte a los buenorros?

Me temo que no lo sé ni yo. O, quizás, sí conozco la respuesta y no me atrevo a contestar.

Capítulo 33

SI LO LLEGO A SABER, ME QUEDO EN CASA (DE MI HERMANA)

Os cuento cómo va la noche de fiesta en Benidorm, ¿está bien? Nada va como había imaginado. Ahora mismo, cuando es la una y media de la madrugada, Adri está vomitando en la calle, lleva un pedo que no se lo aguanta ni él; mi hermana está con su novio, sujetándole la frente, o vete tú a saber qué.

Nosotras estamos dentro del *pub*. Tamara está en la barra atendiendo a varios chicos. ¡La colega tiene un fondo que no veas! Sirve un chupito a un cliente y ella se bebe otro. Lo gracioso del asunto es que parece que no la afectan. ¡Está más fresca que una lechuga!

Marta y yo llevamos un disgusto mayúsculo. Resulta que Yas, gracias a los tres mojitos que se ha tomado, se ha dejado llevar y nos ha puesto finas. Hace diez minutos nos ha acusado de ser unas cabronas, amargadas, excluyentes y mentirosas. Nosotras hemos flipado en todos los colores que os podáis imaginar. Intuíamos que le pasaba algo, pero no que estaba tan cabreada con Marta y conmigo. Eso sí, nos ha insultado hasta que se ha cansado. Sin embargo, no nos

ha dicho qué le hemos hecho para que esté así.

Os preguntaréis dónde está Yas ahora, ¿no? En el escenario del *pub*, cantando en el karaoke el tema *Mentira*, de Dani Martín. ¡Es todo un espectáculo! No solo por los gallos que suelta y porque casi no se mantiene en pie de la cogorza que lleva, sino porque, cada vez que berrea «Mentiiiiiiiiiira», nos mira con rabia mientras nos señala. ¡A esta chica no le sienta bien beber!

Marta se siente culpable por la actitud de nuestra amiga, aunque en realidad no sabemos qué cojones le hemos hecho, y se echa a llorar desconsolada. ¡Si lo llego a saber, me quedo en casa! En casa de mi hermana.

Tamara se acerca al extremo de la barra donde estamos Marta y yo.

—¿Qué le pasa a la loca esta? —pregunta mientras señala a Yas. Entonces se percata de que mi otra amiga está con un berrinche monumental—. ¡Joder!, ¿y esta por qué llora?

La miro con cara de circunstancia. Me encojo de hombros antes de pedirle otro mojito, aunque en esta ocasión le sugiero que me eche bien de ron.

—¿Por qué lloras? —le pregunto a Marta.

—Porque Yas nos odia —responde entre sollozos.

—Mujer, quizás, *odiar* es una palabra un poco fuerte, ¿no crees? —reflexiono.

Yas no nos odia, lo que pasa es que le encanta dar la nota. Está jodida por algo que le hemos hecho de forma inconsciente. Como no sabe cómo decírnoslo, ha decidido montar el *show*.

—¿Oyes con la rabia que canta? Nos está señalando y dedicando la canción —argumenta.

—Ya conoces a Yas. Seguro que, cuando baje, nos explica qué le pasa y nos pide disculpas.

Tamara me pasa el mojito. Después, me cuca el ojo.

—¿Queréis que hable con vuestra amiga? —pregunta.

¡Es un amor! Siempre está intentado ayudar a los demás.

—No hace falta, cariño —respondo—. Estamos acostumbradas a los arrebatos de Yas. Suele montar uno cada mes.

—¡Anda, como la regla! —bromea Tamara.

Se escuchan aplausos de la gente que está en el garito. ¡Por fin ha

terminado de cantar nuestra amiga! A los pocos minutos, observamos como se abre paso entre la gente hasta llegar a nosotras.

—¿*Habeíssssss essssscuchado* la *canciónnnnnn*? —intenta pronunciar—. *Essssso* es lo que *piensssssso* de *vossssotrassss dossss*. De ti. —Da un golpecito en el hombro de Marta—. Y de ti.

Me regala otro golpecito a mí.

—¿Qué es lo que piensas de nosotras? —pregunto con inri.

—¡Que *soissss unassss falssssas*! —espeta entretanto levanta los brazos. Entonces mira alrededor mientras arruga la frente—. ¿Dónde *essstá* mi mojito? ¿Me lo *habéissss* quitado?

¡La voy a abofetear! Estoy a punto de perder la paciencia y mandarla a la mierda. Aunque, al mirar los ojos cristalinos de Marta, contengo la ira e intento retomar la situación. ¡Calma!

—Te has dejado el mojito en el escenario, Yas. No pasa nada. Ahora le pedimos a Tamara que te prepare otro —le digo agotando la poca simpatía que me queda.

—Tamara *ssssssí* que mola. Ella no miente —suelta a loco.

—¿Cuándo te hemos mentido Marta o yo? —quiero saber.

—*Dosss semanasss antesss* de que te *fuerasss* a *Ssssssan* Juan —asegura. Se apoya en la barra para no perder el equilibrio—. *Essssscuché* como Marta te cuchicheaba algo y te pedía que no *sssse* lo *contarassss* a nadie *mássssss* —desembucha al fin.

¡Joder! Está dolida porque Marta me contó su secreto y no confió en ella. Si no fuese tan teatrera y exagerada, le daría un abrazo porque la comprendo. Aunque no fue la intención de Marta que Yas se sintiese menos. Solo quería desahogarse.

—¿Y por eso somos unas mentirosas y nos odias? —pregunta Marta con despecho, como si fuese la prota de un culebrón.

—¡Claro! Porque me *hassss* excluido y no te *fíassss* de mí —la acusa Yas.

—Es que no es algo que pueda contar a cualquiera —se defiende Marta.

—Pero yo no soy cualquiera, ¡*ssssoy* tu amiga!

Las tres nos quedamos calladas. ¡Por favor, que alguien diga algo! Los segundos parecen eternos mientras las tres nos miramos sin hablar. Yo sé cuál es el secreto de Marta. Sin embargo, le prometí que no abriría la boca y ella confía en mí. Si estuviese en su lugar, se lo

habría contado a mis tres amigas. No obstante, respeto la decisión de Marta. Es su vida y tiene que compartirlo con quien le dé la gana.

—¡Esta bien!, ¡tienes razón, Yas! Quiero que lo sepas.

—¿De verdad? —pregunta la borracha cantarina.

—¡Estoy embarazada y Enrique no sabe nada!

—¡Jo… joder! —Se calla durante dos o tres segundos. Después, dibuja una gran sonrisa en su rostro—. ¡Voy a *sssssser* tía! ¡*Felicidadesssss*, cariño!

Las dos se funden en un abrazo que se prolonga durante medio minuto.

—Oye, *sssssi estássss* preñada, no *bebasss mássss mojitossss* —la abronca Yas.

—Llevo toda la noche tomando refrescos, ¿por qué crees que esta mañana he propuesto tomar zumos en lugar de gin-tonics?

—¡Joder, joder! ¡*Essssto* hay que celebrarlo! —exclama.

Coge a Marta de la mano y se la lleva al escenario.

Tamara vuelve con otro mojito.

—Aún no me he terminado el que me has traído antes —le aviso —. Te crees que soy como tú, que bebes y no te afecta.

—¿Lo dices por los chupitos que me tomo? Te diré un secreto. —¡Ay, no! Más secretos no. Aunque ahora me pica la curiosidad por saber cómo le sienta tan bien el alcohol—. Son de agua. Para que la gente crea que estoy de fiesta con ellos, me preparo chupitos de agua y, así, bebo todas las veces que me da la gana. ¡Es una estrategia de *marketing* infalible! Solo tiene un único efecto secundario: que, al cabo de un rato, me meo como una loca.

¡Estallamos en risas! Necesitaba reír un poco después del mal trago que acabo de pasar por culpa de la mamarracha de Yas y de los llantos de Marta.

Aparece mi hermana con Adri, que no tiene muy buena cara.

—Irene, nos vamos a casa —me informa Nat—. A Adri le ha debido sentar algo mal.

¿Algo? ¡Joder! Los cuatro o cinco cubatas que se ha tomado.

—Está bien, ¿necesitáis algo?, ¿queréis que vaya con vosotros?

Me preocupo.

—No hace falta. Nos cogemos un taxi. Te escribo cuando llegue a casa.

Los acompaño hasta la calle y espero a que cojan un taxi. Después, me apoyo en la pared de la entrada del *pub*. Necesitaba un poco de aire fresco, aunque aquí está fumando todo el mundo, así que me ahorro eso de respirar hondo para renovar la energía. Si lo hago, lo único que conseguiré es que tosa sin parar por inhalar el asqueroso humo del tabaco.

Entro al *pub* mientras saco el móvil para ver la hora que es. ¡Joder! Sin embargo, algo capta toda mi atención. ¡Un mensaje de Diego! ¿Lo leo? ¡Claro! Desbloqueo la pantalla y accedo al WhatsApp.

> Ok, lo pillo. No respondes, eso significa que no quieres saber nada de mí. No te molestaré más.

No estoy orgullosa de no haberle respondido. Suelto un suspiro. ¡La he cagado! Con mi indiferencia he matado sus ganas de quedar conmigo. ¡Estoy fatal! Ahora, que me dice que va a pasar de mí, ¡siento la necesidad de verlo!

Me invade una tristeza que no sé cómo controlar. O, quizás, sí.

Cuando llego a la barra, observo a Tamara, sonrío con timidez y le pido otro mojito. Entonces todo se vuelve más surrealista cuando miro hacia el escenario y veo a mis amigas cantando a pleno pulmón *Juntos*, de Paloma San Basilio.

¡Ay, no! Esto es un espanto. Entre el numerito musical de Yas y Marta y el mensaje de despedida de Diego, la noche se está yendo a tomar por saco. ¡Me voy a beber todo el Benidorm!

Capítulo 34

EL MÓVIL, LEJOS...

Escucho los pájaros cantar, la brisa de la mañana acaricia mi piel y un ronquido ensordecedor rompe mi sueño. Abro los ojos para percatarme de que estoy en el jardín de mi hermana. ¡Otra vez he dormido aquí!

Estoy tumbada sobre una hamaca, mi vestido está sobre el césped y voy en tanga y sujetador. ¡Por lo menos, no estoy desnuda! Miro a mi alrededor. Marta duerme sobre otra hamaca con la boca abierta, ¡ella es la que ronca! Yas está tumbada sobre la hierba del jardín, tiene los ojos abiertos y sonríe al verme.

—Buenos días —susurra—. Hasta un volcán en erupción hace menos ruido —asegura refiriéndose a los sonidos que emite nuestra amiga.

—Ya no me acordaba de que es imposible pegar ojo si duermes a su lado —contesto entre risas.

—Compadezco a Enrique, ¡ese chico o está sordo o usa tapones para dormir! —bromea.

—Sabía que el amor es ciego, pero ahora resulta que también es sordo —añado.

Yas y yo estallamos en risas, lo que provoca que Marta se despierte. Nos mira extrañada antes de abrir la boca.

—Buenos días, chicas. —Contempla dónde estamos—. ¿Qué hacemos aquí?

—Anoche, cuando llegamos a San Juan, decidimos continuar la fiesta en la terraza de Nat —le recuerda Yas—. Para no haber bebido nada de alcohol, tienes muy mala memoria.

—La noche fue bastante intensa, ¡necesito estar más despierta para recordar todo! —se defiende.

—¿Te refieres a tu llanto desconsolado o a cuando subisteis al escenario a berrear sin ningún tipo de vergüenza? —pregunto mientras sonrío con picardía.

—¡Ay, Irene! Eres una aburrida. Creo que fuiste la única de todo el *pub* que no subió a cantar. —Resopla Yas. Después, se levanta para plantarse delante de nosotras—. ¿Cómo está la futura mami?

Marta se estira con pereza, suspira y asiente.

—¡Bien! —asegura—. Un poco cansada, pero estoy genial.

—¡Qué fuerte! Aún alucino al pensar que en unos meses tendrás a un pequeño entre tu brazos —confieso radiante de felicidad, ¡me hace ilusión tener un sobrinito!

—Tienes que decírselo a tu novio —le recomienda Yas con toda la razón del mundo—. A ver, me alegra saber que no soy la última persona en enterarse de que estás embarazada. Sin embargo, Enrique debería de ser el primero en conocer la noticia.

—Es que no sé cómo se lo va a tomar —refunfuña.

—Lleváis saliendo más de seis años, vivís juntos y siempre te apoya en todo: ¡seguro que se alegra al saberlo! Enrique es un tío estupendo —digo mientras cojo a mi amiga de la mano.

—¿Quieres que se lo diga yo? —pregunta Yas—. Le mando un mensaje que ponga: «Felicidades, futuro papá». A ver qué responde —bromea.

—¡No! —exclama Marta porque sabe que Yas es capaz. Tan pronto te da un buen consejo como comete una locura que te deja en bragas. Son las ventajas e inconvenientes de tener una amiga que se guía por sus impulsos en vez de por la mente—. Cuando vuelva de estas vacaciones, se lo cuento yo.

—¡Perfecto! No se hable más. Ya se enterará Enrique de que su

vida va a cambiar por completo cuando a Marta le dé la real gana. —Yas da unas palmas para llamar nuestra atención—. ¿Os apetece un chocolate con churros?

***

Media hora más tarde, estamos en la terraza de una chocolatería buenísima que está en el paseo marítimo de El Campello, un pueblecito muy mono que está pegado a San Juan.

Hemos pedido tres chocolates y una docena de churros. Son las doce de la mañana, y siento que la vida me sonríe al compartir este almuerzo con mis amigas.

—¿Pedimos otra docena más? —propongo—. Están riquísimos.

—¿Dónde metes todo lo que comes, bonita? —pregunta Yas.

—En mis cartucheras y aquí.

Me agarro una minilorza de la tripa.

—No digas bobadas, ¡estás estupenda! Sin embargo, la que se va a poner como una vaca en unos meses soy yo.

Resopla la futura mamá.

—Lo siento, ¡son los efectos secundarios de estar preñada! —bromea Yas al tiempo que le da un manotazo en la espalda a nuestra amiga.

—¡Eso! Deprímela —la riño.

—Yas tiene razón. ¡Me voy a poner como una foca! —Suelta una carcajada—. Aunque seguro que merece la pena cuando vea al pequeñajo. No me importa que engorde, que vomite o que me cambie el humor, solo quiero que el bebé crezca sano —reflexiona al mismo tiempo que se frota la tripa, que apenas le ha crecido porque está de cinco semanas.

—Eso dices ahora, pero dentro de unos meses, cuando estés gorda y vomitando a todas horas, ¡te cagarás en todo! —concluye Yas.

¡Bravo! Si alguna vez estoy de bajón, ¡ya sé a quién no tengo que llamar!

Marta la ignora, coge un churro, lo unta en el chocolate y, después, se lo restriega a Yas por la cara.

—Eso, por cabrona —apunta.

Las tres estallamos en risas. Me alegra saber que lleva genial el tema del embarazo. Estaba preocupada al descubrir que se lo ocultaba a su novio. Sin embargo, al ver que se toma a risa los comentarios irónicos de Yas, respiro aliviada porque está decidida a dar este paso tan importante en su vida. ¡Va a ser mamá!, ¡y yo, tía! Estoy radiante de felicidad.

Entonces suena mi móvil. ¡Madre mía!, ¡me está llamando Diego! ¿Qué querrá? Anoche me dejó muy claro que iba a pasar de mí.

—¿Qué pasa? —pregunta Yas preocupada al ver mi cara, que debe de ser un poema.

Les muestro la pantalla del teléfono.

—Es Diego —contesto.

—Responde —me ordena mi amiga.

—¿Y qué le digo?

Me encojo de hombros.

—Si te está llamando, quizás, es él quién quiere decirte algo, ¿no? —vacila.

Ya estamos con las palpitaciones a mil por hora, con la garganta seca y con los nervios que afloran una vez más. Respiro hondo antes de descolgar.

—¿Sí?

—Buenos días, Irene —saluda—. ¿Te falta mucho?

¿Perdón? ¿A qué se refiere? ¿A si me falta mucho para terminarme los churros? ¿Nos está espiando? ¡Ay, no entiendo nada!

—¿Cómo?

—Ya estoy en la cala, ¿cuánto tardas en llegar?

Acabo de sufrir un microinfarto. ¿He quedado con él y no lo sé?

—¿Cómo? —repito.

¡Bravo por mi agilidad mental! La misma que la de un perezoso. Que conste que no tengo nada contra esos animalitos tan monos, pero ahora mismo reacciono igual de lenta que ellos.

—Anoche me enviaste un mensaje proponiéndome vernos aquí a las dos de la tarde. ¿Estás bien?, ¿era una broma?

¡Joder! Ahora lo recuerdo; como un *flash*, viene a mi mente el momento exacto en el que le envié el mensaje.

Estaba borrachísima. Marta y Yas me ignoraban porque se pasaron

casi toda la noche en el escenario, cantando el repertorio completo de Abba, de Queen y de Camela. ¡Una combinación explosiva! Y Tamara me recomendó que respondiera a Diego cuando le mostré su wasap de despedida. «El chico te gusta, así que no seas gilipollas y queda con él», dijo. Después de tomarme cuatro mojitos, reuní el valor suficiente para contestarle y proponerle una cita. Otra cosa es que la cogorza mezclada con la resaca omitiera de mi memoria mi acto de valentía.

—¡No! —exclamo de repente—. ¡Llego en veinte minutos! He pinchado. —Improviso sobre la marcha. ¡Ahora sí que estoy ágil! —. ¡Espérame, por favor!

—¿Estás bien?

Se preocupa cuando le cuento que he pinchado.

—Sí, sí..., no ha sido nada —miento—. Ahora viene la grúa y me cambia la rueda.

Mis amigas me miran perplejas. No dan crédito a lo que estoy soltando por la boca. A continuación, me despido de Diego.

—¿Y esa película que te has montado? —pregunta Yas sonriendo.

—Anoche le mandé un wasap a Diego para vernos ahora en una cala —contesto mientras busco el mensaje en el teléfono. ¡Ahí está! Lo leo con rapidez —. ¡En la cala que nos citamos por primera vez! Me ha llamado porque él ya está allí. Como no lo recordaba, le he dicho que he pinchado y que llego en veinte minutos.

—¡Qué romántico! —señala Marta.

—¿Vas a ir? —quiere saber Yas.

—Sí, ¡me lo debo a mí misma! Tengo que saber qué pasa entre nosotros. Si es que pasa algo... Me voy. Cojo el coche, ¿os llevo a casa?

—No te preocupes, cariño. —Yas abofetea el aire con mano—. Volveremos en taxi. Nosotras vamos a tomarnos tranquilamente el chocolate y los churros.

—¡Suerte, Irene! —Marta se pone de pie y me abraza—. ¡Me encanta cuando sacas tu valentía y apuestas por tus sentimientos!

—En realidad, iba borracha cuando le mandé el wasap, así que tampoco he sido muy valiente, ¿no?

Sonrío con timidez.

—¡No te quites mérito! —exclama Yas—. Deja de intentar darle una justificación a todo y ve a follar a la playa.

¡Tiene razón! No en lo de hacer el amor sobre la arena, ¡que ya

veremos lo que pasa!, sino en lo de no darle tantas vueltas a todo.

¡Es el momento de que me deje llevar por el corazón! ¡Deseadme suerte!

Capítulo 35

SOMOS

Sonrío por inercia. Diego está justo delante de mí. No sé cómo describir lo que siento. Mi cuerpo está alborotado y, al mismo tiempo, me invade una paz inmensa al estar con él.

He tardado muy poco en llegar. Mientras conducía, imaginaba cómo sería nuestro encuentro: él pasaría sus brazos por mi espalda para fundirnos en un abrazo, me miraría a los ojos, y sellaríamos nuestra pasión con un beso. Sin reproches ni explicaciones, simplemente nos dejaríamos llevar. ¡Cuántas cosas irían mejor si nos escucháramos a nosotros mismos para hacernos caso!

Diego ensancha su sonrisa al verme, ¡está feliz! Lleva un *short* vaquero y una camisa blanca de manga corta desabrochada. El poco viento que hay ondula su ropa y deja al descubierto parte de su torso. ¡Es tan sexi que me dan ganas de lanzarme a sus brazos!

Sin embargo, yo llevo la cara resacosa, el pelo revuelto y me he puesto lo primero que he encontrado: un pantalón corto rosa y una blusa azul. Si después de verme con estas pintas sigue interesado en mí, ¡esto es amor!

Contengo un suspiro cuando estamos frente a frente.

—¿Has venido?

Vuelve a sonreír.

—Quiero pedirte disculpas por no responderte a los mensajes.

Es lo primero que me sale decir. ¡Perfecto! Un poco de humildad nunca va mal.

—Y yo, por mi actitud. No suelo ser así. No soy de los que salen huyendo —asegura.

Da un paso para acercarse más.

—Entonces, ¿qué te pasó conmigo?, ¿por qué te fuiste cuando quedamos?

—Me asusté. —Se encoge de hombros al mismo tiempo que suelta una risita nerviosa—. Cuando hablamos con tus amigas por videollamada y dejaron caer que íbamos a tener sexo en la playa, me entró un acojone descomunal.

—¿Por qué? —insisto, yo también avanzo hacia él.

—Porque me tentó desnudarte y dejarme llevar por mi instinto. —Trago saliva al escucharlo. ¿Me tiemblan las piernas? Confirmamos: ¡me tiemblan las piernas!—. Pero no te conocía de nada. Me aterrorizó que pensaras que solo buscaba sexo o que había quedado con la única intención de follar. ¡No! Desde la noche que te vi en la terraza, supe que eras especial. Quise conocerte, por eso me senté a tu lado y te di mi número. Y no suelo darle mi contacto a cualquiera. Entonces, en el momento en el que hablamos con tus amigas, me di cuenta de que no podía frenar lo que siento por ti y me asusté. Entiéndeme, por favor. Abruma mucho que alguien te guste tanto cuando apenas lo conoces.

¡Que me lo digan a mí! Sin embargo, yo no he salido por patas. O, quizás, sí. Tal vez, no responder a sus mensajes, después de mostrar interés por mí, es una forma de no afrontar mis verdaderos sentimientos.

¡Ay, joder! Ahora me va a entrar el miedo a mí. ¿Quiero a Diego? ¡Eso es imposible! No sé nada de él. No conozco sus gustos, sus inquietudes, sus manías... Para amar a alguien, hay que compartir muchos momentos y, después, sacar conclusiones, ¿no? O, tal vez, el amor sea mucho más que todo eso. Puede que el amor verdadero sea un chispazo atronador que salta cuando conoces a la persona que agita tu corazón con una sola mirada. No hace falta nada más, ¡ni una sola palabra! Ni razonamientos. Ni lógica.

¡Joder! ¿Estoy enamorada de Diego? ¡No puede ser! Entonces, ¿por qué me muero de ganas por besarlo? ¿Por qué necesito estar a su lado y saber más de él? ¿Por qué me pongo nerviosa cada vez que escucho su nombre? ¿O por qué se me nubla la razón cada vez que lo tengo delante?

¡Eso no es nada bueno! Perder el control por alguien que no conoces no es amor, ¡es encoñamiento! Idealización de la persona. Es la premisa para bajar la guardia y que hagan contigo lo que quieran. ¡No! No puedo seguir con esta relación. Estoy sintiendo mucho por Diego y me aterroriza pensar que él no sienta lo mismo.

—No sé qué decir... —susurro.

—Lo que sientas... ¿Qué dice tu corazón?

—Que esto puede ser peligroso.

Él arruga la frente y da un paso atrás.

—¿Por qué?

—Acabas de mencionarlo: abruma sentir tanto cuando no sabes lo que quiere la otra persona.

Da un paso al frente para cogerme de las manos. Clava sus ojos en los míos y suspiro. ¡Esto es más intenso de lo que puedo soportar!

—Irene, pondré las cartas sobre la mesa. No sé hacia dónde va esto, pero quiero arriesgarme. ¡No sé si lo nuestro durará un día o cien años! Sin embargo, merece la pena atreverse a descubrirlo. No sé si eres gritona, tranquila, si te gusta la música pop o si detestas la verdura. ¡No tengo ni idea de cómo eres! Aun así, ¡no puedo sacarte de mis pensamientos! —asegura con la voz firme. No duda. No vacila. Está abriéndose de par en par y no tiene miedo—. Creo que estoy enamorado de ti o estoy a punto de caer rendido a tus encantos para siempre. Lo sé, ¡es de locos! Pero, si no, cómo me explico que tú seas el último pensamiento que tengo cuando me acuesto y el primero cuando me levanto. Estoy enamorado de ti.

Me he acojonado mucho. ¡Muchísimo! No sé qué responder. Me aterroriza admitir lo que siento. Me asusta dejarme llevar y que, después, me partan el corazón. ¿Por qué no? La gente puede cambiar de opinión, ¿no? Él aún no me conoce. Tal vez, cuando pasen los días y sepa cómo soy, se aleja porque me había idealizado y no cumplo con sus expectativas. La vida no es como las novelas de amor, donde todos se quieren sin condiciones. No estoy dispuesta a sufrir gratuitamente.

—¡Que no, Diego! Eso solo pasa en las películas románticas. En la vida real, la gente liga en las *apps*, follan y, después, si te he visto, no me acuerdo.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—¡No lo sé! Dímelo tú.

Resoplo.

Se me entrecorta la respiración. La tensión entre nosotros va a más. Solo pienso en besarlo, aunque sé que es un error que no me puedo permitir, o ya no habrá vuelta atrás. Me expondré demasiado. Me arriesgaré a que me haga daño. Yo vivo muy feliz en Madrid, con mis amigas y mis romances esporádicos. No quiero problemas, no quiero sufrir por amor. Me asusta que Diego cause una herida que no sepa cómo sanar.

—Irene, somos más que un puñado de miedos o dudas. Somos más que impulsos. Somos más que pura química. Somos más que aciertos y errores. Somos algo que no sé cómo explicar, joder. Somos luz y somos sombras. Somos sueños e ilusiones. Somos todo eso y mucho más. Pero sin ti, y eso es lo que me asusta, me temo que no puedo ser nada. Desde que te vi, todo tiene otro sentido.

Me agobio. De repente, siento una responsabilidad que pesa demasiado. No sé cómo controlar mis sentimientos. El miedo se hace fuerte.

—Eso es una quimera —contesto con la voz entrecortada.

Yo sí que no estoy segura de lo que estoy diciendo. Mi corazón siente una cosa y mi cerebro, otra. Quiero dejarme llevar, besarlo y hacer el amor con él aquí mismo. Conocerlo. Compartir el verano con Diego. Sin embargo, mi parte más racional me suplica que eche el freno, o acabaré herida.

—¡Joder, Irene! Te estoy intentando explicar que me he enamorado de ti sin poder evitarlo —estalla y me agarra de las manos con fuerza.

Me esfuerzo por no creerle, por no dejarme llevar, por no ceder a mis propios sentimientos. Eso que está diciendo Diego no pasa en la vida real. No quiero que juegue conmigo, que me deje plantada de nuevo y que no vuelva a saber nada más de él.

Tengo que protegerme aunque eso signifique salir corriendo. Huir. Alejarme. Negar mis propias emociones. Es el momento de despedirme

de Diego.

Suelto sus manos con tristeza, evitando mirarlo a los ojos.

—No estamos en el mismo punto, Diego —miento—. Será mejor que no volvamos a vernos.

Capítulo 36

A OTRA COSA, ¿O A LA MISMA?

Os confieso que me he pasado la tarde llorando. Y eso que yo no soy de llorar. La mayoría de la gente que me conoce piensa que soy fría con respecto a mostrar lo vulnerable que puedo llegar a ser.

Soy de ese tipo de personas que ven una peli triste donde todo es un drama ¡y no se les cae ninguna lágrima! Eso sí, escucho una canción que me toca el alma y soy una cascada. La música tiene algo que me eriza la piel, me sacude el cuerpo y consigue que broten lágrimas de mis ojos a raudales. Si la letra de una balada me emociona, soy incapaz de negarme a expresar mis sentimientos. En todo lo demás, soy un témpano de hielo. Las cosas me afectan, pero no lloro.

Entonces, ¿por qué he llorado esta tarde? Supongo que los asuntos del corazón son como una hermosa melodía: si llega a lo más profundo de tu ser, puede desnudarte en cuestión de segundos.

¿Veis cómo doy demasiadas vueltas a las cosas? Tengo que justificar algo tan natural como llorar cuando estoy apenada. En fin..., por suerte, Marta y Yas han estado conmigo y nos hemos ido de compras a Alicante, sin tener en cuenta que hoy es domingo, y están

cerradas.

Hemos aprovechado nuestra pequeña excursión para pasear por el centro de la ciudad y tomar algo en una terracita. Yas nos ha contado que lleva unos días de sequía sexual, ¡no encuentra a alguien lo suficientemente llamativo como para llevárselo a la cama! Y eso que a nuestra amiga le gustan los dos sexos. Supongo que, cuando uno abusa de algo, al final se aburre, ¿no? O, quizás, está en un momento de tranquilidad sexual y solo necesita un breve descanso para después emplearse a fondo.

Sobre las ocho de la tarde, hemos vuelto a San Juan. Nos apetecía cenar en una terraza con vistas al mar, así que hemos pedido varias raciones de marisco frito y, para beber, agua. Lo sé, ¡nada de cerveza! Nos hemos solidarizado con Marta, que no puede tomar alcohol. Además, un poco de agua nos sentará genial para limpiar todos los mojitos que Yas y yo nos metimos en el cuerpo anoche.

Tamara no nos acompaña porque le toca trabajar en el *pub*, pero le hemos mandado una foto para desearle que tenga una buena noche.

—¿Cómo llevas lo del trío? —me pregunta Yas.

—¿Vas a sacarme siempre el tema? —Pongo los ojos en blanco—. No sé lo que voy a hacer.

—Chica, no hay quien te entienda. Rechazas a Diego, siendo que estás coladita por él. Pasas de un trío fabuloso, que muchas estamos deseando hacer. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Reconstruirte el himen? —comenta con sarcasmo.

—O dejarte de hablar. —Le saco la lengua—. Además, yo no estoy colada de Diego. Me gusta, está bien, pero ya —miento—. No le veo mucha lógica a lo de tener una relación con él cuando ni lo conozco lo suficiente y, a final de verano, volveré a Madrid y él se quedará aquí.

—Cuando dos personas inician una relación, no suelen conocerse, a no ser que fueran amigos antes —apunta Marta—. De pronto, salta un chispazo, llamémoslo química o flechazo, y por eso deciden darse una oportunidad. Yo conocí a Enrique una noche de fiesta y me líe con él a la hora de presentarnos. —Se encoge de hombros—. Nos dejamos llevar.

—Además, ¡nadie está diciendo que salgáis juntos! —interviene Yas lanzándome una mirada sexi. Miedo me da—. Solo que folléis en la playa. —Ya ha soltado una de las suyas—. Aunque hay algo que no

comprendo. Nunca has tenido ningún problema para liarte con un tío que acabas de conocer; no sé por qué con Diego no actúas igual.

¡Porque él es diferente! He de reconocerlo. Los chicos con los que me acuesto son solo un entretenimiento pasajero que no va a más. Sexo, diversión y cero problemas para el corazón. ¡Uy, me ha salido una rima! Sin embargo, Diego me importa más. Si llego a tener algo con él y, después, pasa de mí, ¡me muero! En serio, ¡me muero! Así que es un riesgo innecesario. Hay más peces en el agua, ¿no? ¿Para qué me voy a enrollar con el único tío que puede hacerme daño?

—¡Porque le gusta! —responde Marta por mí.

—Pero ¡si no lo conozco! —protesto.

—Y aun así te tiene enamorada —añade Yas.

Resoplo exageradamente, me apoyo en la silla y me cruzo de brazos.

—Os estoy cogiendo una tirria... —digo en voz baja.

Una llamada interrumpe nuestra charla. ¡Mi teléfono suena! Me asomo a la mesa, donde está apoyado, para comprobar que Gisela está llamando. Respondo y pongo el altavoz.

—¡Gis, ayuda! Te necesito —bromeo—. ¡Marta y Yas son unas abusonas!

Nuestra amiga suelta una carcajada desde el otro lado de la línea.

—¿Qué te están haciendo esas dos malas pécoras?

Me sigue el juego.

—Oye, bonita. ¡Qué mal te sienta el sexo en Ibiza con Manu! —responde Yas poniendo cara de indiferencia.

—Anda, ¡calla! Que estoy hasta el coño de él —contesta y nos deja muertas.

Las tres nos incorporamos al mismo tiempo para acercar nuestras orejas al teléfono, como si de esta forma fuésemos a escucharla mejor. ¡Se viene salsero del bueno y no queremos perdérnoslo!

—¿Qué ha pasado, cariño? —pregunto preocupada.

—¿Habéis discutido? —añade Marta.

—¡No! Si es un tío insulso, ¡no vale ni para pelearse! En solo dos días, me he desenamorado de él, si es que estaba enamorada. Chicas, ¡no os podéis imaginar lo malo que es idealizar a alguien! Yo pensaba que Manuel era culto, interesante, divertido... Y resulta que es un machista inútil, que no sabe hacer ni la o con un canuto. Es soso,

pedante y soporífero. ¡Este tío es lo peor! —exclama agobiada.

—Pues sí que se te ha ido el romanticismo pronto —apunta Yas con ironía.

—¡La que se larga soy yo! Mañana por la mañana, cojo un vuelo a Alicante y, después, voy a San Juan en taxi —asegura con más emoción con la que habla de Manu, que ahora vuelve a ser Manuel.

—¡De eso nada! Vamos a buscarte nosotras al aeropuerto —afirma Marta.

¡Ay, es un amor de mujer! Siempre pensando en ayudar a los demás.

—¡Joder, tía! Siento que Manu no sea como tú imaginabas —lamento.

—Eso es lo malo de idealizar a alguien, ¡que la realidad te estalla en la puta cara cuando lo conoces! Entonces, ves los defectos, los complejos y las banalidades del tío que supuestamente era tu hombre ideal. ¡Ay, no lo soporto ni un minuto más! Esta mañana, hemos ido a la playa, y no paraba de mirar el culo de otras chicas y comentarme lo bonitos que eran. Además, no para de escupir cuando paseamos por la calle.

Las cuatro soltamos un gritito de asco. ¡No hay nada más espantoso que alguien que escupe a todas horas en público!

—¿Y en el sexo? —pregunta Yas.

—Aprueba con nota —confiesa Gisela—. Pero me da tanta grima que soy incapaz de acostarme con él. Para esta noche me he cogido otra habitación —aclara.

Nosotras estallamos en risas sin poder evitarlo. ¡Nos encanta el descaro de Gisela! Si algo no le gusta, ¿por qué va a seguir? ¡Bien hecho!

—¡Olé tu toto!

Aplaude Yas.

—¿Cómo se lo ha tomado Manuel? —suelto con intriga.

—No lo sé. Le he mandado un wasap explicándole que no íbamos a pasar la noche juntos y que mañana me iba de Ibiza. Le he dicho que no estaba preparada para tener una relación seria —responde.

—¡Muy bien, Gis! Con dos ovarios —ironiza Yas.

—Oye, es mi jefe. Voy a verlo todos los días en el curro, no puedo soltarle a la cara que es un machista asqueroso. —Gisela lleva razón.

A veces, es más sensato contar una mentira piadosa que una verdad demoledora. ¡Sobre todo, si a quien vas a rechazar es tu jefe!—. Dos consejos os doy: no mezcléis el trabajo con el amor...

—¡Uy! Anda, que yo he follado con clientes y compañeros de trabajo, y todo ha ido fenomenal —la interrumpe Yas.

—Y no idealicéis a nadie, ¡luego os lleváis la sorpresita! —opina.

Después de charlar con Gis durante un rato, se despide para acostarse. Mañana madruga para coger el vuelo hasta Alicante. Nosotras continuamos con nuestro marujeo.

—¡Qué fuerte lo de Gis! —exclama Yas mientras coge una patata frita—. Nos ha dado la lata con Manuel durante meses y, cuando por fin tienen un lío, ¡lo detesta!

—Ese es el riesgo de idealizar a alguien que te gusta: se te nubla la mente y no ves la realidad —señalo con cierta agonía—. ¿Me pasará eso con Diego? ¿Por eso me da miedo tener algo con él?

—Creo que no —me corta Marta—. Sabes perfectamente cómo es Diego, no lo estás idealizando. Lo que te pasa es que estás acojonada porque, por primera vez en mucho tiempo, alguien te gusta de verdad y no sabes cómo actuar.

¡Joder!, ¡qué bien me conoce! Acaba de hacer una radiografía exacta de lo que siento.

—¡Amén, hermana! Ni yo misma lo hubiese dicho mejor. —Yas apoya el alegato de Marta—. Puedes aferrarte al pasado y seguir permitiendo que Isaac te fría a mensajes, o puedes darle una oportunidad a tu vida amorosa y enrollarte de una jodida vez con Diego. No te gustarán las comedias románticas, pero les das más vueltas a las cosas que las protagonistas de esas novelas.

No os he contado que Isaac continúa con su retahíla de mensajes diarios. Me manda memes que él cree que son graciosos, imágenes que me dan los buenos días y, cómo no, de vez en cuando, me propone quedar. Yo suelo evitar responderle y me excuso con que estoy muy liada.

—¿No hay una opción intermedia?

Me encojo de hombros.

—Desde luego, la de destrozar tu Satisfyer de tanto usarlo, porque a este ritmo vas a rechazar a todo el mundo que te guste —sentencia mi amiga.

La opción del Satisfyer no me disgusta. No asumo riesgos y siempre quedo contenta. Aunque sé que tengo que decidirme de una vez.

¿Quedo con Isaac?

¿Me lanzo a participar en el trío?

¿Le doy una oportunidad a Diego?

Capítulo 37

FAMILIA

Me he levantado temprano. He escuchado jaleo en el piso de abajo y ya no he pegado ojo. ¿Qué estarán haciendo mi hermana y Adri? ¿Están cambiando los muebles de posición? ¡El alboroto es mayúsculo! Así que ahora estoy dándome una placentera ducha de agua tibia.

El calor en San Juan es sofocante hasta por la mañana. Mientras el agua resbala por mi piel, suelto una carcajada al recordar la cena de anoche con mis amigas. ¡Son las mejores! Entre broma y broma, nos ayudamos con consejos capaces de resolver muchos problemas que se llevan mejor con un poco de humor.

Aún no he decidido qué voy a hacer con todos los frentes que tengo abiertos. Sin embargo, estoy mucho más relajada. Ya los solucionaré a su debido tiempo; ¡espero que, para algunas cosas, no sea demasiado tarde!

Evito dejarme llevar por las dudas y seguir con el runrún de mi mente porque ¡hoy viene Gisela con nosotras! Sonrío con descaro al pensar que, dentro de unas horas, estaremos las cuatro juntas. ¡Vamos a pasarlo de maravilla!

Después de la refrescante ducha, me pongo un pantalón corto de

deporte y una camiseta de tirantes para bajar a la cocina y tomar un poco de café. Entonces escucho una voz familiar. ¡No! Mejor dicho, ¡dos voces familiares! ¡Ay, joder! Mi familia está aquí. Corro al reconocer a mi madre y a mi padre charlar con Nat y Adri.

—¡Buenos días! —exclamo al bajar por las escaleras.

—¡Buenos días, cariño! —saluda mi madre con alegría—. ¿Qué tal estás?

—¡Hola, Irene!

Mi padre abre los brazos para que lo reciba con un abrazo.

—¡Qué sorpresa! —grito. Y cuando llego hasta ellos, nos fundimos en un abrazo—. Natalia no me dijo nada de qué ibais a venir.

—Era un secreto —susurra mi hermana.

—Creo que por este verano ya has guardado muchos secretos —la abronco con cariño—. Aunque este es maravilloso.

Adoro a mi familia. Mis padres viven en Madrid. Sin embargo, no puedo verlos todos los días por motivos laborales. Suelo quedar con ellos a comer cada dos fines de semana. Salimos a algún restaurante, o mi madre prepara algún plato de los que me chiflan, como pasta o ensaladilla rusa. ¡Nadie la hace mejor que ella! Me siento feliz de estar con ellos.

Nat nos avisa que ha preparado el desayuno y lo ha servido sobre la mesa del jardín, donde Adri está colocando platos y tazas. ¡Ni tripa salta de emoción al oler el café recién hecho y las tostadas!

Nos sentamos a la mesa para disfrutar de la brisa mañanera y del festín que han montado mi hermana y mi cuñado, que cada vez me cae mejor.

—¿Cuántos días os quedáis? —pregunto al mismo tiempo que unto de mantequilla una tostada.

—Todo el verano —señala mi madre—. Tu padre se ha cogido un mes de vacaciones en el taller y, como le debían días de las horas extras que ha hecho este año, ¡pues nos quedamos dos meses en casa de nuestra hijita!

Mi madre le da un beso a Nat.

Me parece genial. Mi padre trabaja en un taller de coches y lo hace durante muchas horas. Le encanta su curro, pero necesita descansar. Además, tiene sesenta años y, aunque se conserva bien, un poco de relax no le vendrá nada mal.

Mi madre es ama de casa, aunque también trabaja en el voluntariado de residencias. Dos tardes a la semana, entretiene a los mayores leyéndoles libros o poesías. ¡Mis padres son los mejores!

—¡Perfecto! Entonces, vamos a pasar todo el verano juntos —celebro—. Adri, si superas estos meses con nosotros, te damos permiso para casarte con mi hermana —bromeo.

El chico sonríe orgulloso antes de darle un pico a Nat.

—Me ha dicho Natalia que Isaac vive aquí y va a casarse —apunta mi madre.

—Su prometida es majísima, ¡me han encargado los detalles de la boda! —explica mi hermana.

Pongo los ojos en blanco. A mi madre le caía superbien mi ex. De hecho, cuando corté con él, fue de las pocas veces que la he visto llorar. Mi madre es como yo, no derrama lágrimas con facilidad. O, mejor dicho, yo soy como ella. Espero que no me venga con su sermón de que fui tonta por dejar escapar a un hombre tan trabajador, guapo y bueno como Isaac.

—Hacen muy buena pareja —asiento intentando desviar el tema para que no se centre en mí.

—¿Te parece bien? —pregunta mi madre.

—¿El qué?

Levanto el entrecejo. Ya sé a lo que se refiere, pero me hago la tonta.

—Que se case con otra —matiza.

—Mamá, hace años que corté con él. Ya no siento nada por Isaac. Es más, me alegra que sea feliz y haya rehecho su vida con Vanesa.

—Seguro que él sigue queriéndote.

Se suma mi padre al debate. ¡Genial! Mi vida sentimental ya es otra vez el centro de atención.

—¡Uy! El otro día entré en la cocina y casi los pillo besándose —desembucha mi hermana, la cotilla.

Le lanzo una mirada intimidatoria que la sonroja. ¡No sabe callarse ni una!

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Si quieres puedo contar cómo sujetaste, la otra noche, la frente de tu novio porque no paraba de vomitar de lo pedo que iba.

¡Toma, guapa! Donde las dan, las toman.

—¡Oye! —protesta Adri.

Mi madre da un brinco antes de cogerme de la mano.

—¿Os habéis besado? —quiere saber emocionada.

—No. Ya no siento nada por él y os recuerdo que se va a casar —respondo agobiada—. Además, me tiene harta con tanto mensajito que me envía. ¡Es un pesado!

—¿Qué te pone en los mensajes? —pregunta mi padre antes de dar un sorbo a su café.

—¡Gilipolleces! Memes ridículos, saludos horteras y me propone quedar —suelto de mala gana.

—¡Queda con él! —me ordena mi madre—. Quizás, quiere contarte algo importante.

—Paso —me niego.

¡No pienso quedar con él! Ya he pasado página con Isaac.

—Mamá, ¡deja a Irene! No vaya a ser que se líen y me joda el pedido de la boda —añade mi hermana.

Sé que su defensa no es pensando en mí, pero al menos es la única que me apoya.

—¡Que no me voy a enrollar con él! —protesto.

—Claro que sí, ¡por eso no te atreves a verlo! —me acusa mi madre. ¡Esta mujer es una lianta! Ya lo veréis—. No quedáis porque te asusta volver a enamorarte de él.

—¡Flipas, mamá! Flipas en colores.

—Entonces, ¿por qué no quedáis?

Me pica.

—Porque no tengo la necesidad —me justifico molesta.

—¡Ya, ya! Estás loquita por Isaac y te da miedo quedar con él para no caer rendida a sus brazos —insiste.

¡Le está funcionando su plan!

—¡Que no, joder! Que no me gusta nada —me quejo con la mano derecha levantada al aire.

—¡Demuéstralo! —me pide mi madre.

En un arrebato por no darle la razón a mi madre, porque no la tiene, cojo el móvil y le mando un wasap a Isaac para quedar esta tarde con él. Mi ex tarda medio minuto en confirmar que nos vemos en un bar que está cerca de la tienda de mi hermana.

—¡He quedado con él a las seis y media! —le informo—. ¿Contenta?

—Sí, no te voy a engañar. Dale recuerdos de mi parte.

Nat me mira confusa. Creo que le estoy leyendo la mente y puedo escuchar como me suplica que no le joda el encargo. Yo resoplo agotada. No me apetece quedar con Isaac. Así es mi madre, me conoce tan bien que sabe cómo manipularme para conseguir lo que piensa que me hará feliz.

¡Ay, joder! ¡Ya ha vuelto a liarme! Sin embargo, yo sigo sin poder sacarme a Diego de la cabeza. Tendría que haber sido valiente y haberle propuesto la cita a él y no a mi ex. ¿Por qué, a veces, hacemos justo lo contrario de lo que nos apetece? Es más sencillo ir a lo seguro que arriesgarse por lo que nos puede colmar de alegría.

Sé que Isaac, a pesar de lo que opine mi madre, no me hará feliz jamás. ¿Y Diego? ¿Seré capaz de atreverme y descubrirlo? Cada día que pasa, se me están acabando las excusas para no volver a verlo, para no probar sus apetecibles labios, pero no entregarme a él...

Porque de una cosa estoy segura: si un día nos besamos; ya no habrá vuelta atrás.

Capítulo 38

RECONQUISTA

Estamos en una terraza con mesas de metal altas. ¡Ay, por favor! Me siento tan incómoda que he evitado acomodarme en una de las banquetas para tomarme la caña con Isaac de pie.

Él parece tranquilo, a gusto y feliz. Habla y habla sin parar. Si os digo la verdad, no tengo ni idea sobre qué está divagando. Lo escucho como si fuese una radio de fondo porque no paro de pensar en lo cabreada que estoy al haber dejado a mis amigas, celebrando que Gisela está aquí, para quedar con con mi exnovio.

¿Por qué muchas veces hacemos justo lo contrario de lo que nos apetece? ¿Para complacer a los demás? ¿Y qué pasa con eso de complacernos a nosotras mismas? Tendría que ser más importante hacer lo que nos apetece que lo que nos imponen, ¿no? Ya, ya... La teoría me la sé de memoria, lo complicado es ponerla en práctica.

Isaac chasquea los dedos para sacarme de mis pensamientos.

—¿Irene?, ¿me escuchas? —pregunta.

Sacudo la cabeza al darme cuenta de que estoy ignorando a mi acompañante.

—Sí, estaba algo distraída porque hoy ha venido Gisela a San

Juan y apenas la he visto —respondo.

—¿Quién es Gisela?

—Tú no la conoces, es una amiga que vive en Madrid.

—Y aun así has venido. —Sonríe. «Y aun así he venido», me digo mentalmente, pero no con la misma alegría que ha mostrado Isaac. Estoy apenada, no orgullosa de haberle dado plantón a mi amiga. Creo que mi ex se está montando una película que no corresponde a la realidad—. Me ha sorprendido tu mensaje para quedar hoy —confiesa.

«¡Y a mí!», exclamo irónicamente para mis adentros. Tengo que dejar de estar a la defensiva o no voy a disfrutar de esta cita. Y ya que estoy aquí, por lo menos, voy a intentar pasarlo bien.

—Mi madre ha venido a casa de mi hermana. —Hago un ademán con la mano—. Ya sabes que te quiere un montón. Por cierto, me manda saludos de su parte. Ella se ha empeñado en que nos viésemos —le explico para dejar en claro que no tengo ninguna intención sexual o sentimental por mi parte.

Me ha faltado añadir que casi me han obligado a venir para ser todavía más tajante. Pero creo que no es necesario.

—¡Tu madre es una bendita! Sabes que la adoro. —Levanta los brazos con efusividad. Creo que voy a llorar. En serio, ¿qué cojones hago aquí? Voy a inventarme una excusa, me importa un bledo que sea buena o mala, y me largo con mis amigas—. Irene, tengo que confesarte una cosa. —Me mira a los ojos con intensidad, al mismo tiempo que me coge de la mano. No es necesario, joder. No hace falta que diga nada. Trago saliva deseando que me confiese que sufre de hemorroides, o algo por el estilo. ¡Por favor, que no intente una reconquista!—. Te quiero, siempre te he querido. ¡Eres la mujer de mi vida! —vomita sin ningún tipo de remordimiento.

Me zafo con descaro mientras doy un pasito atrás.

—¿Y tu prometida? —le recuerdo.

—¡Que le den por el culo! —masculla. ¡Está bien! Ahora recuerdo por qué lo deje; Isaac es un capullo de campeonato—. Estos años he pensado en ti cada día: sueño contigo, me masturbo pensando en ti, siempre estás en mis fantasías cuando hago el amor con mi novia. Cuando te vi hace unas semanas, volví a sonreír. ¡Te quiero!

Este tío no ha cambiado nada. Sigue siendo el mismo niñato egoísta y caprichoso que conocí.

—Isaac, ¿estás loco?

—¡Por ti! Tú me haces perder el control. Si me lo pides, no me caso —asegura para volver a cogerme de la mano.

Me aparto de nuevo. ¡No quiero ni que me toque!

—¡No! Cásate, cásate...

—¡Pues seremos amantes! Yo me caso y nos vemos a escondidas, ¡será más morboso!

Ha perdido el norte por completo. Resoplo. No me agobio por mí, yo lo mando a la mierda ahora mismo y no vuelvo a verlo. Siento lástima por Vanesa, su prometida. Seguro que desconoce lo mezquino que puede ser su novio.

—¡Vete a tomar por culo, Isaac! —chillo—. ¿Quién te has creído que soy? ¿Estás escuchando las gilipolleces que sueltas por la boca?

—Estoy declarando mi amor por ti —se defiende.

—¡Eso ya pasó! ¡Fin! ¡No hay más! ¿En serio vas a poner en peligro una relación tan bonita como la que tienes con Vanesa por una quimera?

—Vanesa me da igual —alega y me deja muda—. ¡Tú eres mi obsesión! ¡Tú estuviste primero! ¡Te quiero a ti, no a ella!

¡Sí! Habéis acertado, ¡me estoy cagando en mi madre! ¿Por qué he caído en su provocación? Si hubiese sido más inteligente, me habría ahorrado este momento tan incómodo y estaría tomando mojitos con mis amigas. Pero tuve que demostrar que no estaba pillada de mi ex y mandarle el jodido mensaje para quedar.

Hoy he aprendido una lección muy valiosa: ¡no tengo que demostrarle nada a nadie!

—¡Me voy! ¡Olvídate de mí!

Mientras me alejo le escucho chillar:

—No me dejes así. ¿Dejo a Vanesa o no?

Avanzo con rapidez. A veces, lo idóneo es dejar el pasado atrás. En esta ocasión, cuanto más lejos, mejor. ¡Aunque lo escuches berrear sandeces!

Capítulo 39

¿TE VAS?

He mandado un wasap a mis amigas para avisarles que voy a la terraza del hotel donde se alojan. Están tomando unas copas y yo me muero de ganas por sumarme a la diversión. Tengo que desprenderme de esta sensación de rabia que me ha dejado la cita con Isaac.

¡Será capullo! Lo que más me molesta no es su falta de tacto al declararse y no tomar en consideración lo que pueda querer yo. ¡No! Lo que más me irrita es el desprecio con el que habló de su novia. ¿Por qué? No sé. Quizás, me recuerde a cuando estábamos juntos. Tal vez, un día, hace mucho, yo fui Vanesa.

Sacudo mi cuerpo para librarme de la mala vibra y acelero mi caminar. Estoy a dos o tres manzanas del hotel. Entonces escucho unos ladridos a mis espaldas. Antes de que pueda darme la vuelta para ver qué es lo que pasa, noto el peso de un perro que me tira al suelo.

Caigo de culo mientras el animal lame mi cara. ¡La reconozco!, ¡es Lorena, la perra de Diego! Mi corazón se acelera porque, si su mascota está aquí, se supone que él también anda cerca. ¡Y tanto! Aparece a los pocos segundos, aparta al animal y se sorprende al verme. Después, extiende la mano para ayudarme a ponerme de pie.

—Lo siento, Irene —se disculpa avergonzado—. De repente, Lorena ha salido corriendo sin que pudiese sujetarla.

—No pasa nada. —Intento restar importancia al incidente—. Creo que le gusto mucho a tu perra —bromeo.

—No cabe duda —responde en voz baja, no dice nada más.

¡Uy, qué raro! Diego siempre se ha mostrado sociable. Aunque, la última vez que nos vimos, me mostré muy firme con lo de no volvernos a ver. Tal vez, está siendo respetuoso y me deja tomar a mí la iniciativa.

—¿Qué tal estás?

Me intereso.

—Bien, bien...

Esquiva mi mirada bajando la suya al suelo. Me siento mal. Además, no ha preguntado cómo estoy yo. ¿Qué pasa? ¡Ay! Tengo unas ganas terribles de abrazarlo.

—¿Te apetece tomar un café un día de estos? —propongo.

No es que quiera marear al muchacho, ¡es que no sé ni lo que quiero! Sin embargo, admito que tengo que darme la oportunidad de conocerlo mejor. Tal vez, lo habré idealizado o, quizás, no lo conozco mucho, pero nadie me acelera el corazón como él. Eso significa algo no, ¿no?

—Me voy pasado mañana —responde.

—¿Te vas?

¿Acabo de dejar de respirar? ¡Ya está! Solo ha sido la impresión de saber que se marcha. Suelto un suspiro colosal para evitar ahogarme. ¿A dónde se va?, ¿por qué?, ¿con quién? ¡Joder!, que me cuente todo.

—Me voy a Murcia unas semanas con un amigo. Estos días tengo menos jaleo en la escuela; se ve que los perros también se van de vacaciones —bromea—. Y aprovecho para descansar.

Entonces, ¿ya está? ¿Este es el punto final de nuestra relación? Si se marcha es porque no quiere saber nada de mí. Además, yo solo voy a estar durante el verano en San Juan. Si él se va varias semanas, dudo mucho que volvamos a vernos.

Contengo las ganas de llorar delante de él. Tengo que ser respetuosa, como Diego lo ha sido conmigo. Debo de aceptar su decisión.

—Ah —suelto con tristeza.

—Me ha gustado verte de nuevo —susurra antes de coger a su perra y desaparecer.

Yo me quedo inmóvil donde estoy, observando como he dejado pasar una oportunidad de oro para expresar lo que siento. Tal vez, sea lo mejor, ¿no? Ya me había convencido de que lo estaba idealizando y de que no merecía la pena arriesgarse por una relación que no sé a dónde iba.

Entonces, ¿por qué no dejo de preguntarme si estoy haciendo lo correcto? ¿Por qué me siento tan decepcionada conmigo misma? ¿Por qué no puedo evitar pensar en él?

Todas esas preguntas tienen una única respuesta: porque soy gilipollas.

Adiós, Diego. A mí también me ha encantado verte.

Capítulo 40

HORCHATAS Y LA MEJOR COMPAÑÍA

Estamos en la terraza del ático del hotel donde se alojan mis amigas. Es un lugar precioso donde se puede tomar lo que te apetezca; nosotras nos hemos decantado por unas horchatas bien fresquitas mientras charlamos y contemplamos, desde lo alto, la belleza del pueblo con el mar de fondo.

Nos hemos colocado alrededor de una mesita alta y redonda, y las banquetas donde estamos sentadas son supercómodas. Marta, Yas, Gisela, Tamara y yo disfrutamos de una tarde calurosa con la mejor compañía.

Os confieso que sigo en *shock*. Ver a Diego y saber que se marcha parte del verano ha sido demasiado fuerte. ¿Ha tirado la toalla con respecto a lo nuestro? Eso fue lo que le pedí, ¿no? Así que ahora tengo que ahorrarme los lamentos y pasar página, como parece que ha hecho él.

Tendría que estar contenta porque he evitado una relación que podía que me sumergiese en la más absoluta tristeza. Sin embargo, ese *podía* es tan volátil que me atormenta. ¿He dejado pasar un tren que no sé a dónde me llevaba? Ahora mismo no sé cómo desprenderme de

esa sensación de cobardía que me envuelve.

¡Ay!, ¿por qué soy tan complicada? ¿Por qué no me he dejado llevar? ¿Por qué me arrepiento de lo que no he hecho cuando ya es tarde? ¿Ya es tarde?

—¡Nunca es tarde, Irene! —señala Marta al exponer cómo me siento—. Todavía puedes decirle lo que sientes.

—Ese es el problema, ¡tengo un lío mental que no sé qué es lo que quiero!

Resoplo.

—Yo te animo a que te montes el trío con Carlota y Romeo. Después de un polvazo tan ardiente, seguro que se te aclaran las ideas —me recomienda Yas.

—Mira, pues dejar la mente en blanco para aclararte es una buena opción. Y el sexo es ideal para eso —la apoya Tamara.

—O igual se confunde más al acostarse con ellos y comienza a sentir cosas por la pareja liberal —reflexiona Gisela.

—Entonces, ¿qué hago?

Me encojo de hombros.

—Para empezar, deja de beber horchata y tómate un cubata —bromea Yas—. El alcohol te ayudará a no darles tantas vueltas a las cosas.

—Yas, no sé cómo no eres psicóloga —pronuncia con ironía Gisela —. Tú todo lo solucionas con alcohol y sexo.

—¿Acaso existe un remedio más efectivo?

Estalla en risas.

—Lo mejor es que ni corras ni te precipites en tus decisiones. Escúchate a ti misma, valora los pros y los contras. Deja a un lado los miedos, las inseguridades y borra de tu mente los futuros hipotéticos donde te ves sufriendo y llorando porque Diego te hace daño —aclara Tamara—. Resulta gracioso que no tienes una historia con él porque te acojona salir herida y estás sufriendo al evitarla.

—¡Ese es un buen consejo! —exclama Marta mientras señala a nuestra nueva amiga.

—¿Quieres un buen consejo? —pregunta Yas a Marta—. ¡Dile a tu novio que estás embarazada!

Gisela y Tamara, que ya estaban al corriente del embarazo de nuestra amiga, apoyan la recomendación de Yas. Yo me sumo a la

iniciativa.

Marta se toma la horchata de un trago y deja un simpático bigote blanco que adorna la parte superior de su boca. Nos mira seria y exclama:

—¡Muy bien! ¡Allá voy!

Coge su teléfono móvil, desbloquea la pantalla y hace una videollamada a Enrique. ¡Ay, mi madre! Marta se ha vuelto loca y va a darle la exclusiva a su chico delante de nosotras. ¡Qué emocionante!

Enrique descuelga de inmediato. Nosotras no podemos verlo porque mi amiga tiene el móvil delante de ella, pero podemos escuchar la conversación.

—Hola, cariño —saluda Enrique—. ¿Qué tal estás?

—¡Embarazada! —Estalla—. Estoy embarazada. Vamos a ser padres. —El poco tacto de Marta nos deja mudas y, por lo visto, a su novio también. Enrique no dice nada. ¿Está feliz, abrumado o conmocionado por la noticia?—. Siento que te lo haya dicho así, pero llevaba un tiempo pensando cómo contártelo y he pensado que lo mejor era de forma espontánea —aclara nuestra amiga.

De repente, la cara de Marta se desencaja antes de llevarse la mano a la boca. ¿Qué pasa? ¿Está llorando su novio? ¿Ha colgado? ¡Por favor, que alguien nos cuente cómo ha reaccionado Enrique!

—Cariño, es una noticia maravillosa. Aunque te hubiese agradecido que me llamaras cuando estuviese en casa y no en una reunión de trabajo con todo el equipo —contesta él.

¡Bravo por Marta! Es única para montar un buen *show*. Seguro que los compañeros de Enrique no olvidan este numerito en años.

—¿Y para qué me lo coges si estabas reunido? —pregunta ella intentando salir indemne de su metedura de pata.

—Como me has llamado a estas horas, cuando estoy en el curro, pensé que era importante. Nunca me llamas cuando estoy en la oficina; hoy es lunes y son las ocho de la tarde. Lo que no podía imaginar es que fueses a soltar que estás embarazada nada más responder —argumenta.

—Perdona... No sabía ni qué hora era ni qué día es... Cuando estoy de vacaciones, pierdo la noción del tiempo —tartamudea nuestra amiga.

Entonces, Yas, en un arrebato por echar un cable a nuestra amiga,

le quita el teléfono de las manos para enfocarse a ella.

—¡Oye, Enrique! No seas tan soso que acabas de enterarte de que vas a ser papá. ¡Celébralo con tus compis y que vayan poniendo bote para que os hagan un buen regalo por el nacimiento del bebé! —suelta con todo su morro.

A Marta se le escapa una carcajada espontánea. Sus nervios parecen diluirse con la locura que acaba de hacer nuestra amiga.

Yas nos enfoca a todas y soltamos un «¡Felicidades!» mayúsculo. Después, se despide y cuelga.

—Pues ya lo sabe.

Suspira Yas mientras le pasa el teléfono a Marta.

—Soy lo peor —asegura la futura mamá.

—De eso, nada. Has hecho que un momento único y especial sea aún más único y especial —comenta Tamara con alegría.

—Lo importante es que tu chico ya se ha enterado de que va a ser papá, ¡así que no le des más vueltas al asunto! Te lo digo por experiencia propia, que mi mente este verano es como una lavadora centrifugando —bromeo.

—Es cierto, tú sueles tener las cosas muy claras —apunta Yas—. Se me hace raro que con Diego dudes tanto.

—Eso es amor —señala Tamara.

—¿Volvemos a lo mismo de siempre? —protesto.

—¡Uy, ni de coña! Que estoy hasta el coño de oír hablar de Diego... —aclara Yas con excesiva sinceridad—. A ver... Irene vive en un bucle mental entre si quiere al adiestrador de perros o no, Marta va a ser mamá y acaba de ridiculizar a su novio delante de sus compis, Gisela acaba de descubrir que Manuel no es el amor de su vida, sino un capullo integral, ¿y tú? —Señala a Tamara con la mano—. ¿Cómo andas de amores?

Tamara nos mira mientras sonríe y se acomoda en la banqueta.

—¡De maravilla! —responde risueña.

—¡Hija, matiza más! ¿Estás conociendo a alguien o sales con algún chico? —insiste Yas.

—¿Yo? ¡Ni loca! Tengo veintisiete años y quiero disfrutar de la vida y de mi soltería. Por ahora, solo busco diversión. No quiero compromisos ni responsabilidades. Prefiero compartir mi tiempo con mis amigos. Ya pensaré en tener pareja, o no, dentro de unos años —

contesta mientras sacude su melena.

—Eres una tía muy inteligente.

Aplaude Yas.

—¿Y si te encuentras con el tío más maravilloso dentro de unos días? —pregunta Gisela.

—Pues que espere unos añitos hasta que esté preparada para tener una relación seria —argumenta Tamara.

—O te lo follas —apunta Yasmina.

Las cinco estallamos en risas.

Entonces recibo un mensaje que, al leerlo, me alegra muchísimo.

—¡Chicas! Acaba de escribirme mi hermana, ¡mañana nos invita a todas a comer en el jardín de su casa! —exclamo feliz.

—¡Tu hermana es la mejor! —celebra Yas.

—¿Qué llevamos? —quiere saber Gis.

—¡Perfecto!

Marta levanta los brazos ilusionada.

—¡Contad comigo! —anuncia Tamara.

Después, seguimos charlando durante un buen rato. Hasta que Isaac me envía otro de sus mensajes. Ya había dado el tema por zanjado. Ha sido muy incómodo cerrar esa etapa de mi vida al mandarlo a tomar viento fresco. Sin embargo, a juzgar por el mensaje que acabo de recibir, el muy idiota no se ha percatado de mi indiferencia.

Os lo leo:

> Irene, sé que no te esperabas lo que ha pasado antes. Espero que estés mejor. Quiero que sepas que mantengo lo que he dicho. ¡Te quiero! Quiero estar contigo, me da igual cómo. Puedo anular la boda o podemos ser amantes. ¡Tú decides!

Les muestro el wasap a mis amigas, que no dan crédito al leerlo. Aún no les había contado nada porque lo de Diego me había causado más impacto. Tampoco quería ser el centro de atención ni monopolizar la conversación con mis problemas.

—¡Qué asco de tío! —apunta Gisela.

—Ha perdido la poca vergüenza que le quedaba —señala Marta.

—Bloquéalo, ¡pasa de él! —me dice Yas.

—¡No! Se ha pasado de la raya, ¡tiene que aprender a respetar a los demás! —protesto.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Tamara—. ¿Llamar a la tuna para que le cantes lo impresentable que es?

Entonces, la sugerencia de mi amiga me da una idea un tanto descabellada. Sonrío con picardía. Cuando me propongo ser traviesa, no hay vuelta atrás. Además, hay que echarle un par de narices a la vida, ¿no? Este arranque de valentía inconsciente es más propio de mí que las dudas de los últimos días. ¡Echaba de menos a la Irene alocada!

No lo pienso y le mando un mensaje a Isaac.

—¿Qué haces? —pregunta Yas.

—Chicas, ¡mañana desayunamos con mi ex!

Capítulo 41

¡SE HA QUEDADO BIEN EL DÍA!

Son las doce del mediodía. He quedado con mi ex en el mismo bar en que nos citamos ayer, donde se declaró con tan poco gusto.

Está bien, nos hemos citado en esa terraza. Sin embargo, nosotras estamos en la de enfrente. Nos hemos puesto sombreros y gafas del sol para que, cuando pase por la calle, no nos reconozca, o el plan se irá al traste.

Marta, Yas, Gisela y Tamara desconocen lo que va a pasar. He orquestado todo el asunto en secreto. ¡Me lo he currado un montón! Quiero que las chicas se sorprendan y disfruten del espectáculo. Aunque el que más va a flipar va a ser Isaac.

—¿Qué hacemos aquí y por qué nos has pedido que vengamos con estas pintas? —quiere saber Yas.

—Espera un poco —susurro—. Isaac tiene que estar a punto de...

Antes de que termine la frase, aparece en la calle de enfrente. ¡Perfecto! Ha picado. Me levanto, les pido a las chicas que estén atentas y voy en busca de mi ex.

Mi pulso va disparado, pero no de nervios, sino de emoción. Voy a disfrutar poniendo a Isaac en su sitio.

Él se sienta en una banqueta alta y apoya las manos sobre un tonel que hace de mesa. Al verme aparecer, se levanta y espera a que llegue para darme dos besos.

—¡Irene, me alegra verte! —exclama.

—Hola, Isaac —respondo.

—Pensé que, quizás, necesitabas más tiempo para pensarte lo de estar juntos —masculla—. Pero ya veo que sientes lo mismo que yo.

Qué equivocado está el pobre. Se ve que, cuando uno solo es capaz de mirar su propio ombligo, no sabe ponerse en la piel de los demás. Porque no tenía nada que pensar, ¡sé que lo nuestro se terminó hace mucho! Ni tampoco siento lo mismo que él. ¡Da igual! Ahora se lo voy a dejar muy claro.

—No saques conclusiones aún —le recomiendo.

—¿A qué te refieres? —Frunce el ceño. Entonces aparece su prometida y nos saluda. ¡Sí! La he citado yo. Es parte del plan. Anoche le pedí su número a mi hermana para quedar con ella—. ¿Vanesa? , ¿qué haces aquí? —pregunta Isaac sin dar crédito.

—Irene me escribió anoche para vernos ahora. Me pidió que no te contara nada, aunque no sabía que tú también ibas a estar —contesta confundida.

Ahora me toca a mí mover ficha.

—Vanesa, siento ser yo quien te diga esto. —Cojo aire. Aunque considere que la estoy ayudando, no es fácil hacer esto—. Isaac es un cerdo que ni te quiere ni toma en consideración tus sentimientos. Me ha pedido que vuelva con él o que seamos amantes.

—¡¿Estás loca?! —espeta mi ex—. Serás mentirosa. ¡No le hagas caso a esta lunática! Ella es la que quiere follar conmigo.

Pongo los ojos en blanco, suelto un suspiro y levanto la mano para colocarle la pantalla de mi teléfono a Vanesa en la cara y mostrarle el mensaje que me envió Isaac ayer por la tarde. Ella lo lee con detenimiento mientras poco a poco va adoptando un gesto serio.

—¿Qué significa esto?

Exige una explicación a su prometido.

—No lo sé..., seguro que es un truco de ella —miente, está muy nervioso.

—Serás capullo... —bufo con desprecio—. Estoy harta de tus mensajes acosadores, de que intentes seducirme y de que me

propongas ser tu amante cuando vas a casarte. Así que...

Entonces observo a mis amigas y sonrío. ¡Esto va a ser la bomba! A continuación, miro al otro extremo de la calle y chasqueo los dedos. ¡Es la señal!

Os cuento, ayer por la noche, me pase un buen rato buscando en internet un grupo de música *amateur* que participara en bodas, pedidas de manos o eventos en San Juan o alrededores.

Después de una búsqueda intensa, encontré un grupito de Alicante compuesto de un solista, un chico que toca la guitarra y otro, el saxofón. Llamé al teléfono de contacto para proponerles que interpretaran una canción con la letra que les facilitase yo. Ellos aceptaron, aunque, cuando les dije que era para el día siguiente, subieron el caché. ¡No me importó! Así que los contraté.

Sin que nadie se lo espere, aparece mi gran sorpresa. El trío musical se planta delante de nosotros y comienza a tocar. ¡Todo el mundo nos mira! La gente piensa que es una pedida de mano o algo por el estilo. Sin embargo, me temo que no va a ser tan romántico.

El cantante, que tiene una voz grave, canta la letra que yo le pasé anoche a su *e-mail*:

> *Isaac, por favor, ¡pasa de Irene! Ya no te quiere. ¡Supéralo! Ni va a salir contigo ni tu amante será, así que no le mandes más mensajes o te demandará. Vanesa es tu prometida, ¡es una gran mujer! Valora lo que tienes, aunque lo vas a perder. Cerdo, creído y egoísta, Irene solo quiere perderte de vista.*
>
> *¡Supéralo! No la llames, no la molestes más. O de lo contrario, te abofeteará. Cerdo, creído y egoísta. Si no lo entiendes ella misma te da una pista.*

Entonces me pongo al lado del trío musical y canto junto al chico:

> *Pasa de mí. Lo nuestro es pasado y tuvo su fin. ¡Supéééééééééééééralo! De ti no quiero nada. Ni romances ni mamadas.*
>
> *Cerdo, creído y egoísta. ¡Solo quiero perderte de vista! Nunca seré tu amante. Entiéndelo cuanto antes. Para mí eres pasado. ¡Jamás volveré a tu lado!*

El guitarrista toca un par de acordes para concluir la canción. A continuación, el cantante añade:

Yo miro a Vanesa antes de que todo acabe y le digo:

—No te mereces a un hombre que no sabe valorarte, ¡es un cerdo!

—¡Estás como una puta regadera! —espeta Isaac—. ¿Quién cojones contrata a la tuna para hacer algo así?

—No somos la tuna, somos un grupo musical que… —explica el cantante.

—¡Me importa una mierda quiénes sois! —lo interrumpe mi ex—. ¡Esto es despecho puro y duro! ¿No lo ves, Vanesa? Irene sigue enamorada de mí y no al revés, como asegura ella. ¡Está loca!

—No, guapo. Estoy harta de tu descaro y falta de consideración hacia mí y tu prometida —respondo.

Vanesa está confusa, no sabe qué hacer. Admito que el *show* que he montado es algo impactante, pero tenía que conocer la verdad. ¡Entre nosotras tenemos que apoyarnos!

Isaac me reta poniéndose delante de mí al mismo tiempo que me increpa. Le he dado donde más le duele: ¡en su ego de macho alfa! Aunque no cuenta con que, además del grupo musical, mis amigas cruzan la calle para defenderme. ¡Que se joda!

Isaac coge a su novia de la mano y se marcha mientras continúa insultándome.

Vuelvo a sentir ese subidón que tanto echaba en falta. Ese mismo que me devuelve a mi parte original, a la Irene valiente y atrevida. La que tiene las cosas claras o, por lo menos, sabe lo que no quiere y que, al llegar aquí —no sé si debido a la impresión de ver de nuevo a Isaac, a la maravillosa locura de conocer a Diego o la propuesta del trío—, se hizo pequeña. Quizás, me superó todo y no supe cómo actuar.

Ahora ya no. Lo siento. Poner a mi ex en su sitio me ha recordado quién soy. Y os aseguro que no vuelvo a perder mi esencia nunca más.

O eso espero…

Capítulo 42

ESO FUE LO QUE NOS PASÓ...

Mi hermana ha preparado un banquete sobre la mesa del jardín. Hay picoteo, ensalada, pan con tomate y embutido; además de varias botellas de vino, refrescos y agua. ¡Menudo festín! Por si fuese poco, Adri está con mi padre, junto a la barbacoa, haciendo carne a la parrilla. ¡Huele de fábula!

Mi madre, Nat, Yas, Gisela, Marta, Tamara y yo estamos marujeando, alrededor de la mesa grande de madera, sobre lo que ha pasado con Isaac.

—¡Se me cayó un mito! —Resopla mi madre mientras se cruza de brazos—. Pensaba que Isaac era un muchacho formal y que te quería con locura.

—Isaac es un cretino —aseguro con la cabeza apoyada en el hombro de mi madre.

—¡Me jodiste el encargo de la boda! Porque, si siguen adelante con el enlace, cosa que dudo, no contarán con mis detalles —protesta mi hermana al mismo tiempo que da un bocado a una empanadilla.

—Me encanta ver como te preocupas por mí —pronuncio con ironía.

—Además, no puedes quejarte. Gracias a que Irene me habló de tus jabones, te vamos a encargar, todas las semanas, una cesta para sortear en el bingo del *pub*. ¡Eso es más rentable que un evento! —me defiende Tamara, que me mira con cariño para, después, cucarme un ojo.

¡Ay, es la mejor!

—Tienes razón —contesta Nat sonriendo.

—Yo he flipado cuando ha aparecido la novia e Irene le ha mostrado el mensaje. Sin embargo, ¡lo de la tuna ha sido la leche! —exclama Yas.

—No era la tuna, sino un grupo musical —la corrijo.

—Lo que fuese... ¡Tu ex estaba cardiaco! Por un momento, he pensado que le daba un infarto. Lo has dejado en evidencia delante de todo el mundo y de Vanesa —aclara Yas.

—Yo flipé mucho más con la cara que puso ayer Enrique al enterarse de que iba a ser padre en plena reunión de trabajo —bromea Gisela—. ¡Fue apoteósico!

—Pero si no le viste la cara —se defiende Marta—. Yo era la que hablaba con él.

—Ya, guapa. Aunque, solo de imaginármelo, me meo de la risa —responde Gis.

Estallamos en carcajadas. Es justo lo que necesitaba, un poco de humor después de tanta tensión.

Al rato, Adri y mi padre sirven la carne en una bandeja.

—¿No os parece un poco machista que los dos únicos hombres de la velada hagamos la comida? —reflexiona Adri cuando estamos todos sentados a la mesa.

—¡En absoluto, cariño! A eso se le llama compartir las tareas. Nosotras hemos puesto la mesa, preparado los aperitivos y las bebidas —apunta mi hermana mientras pasa el brazo por la espalda de su chico.

—Toda la vida hemos preparado las mujeres la comida, así que porque la hagáis vosotros no pasa nada —la apoya mi madre.

—Creo que Adri lleva razón. Él se refiere a que hacer la carne en la barbacoa parece un trabajo para hombres, y poner la vajilla, los cubiertos y demás está considerado que debe hacerse por las mujeres, ¿no?

Defiendo a mi cuñado. Él asiente mientras da un bocado a un trozo de lomo a la brasa.

—¡Yo no pienso mancharme de humo y carbón!

Yas levanta las manos.

—A veces, se les da demasiadas vueltas a las cosas —reflexiona Marta—. Si entre todos hemos decidido que el trabajo se reparte de esta forma, no creo que sea ni machista ni feminista.

—A mí, mientras me deis de comer, ¡me suda el toto todo lo demás! —bromea Tamara—. Sin embargo, pienso como Irene y Adri. Esas acciones instaladas en la sociedad son micromachismos.

Mi madre suelta un bufido antes de hablar.

—¡Ay, no me vengáis con esas cosas! Ahora Irene saltará con que las comedias románticas son lo peor —grazna.

Se me agria un poco el carácter al escuchar su ataque gratuito.

—Y lo son —contesto—. Nos meten en la cabeza ideas absurdas sobre el amor que jamás llegan a pasar en la vida real. Mira, mamá: Isaac, en una comedia romántica, tendría que ser un galán, como pensabas tú, y en la vida real es un capullo.

—No todo el mundo es así —salta Marta—. Mi chico es un sol.

—Seguro que tiene sus defectos, ¡como todos! Pero, en las comedias románticas, los protagonistas masculinos son perfectos. Semidioses inalcanzables que las chicas solo saben suspirar por ellos —explico—. Y las protagonistas femeninas son absurdas. Se pasan toda la novela dudando e inventándose excusas para no admitir que están enamoradas del prota masculino.

—¡Anda!, como tú con Diego —me acusa Yas.

¡Joder! Acaba de dejarme muerta. El corazón me da un vuelco al escuchar a mi amiga. ¡No fastidies! ¿Soy como las mujeres alocadas de las comedias románticas? ¡Ay! Necesito un poco de vino para pasar este mal trago.

—¿Os ha contado por qué las odia tanto? —pregunta mi madre.

—Mamá, ¡ni se te ocurra! —le advierto.

Evidentemente, pasa de mí al ver el interés de todas mis amigas por saber de dónde viene mi descontento por las historias románticas.

—Cuando tenía nueve años, vio *Pretty Woman*. Le gustó tanto la peli que le iba diciendo a todo el mundo que ella era prostituta y que solo así encontraría al hombre de su vida —aclara mi madre sin pudor

—. Se lo dijo a sus abuelos, a sus tíos, a sus primos, a los compañeros de clase y hasta a la profesora. Nosotros le avisamos que no tenía que ser prostituta para enamorarse, pero Irene continuó con su discurso, así que tuvimos que castigarla. ¡Desde entonces odia las historias de amor!

Mis amigas se echan a reír mientras yo quiero que me trague la tierra de la vergüenza.

—¡Eso es mentira! —asegura Yas entre risas—. Porque yo soy muy puta y no encuentro al chico de mi vida.

Volvemos a reír. Esta vez, me sumo a las carcajadas.

—Ahora, en serio, esas historias nos llenan la cabeza de pajaritos. *Pretty Woman* es un claro ejemplo. La prota no podía ser juez o directiva ejecutiva, ¡no! Tenía que ser puta. Por si fuese poco, el hombre atractivo y millonario la rescata de su vida de mierda chupando rabos —exploto.

—Creo que esa peli es la responsable de que muchas mujeres, en los años noventa, quisiesen que un tipo con pasta les solucionase la vida —me apoya Gisela—. Aunque mi Julia Roberts es intocable, ¿está bien?

Ríe.

—¡Por favor! Irene es un fraude, ¡juntas hemos visto cientos de pelis de amor! Desde *Nunca me han besado* hasta *Oficial y Caballero*. Las historias de amor no le gustan, ¡le encantan!

Mi hermana me deja con el culo al aire. Me levanto de un salto, miro a todos con desdén y cojo aire.

—¡Voy a servirme un cubata porque no os aguanto más! —exclamo partiéndome de la risa—. ¿Alguien quiere que le traiga algo de la cocina?

—Sí, una máquina de la verdad para saber cuántas cosas nos has ocultado —bromea Yas.

No puedo enfadarme con ellos, ¡los quiero un montón!

***

Después de la gran comilona que nos hemos metido entre pecho y

espalda, mis padres han subido a dormir la siesta, Adri y mi hermana están recogiendo la cocina y el resto estamos tomando sol en el jardín.

Marta, Yas y Gisela se han quedado dormidas sobre las tumbonas, así que Tamara y yo hemos decidido bebernos un carajillo con hielo al mismo tiempo que charlamos un poco.

—Tía, ¿crees que soy como las protas de las comedias románticas y le he dado demasiadas vueltas al tema de Diego? —pregunto con cierta preocupación.

—¡Olvídate de eso! Tienes que hacer lo que te apetezca —me aconseja—. Si necesitas más tiempo para meditar qué es lo que quieres, ¡tómatelo! La vida no es una novela de amor, aunque a veces se le parece. No le hagas caso a nadie, ¡escúchate a ti misma y haz lo que te salga del coño!

—¡Tienes razón! Eso es lo que voy a hacer —aseguro.

—Pero no lo hagas porque te lo he dicho yo —responde la cabrona.

—¡Oye, guapa! No me vuelvas loca —contesto entre risas—. También llevo días pensando en lo del trío...

Tamara se gira hacia mí, levanta las gafas de sol de la nariz y pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

Resoplo antes de cogerla de la mano.

—No sé. En parte me apetece, ¡nunca he hecho un trío! Y Romeo está muy bueno. Por otra parte..., tal vez, no sea tan moderna como pensaba que era —divago.

—Hacer un trío no tiene nada que ver con ser moderna. Tiene que ver con lo que te pide el cuerpo. ¿Tú quieres follar con Romeo y su novia?

—No lo sé...

Suspiro.

—¿Por qué no lo pruebas? Ellos te caen bien y te resultan atractivos, ¿no? —Asiento un tanto nerviosa—. Pues móntatelo con ellos, ¡dale una alegría a ese cuerpo tan bonito y serrano que tienes! No tienes novio ni debes de darle explicaciones a nadie más que a ti misma, ¿no? Pues ve a la habitación de la pareja morbosa para que te destrocen a base de polvos.

Reconozco que la idea es muy tentadora. Noto como mi pulso se

dispara, y la explicación de Tamara es muy convincente. ¡Ay, mi madre! Creo que voy a alucinar de lo que estoy a punto de decir.

—¡Les mando un mensaje y esta noche me los follo! —exclamo.

—¡Por fin! —chilla Yas, que parecía dormida. Sin embargo, como buena cotorra, se ha enterado de todo—. Estoy orgullosa de ti. —Trago saliva. Estoy hecha un manojo de nervios—. Eso sí: asegúrate de que vas a hacer el trío porque te apetece y no porque te lo he recomendado yo —me aconseja con ironía.

¡Será guarra!

No. Lo voy a hacer porque quiero probar cosas nuevas. Lo he decidido: esta noche voy a retorcerme de placer con Romeo y Carlota.

Capítulo 43

EL TRÍO, ¿SÍ O NO?

—Lo siento, ¡lo siento!

Aquí estoy, desnuda, sentada sobre la cama del hotel de mis nuevos amigos o amantes. ¿Cómo me refiero a ellos? A un lado, tengo a Romeo sin ropa y, al otro, a Carlota con todo al aire.

La cosa no ha empezado mal. Cuando les envié el mensaje, en mi momento de subidón, respondieron que esta noche nos veríamos para jugar los tres juntos. De camino al hotel, estaba muy nerviosa. No sabía si por el morbo de la situación que iba a vivir o por si me estaba obligando a hacer algo que no me apetece para demostrarme que soy una mujer moderna e independiente. Os confieso algo, me he dado cuenta de que Tamara llevaba razón al recomendarme que no debo hacer caso a los demás ni tengo que demostrar nada a nadie.

¿Cuál es el problema? Pues que he llegado a esa conclusión cuando Romeo, Carlota y yo estamos a punto de tener relaciones sexuales. Al entrar en la habitación y ver que estaban completamente desnudos, el calor ha invadido mi cuerpo. ¡Los dos son muy sexis! Sin embargo, en ese instante he comprendido que no quiero llegar a intimar tanto con ellos. Como amigos son fabulosos, pero no necesito

descubrir qué tal son en la cama.

Aun así, he hecho el esfuerzo, para demostrar que soy moderna y liberal, de quitarme la ropa, tumbarme sobre la cama y abandonarme al placer de los labios de Romeo y de Carlota, que han recorrido mi piel durante... ¡tres segundos! No he aguantado más.

¡Eso no va conmigo! Tal vez, no sea tan moderna y liberal como presumía. ¡Qué más da! Soy feliz así. No me van los tríos, me gustan las relaciones monógamas. Y, aunque me fastidie reconocerlo, quien quiero que recorra mi cuerpo con su boca es Diego.

Les he pedido que paren, me he incorporado para acomodarme sobre del borde de la cama, y mis amigos han hecho lo mismo. Así que ahora estamos los tres sentados y desnudos mientras yo me muero de la vergüenza. ¡Quién me manda a meterme en estos jaleos! Nadie, ¡yo solita me lío!

—No pasa nada, Irene —me calma Romeo—. Podemos ir al ritmo que quieras.

—¿Al ritmo de ser solo amigos os va mal? —pregunto soltando una risita nerviosa.

—Al ritmo que tú quieras —aclara Carlota mientras pasa su mano sobre mi hombro.

De repente, respiro aliviada. Me daba miedo que mi negativa los ofendiese.

—No tenemos por qué hacer nada que no quieras —añade Romeo.

—Pensábamos que tú querías follar con nosotros, pero, si no es lo que te apetece, nos vestimos y nos vamos a cenar —apunta Carlota—. No te preocupes, cariño.

—A ver..., los dos sois unos monumentos. Sin embargo, no me quito de la cabeza a Diego —confieso mientras me cubro los pechos con la sábana.

—¿Quién es Diego? —pregunta Romeo.

—Un chico que he conocido en San Juan. Pero me niego a aceptar lo que siento por él por miedo a idealizarlo o a que me haga daño —contesto con sinceridad.

¡Caray! Esta terapia nudista está siendo más liberadora de lo que imaginaba.

—Los miedos son limitantes —asegura Carlota—. ¡Mándalos de una patada a tomar por saco! Queda con Diego y dile lo que sientes.

—Si ese hombre te gusta tanto como comentas, ¡no lo dejes escapar! Y tiene que volverte loca para rechazar a dos bombones como nosotros por él —bromea Romeo.

Suelto una risotada. Después, Carlota abre la neverita de la habitación para sacar un botellín de agua. Le da un trago antes de pasárselo a su novio.

—Ya he cerrado todas las puertas con Diego. Le pedí que no volviésemos a vernos.

—¿Y él cómo se lo ha tomado? —quiere saber Romeo.

—Se quedó triste. Aunque lo último que sé es que se va de vacaciones, ¡así que tampoco estará tan deprimido! —bufo.

—Olvida eso de que has cerrado todas las puertas, Irene. Si te gusta, ¡háztelo saber! La gente puede cambiar de opinión, ¿no? En el momento que le pediste que se alejara, tú estabas acongojada. Sin embargo, ahora te has dado cuenta de que lo necesitas a tu lado —reflexiona Carlota—. ¿Tanto te cuesta rectificar y pedirle una cita?

—He decidido que las cosas están bien como están —miento.

—Podrás engañarte a ti misma, pero a mí no —asegura Carlota—. Si no te das una oportunidad con él, te arrepentirás cuando pase un tiempo.

¡Joder! Siento un nudo en el estómago que me pesa. Contengo las lágrimas para no ponerme a llorar delante de ellos. ¿Voy a ser tan gilipollas de dejar pasar la oportunidad de conocer a Diego? Trago saliva antes de soltar un suspiro.

—Mañana se va. ¿Qué puedo hacer?

—¿Tienes su número? —pregunta Carlota. Asiento—. Llámalo y queda con él —me aconseja.

Entonces, pasa lo inimaginable: una lágrima resbala por mi mejilla y me deja más desnuda de lo que estaba. Romeo me la limpia con la mano.

—Si no lo llamas tú, lo hago yo —vuelve a bromear—. Haz caso a mi novia, ¡dile lo que sientes! O esta lágrima será la primera de un montón que vendrán después por no haber luchado por lo que querías.

Miro al techo para evitar derramar más lágrimas. Mis amigos tienen razón: tengo que ser valiente. ¡Voy a luchar por Diego! Noto un torrente de adrenalina recorrer todo mi cuerpo. ¡Voy a luchar por Diego! ¡Me arriesgo! ¿Por qué no? Si luego me meto una bofetada

descomunal porque algo sale como no esperaba, ¡por lo menos lo he intentado!

Doy un salto para ponerme en pie mientras mis pechos bailan al aire. No me da vergüenza estar desnuda delante de ellos; ¡no he hecho el trío, pero por lo menos he superado alguna de mis inseguridades! Ahora me atrevo a pasear sin ropa delante de gente que es mucho más atractiva que yo. ¡A tomar por saco los complejos!

Suelto un gritito de felicidad, ¡voy a dar el paso de decirle a Diego lo que siento por él! Abrazo a Romeo y, después, a Carlota. Les agradezco de corazón su apoyo. Podían haber sido egoístas y haberme insistido en hacer el trío. Sin embargo, han decidido respetar mi decisión y echarme un cable con mi cacao mental. ¡Son los mejores!

Les aviso que voy a llamar a Diego para quedar con él ahora mismo. ¡Mejor que lo haga ya por si le doy unas cuantas vueltas y me echo atrás! Me visto a toda prisa, me despido de los amigos y abro la puerta.

Antes de salir, Romeo me llama.

—Irene, ya que tú no te atreves a hacer el trío con nosotros, ¿te importa pasarnos el teléfono de Yas para proponérselo a ella? Es una chica muy sexi.

Capítulo 44

LLAMANDO A DIEGO

Sigo temblando, ¡estoy *atacá*! No quiero pensarlo más. Tengo que aprovechar este momento de subidón para hacer lo que realmente quiero, ¡decirle a Diego que estoy loquita por él! Me da igual que me rechace, que lo nuestro dure una semana o que sea un caradura... ¡Tengo que darme la oportunidad de conocerlo y disfrutar a su lado!

Voy caminando por la calle, no sé muy bien hacia dónde. Desde que he salido del hotel, los pies me llevan solos. Saco el teléfono, busco su contacto, suspiro, marco su número y espero a que conteste.

Un tono, dos, tres, cuatro... ¡No lo coge! ¿Qué hago? ¿Insisto?

Está bien, vuelvo a llamar.

Un tono, dos, tres, cuatro... ¡Nada!, ¡no responde!

¿Le mando un mensaje? ¡No! Será mejor esperar a que llame él. O puede que no llame nunca porque ha pasado página. No voy a ir por esos derroteros, ¡hoy no me voy a dejar llevar por las divagaciones que me nublan y me llenan de inseguridades!

Desbloqueo, de nuevo, la pantalla del móvil y marco.

Un tono, dos...

—¿Sí?

Ella siempre responde.

—Gisela, cariño, ¿estás liada?

Cuando algo no sale como quieres, lo mejor es contar con el apoyo de una gran amiga. Por eso la he llamado a ella.

—No, para ti siempre estoy disponible —asegura.

—¿Nos tomamos unas cañas?

O dicho de otra forma: ¡estoy en crisis total y necesito hablar!

—¡Claro! ¿Estás bien? ¿Dónde quedamos? —contesta.

—Paso a buscarte a tu hotel y ahora te cuento todo.

Capítulo 45

DAR ESE PASO

—Así que ¿has ido para hacer un trío con ellos y has terminado dándoles el número de Yas para que se lo monten con ella? —pregunta Gisela entre risas.

—¿Qué podía hacer? Yo no quería follar con Romeo y Carlota, ¡me sentía fatal por dejarlos con la miel en la boca! Cuando me han pedido el número de nuestra amiga, ¡me he visto en la obligación de pasárselo! —me defiendo mientras me encojo de hombros.

Llevamos media hora en una terraza del centro del pueblo. Hemos pedido dos cervezas y unas olivas para picar. Al ver a Gis, mi corazón ha vuelto a bombear con fuerza después de la decepción que me he llevado cuando Diego no ha contestado a mi llamada.

Por cierto, sigue sin llamar, aunque intento no pensar en eso. Solo lo intento porque ya me he preguntado unas trescientas mil veces por qué no me telefonea.

—Creo que Yas te lo va a agradecer muchísimo. ¡Estaba como loca por montárselo con ellos! —exclama Gis.

—¡Mejor! Ella va a saber disfrutarlo más que yo —añado.

—¿Y Diego?

¡Zas! Otra vez salta mi corazón al escuchar su nombre. ¿Me acostumbraré al sonido que forman esas cinco letras?, ¿o siempre voy a notar ese pellizco en el vientre?

—Lo he llamado, pero no lo ha cogido —le explico.

—No pasa nada, Irene. Lo importante es que has dado ese paso tan importante.

—Ya, he tenido que darme cuenta de que no quería hacer un trío cuando estaban a punto de comerme el coño. Y de que quiero luchar por Diego cuando he rechazado la propuesta sexual. Ha sido surrealista ver como Romeo y Carlota me aconsejaban en pelotas que apostara por él —aseguro partiéndome de la risa.

—No te has dado cuenta en ese momento, ¡seguro que ya sabías lo que sentías por él! Sin embargo, algo te frenaba —señala Gisela mientras me apunta con el botellín de cerveza.

—Me asustaba idealizarlo y que, luego, fuese un capullo. ¡Mira lo que te pasó a ti con el gilipollas de tu jefe! Lo tenías en un altar y, luego, te arrepentiste de haberte declarado.

Resoplo.

—¡De eso nada, Irene! No me arrepiento en absoluto. Vale que lo tuviese idealizado, pero no me arrepiento de lo que hice. Gracias a haberme sincerado, lo conocí mejor, me fui con él a Ibiza e hicimos el amor como locos. Que después resultó ser un orangután sin neuronas, ¡qué le vamos a hacer! Si no hubiese hecho todo eso, ahora seguiría babeando por él, sin saber que es un tío que no merece la pena, y no habría pasado página. Además, imagina que llega a ser al revés y Manuel hubiese sido un hombre fantástico. No me arrepiento en absoluto, cariño. Al contrario, estoy muy orgullosa de mí por atreverme a dar ese paso.

¡Madre mía! Gisela tiene razón. Si antes estaba convencida de declararme a Diego, ahora me muero de ganas. Solo veo ventajas: si es un cerdo, paso página y listo; si es maravilloso, ¡disfruto de la relación!

Ya sé que estoy siendo demasiado optimista, pero esas ideas negativas que rebosan dudas ya me han molestado durante mucho tiempo. ¡Ahora me toca ser más objetiva! No os confundáis, ¡sigo cagada de miedo! Sin embargo, he decidido dar ese paso, y a cabezota me gana poca gente.

Aunque la pregunta no es si voy a hacerlo o no. La pregunta es... ¿Diego me espera o ha decidido pasar de mí?

Capítulo 46

NUEVO DÍA

A la mañana siguiente, me despierto con los cantos de los pájaros. ¡He dormido fenomenal!

Después de las cañas con Gisela, regresé a casa de mi hermana sobre la una de la madrugada. Estaba agotada, ¡el día había sido una locura! Entre poner en su sitio a Isaac, la comida con mi familia y mis amigos, y el casi trío con Romeo y Carlota, ¡no podía más! Caí en la cama rendida, puse el móvil en silencio y me quedé frita.

Me estiro sobre la cama, suelto un suspiro y aparece él en mis pensamientos: Diego. ¡Me estoy obsesionando! Sacudo la cabeza para no entrar en bucle y voy hasta el aseo para lavarme la cara. Después, vuelvo al dormitorio para ponerme las sandalias y echar un vistazo al teléfono para saber la hora.

¡Ay, mi madre!, ¡tengo dos llamadas perdidas de Diego! Anoche lo puse en silencio, sin pensar en que él iba a llamarme. ¡Joder!, si no lo hizo en toda la noche, ¿por qué iba a llamarme por la mañana?

¡Está bien! No hay problema. Desbloqueo la pantalla y lo llamo yo. Aunque he de confesar que, pasado el subidón de ayer, ahora estoy más nerviosa y dudosa. Ya no creo que sea la mejor opción eso de

explicarle lo que siento. Aun así, echo a los miedos y llamo.

¡No lo coge! Hoy salía de viaje, así que tal vez esté conduciendo ya. O, quizás, ha cogido un tren. ¡Ay, no sé! Me invade una tristeza que me desespera. Es la primera vez en mucho tiempo que no tengo hambre por la mañana. ¿Eso es el amor?, ¿sentir un vacío tan intenso que no lo llena ni la comida?

¡No! Me niego a que algo tan bonito sea tan cruel. Eso no es el amor, ¡eso es el desamor! El amor son las mariposillas que vuelan por el estómago cuando alguien que te gusta te mira, ¡como me pasa con Diego!

La he cagado por completo, Diego se ha ido. He dejado escapar una historia maravillosa por culpa de los miedos.

Necesito salir, ¡dar una vuelta!, tomar un poco de aire.

Me visto con prisa, cojo el coche y conduzco por la costa. No tengo un rumbo fijo. En la radio suena una balada triste que consigue hacerme llorar. Solo falta que se nuble y se ponga a llover para que el día sea aún más gris.

De repente, freno en un lugar que conozco. ¡Es nuestra cala! La cala donde quedamos por primera vez y donde se me declaró más tarde. Salgo del coche, bajo por las escaleras que dan paso a la playa y camino sobre la arena.

Puedo quedarme con este lugar, con el recuerdo de los momentos que vivimos y con la sensación de haber sido una cobarde al no expresar mis sentimientos. Ahora, que no sé si volveré a verlo, solo queda eso: recuerdos y culpa.

Entonces el teléfono suena en mi bolsillo. ¡Ay, ay! Quizás, no es tarde. ¡Diego me está llamando!

Capítulo 47

UN BESO LE DA SENTIDO A TODO

Miro al horizonte para observar al mar fundirse con el cielo. Las gaviotas graznan, escucho como rompen las olas, la brisa acaricia mi piel y mi corazón late con fuerza. Estoy nerviosa, no esperaba nada de lo que ha sucedido. Contengo una lágrima.

Acabo de hablar con Diego por teléfono. Le he dicho que necesitaba verlo. No se lo ha pensado, ¡viene a la cala! No sé cómo voy a reaccionar cuando aparezca. ¿Qué voy a decirle? De repente, noto un calor que me agobia. Las dudas vuelven a amontonarse en mi cabeza y no encuentro sentido a esta locura. ¿Para qué voy a complicarme si apenas lo conozco?, ¿qué sentido tiene que me exponga a él cuando no sé si el siente lo mismo?

Sacudo la cabeza. No quiero pensarlo más, ¡estoy harta de salir corriendo! Hoy me niego a ocultar lo que siento.

De repente, escucho su voz detrás de mí. Contengo el aliento, me muerdo el labio y me giro despacio. ¡Bum! Las dudas, los miedos y las inseguridades saltan por los aires cuando lo veo, porque mi corazón está bailando de alegría.

—Irene, aquí estoy —susurra.

—Diego, no sé qué decir…

—Será mejor que digas algo, porque dudo mucho que me hayas hecho venir para nada. Parecía que era importante cuando hemos hablado por teléfono —explica mientras sonríe.

¡Joder! Esa sonrisa me lleva al cielo. Da un paso y se acerca poco a poco.

—Sí, claro —asiento sin apartar mis ojos de los suyos—. Creo que todo esto es una locura…

—¿El qué?

Sigue sonriendo, acercándose peligrosamente. Mi pulso se dispara cuando me rodea con sus brazos.

—Tú, yo… —pronuncio.

—¿Qué pasa con nosotros? —insiste.

Me estremezco cuando pega su cuerpo al mío.

—Nada tiene sentido…

Antes de que pueda acabar la frase, nos fundimos en un beso que explota en mi vientre. ¡Es pura magia! Ese beso da sentido a todo. Responde a todas las dudas. Alimenta al alma. Me llena de vida.

Diego desliza sus manos por mi espalda hasta llegar a la nuca. Me separa con mimos para juntar nuestras frentes.

—Esto era justo lo que quería decirte —bromeo.

—Me ha parecido muy interesante —responde sin dejar de sonreír.

—Diego, estoy loca por ti. Desde el primer día encendiste una llama que ha ido a más. Me asustaba no poder controlar lo que sentía, por eso me alejé. Sin embargo, no puedo mentirme más. No sé si es amor o qué es, pero quiero estar contigo.

—¡No le des tantas vueltas! Te quiero. Como te dije, quiero ser valiente por ti.

Nos deleitamos con otro beso que me enamora un poco más.

—Nos ha costado reconocer nuestros sentimientos, Yo-yo —susurra con su voz ronca.

—No me llames así. Odio los chicles de las historias románticas, y los motes cursis me desagradan muchísimo —protesto.

—Pero eres mi Yo-yo. —Se encoge de hombros—. Porque, por mucho que te alejes, siempre vuelves a mí como un yoyo. —Se echa a reír.

—Dilo otra vez y te mato. Además, el exceso de seguridad es otra cosa que no soporto en los hombres —aclaro seria.

Diego pone cara de sorpresa ante mi advertencia.

—¡Disculpa, solo te estaba tomando el pelo! —dice arrepentido.

Suelto una risotada feliz.

—¡Y yo a ti!

Me coge sobre sus brazos para elevarme y regalarme un beso que sabe a pura pasión. Después, me tumba con cuidado sobre la arena mientras continuamos besándonos.

—¿Sabes una cosa? Cuando me humillaste en el *brunch* delante de tantas personas, hubo una cosa que dijiste que me gustó mucho —confiesa.

—No me lo recuerdes.

Río.

—En serio. Fue cuando dijiste que ibas a rugirle al amor —aclara—. Yo también quiero rugirle al amor.

—Me parece fabuloso, Diego. ¿Qué te parece si rugimos juntos?

—No se me ocurre nada mejor que hacer.

Epílogo

2 meses después

El verano está llegando a su fin. La tercera semana de agosto acaba de comenzar, y solo quedan un par de días para que vuelva a Madrid para preparar las clases para el nuevo curso.

Eso significa que, dentro de cuarenta y ocho horas, tendré que despedirme de Diego y de las vacaciones tan maravillosas que he pasado a su lado. También, me tocará decir adiós a mi hermana, a Adri y a Tamara. Este año me da mucha pena tener que dejar San Juan, aunque sé que volveré pronto.

Marta y Gisela volvieron a la capital a finales de junio. Marta está muy ocupada eligiendo las cosas para el bebé con su novio. Ya tienen el carrito, la cuna, un montón de juguetes, y ahora quieren pintar la habitación de su futuro hijo. Lo que pasa es que, como no saben el sexo, aún no se han decidido si de rosa o de azul. Pero cada vez están más ilusionados.

Gisela ha decidido pasar de su jefe, en el trabajo lo ignora y solo le habla lo justo para resolver temas laborales. Aunque él le ha propuesto varias veces algún plan, mi amiga pasa. No quiere líos amorosos en el curro. Sin embargo, su vida sentimental ha dado un cambio al conocer a un chico en una *app* de ligoteo. Llevan varias semanas viéndose, y parece que la cosa pinta bien.

Yas se lo montó con Romeo y Carlota. Nos hizo saber a todo el mundo, hasta a mis padres, que había tenido el mejor sexo de su vida. Así que el resto del verano se ha apuntado al viaje de la parejita sexi, y se dedican a visitar ciudades y pueblos costeros mientras follan como conejos. Turismo y sexo, ¡el mejor plan para Yas!

Mi hermana cada vez tiene más trabajo, así que le ha propuesto a Tamara que se asocie porque a ella también se le da bien el tema de los jabones artesanos, sobre todo, venderlo a nuevos clientes. ¡Juntas son la leche!, ¡las voy a echar mucho de menos!

Adri sigue igual de enamorado de mi hermana que cuando lo conocí. Creo que están planteándose irse a vivir juntos, pero aún no han dado el paso.

Y yo... Yo he disfrutado de un verano fabuloso. Diego no era como pensaba, sino mucho mejor. ¡Hay que ver lo gilipollas que llegamos a ser por culpa de las inseguridades y de ponernos siempre en lo peor! Resulta que es un hombre atento, cariñoso, que folla con pasión y que me tiene loca. Además, su perra es un amor, ¡ya sabéis lo mucho que me quiere! Ese cariño es mutuo.

Dentro de dos días nos separaremos, aunque hemos quedado en vernos casi todos los fines de semana y, si la cosa va en serio, Diego se vendrá a Madrid con su perrita a vivir conmigo. Pero ya no tengo prisas ni miedos ni agonías. Este verano he descubierto que lo mejor es dejarse llevar; que, si te resistes a lo que sientes, todo explota y, si vas acorde a tu corazón, la vida es mucho más sencilla. Quiero a Diego y él me quiere a mí. No necesito saber nada más.

Por eso hemos alquilado un barquito, para recorrer el mar durante dos días sin pensar en nada más que en él y en mí. ¡Ay, y en la perra, que no se me olvide! Solo nos importa vivir el momento, con la mirada puesta en el horizonte para cuidar nuestro amor.

No sé a dónde nos llevará nuestro idilio, si durará meses o siglos... Solo sé que nunca podré lamentarme de no haberme dejado llevar porque, cuando más miedo tuve de enamorarme, ¡rugí de amor!

Agradecimientos

A Luis Ruiz, ¡te quiero! Gracias por apoyarme y por quererme tanto. Eres el mejor compañero de vida.

A Zara, ¡me encanta que estés a mi lado mientras escribo!

A Anabel García, ¡gracias por tus consejos! Cada día te quiero más a pesar de que, a veces, eres insoportable. ¡Que no! Que tengo muchísima suerte de ser tu amigo, ¡no cambies!

A Reyes y Patricia Barrabés, ¡sois mis hermanas y mis lectoras cero! ¡Os quiero muchísimo!

A mi familia, ¡os quiero! Mamá, tía Mari, Tato, Pili e Isi. ¡Gracias por vuestro cariño y apoyo!

A Lola, mi editora, ¡eres maravillosa! Gracias por tu apoyo.

A mis amigos: Isa, Gema, Cris, Isra, Rubén, Mariajo, Marta, Natalia, Juán, Eva, Miriam, Menchu, Musta, Oscar... ¡A todos!

A mis compis de editorial y de profesión, ¡somos unos/as valientes!

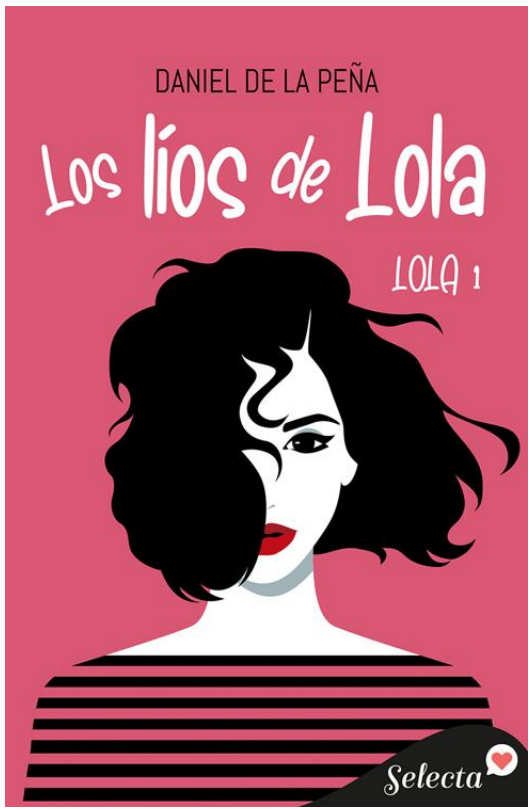
A Selecta, ¡por creer en el amor!

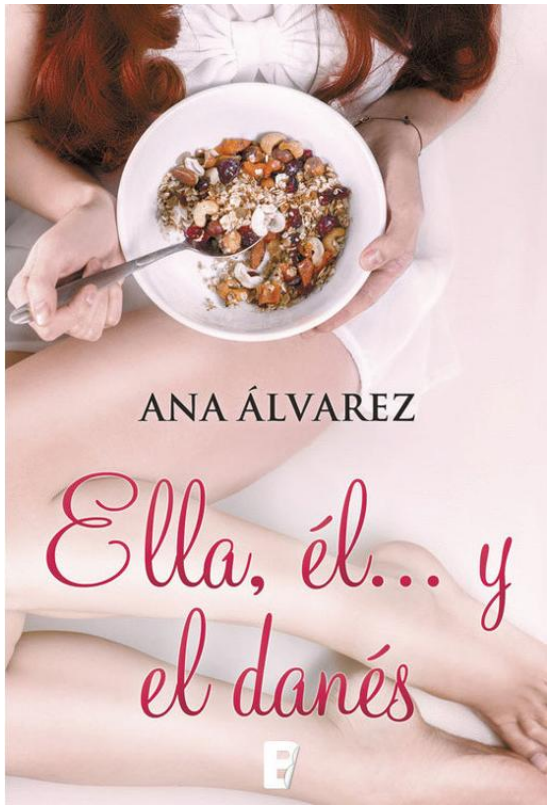
Y a todos/as mis lectores/as, ¡por ayudarme a creer! Sin vosotros/as esto no sería posible.

Si te ha gustado

Vas o oírme rugir

puedes disfrutar de estas




ANA ÁLVAREZ
Ella, él... y el danés

ANA ÁLVAREZ

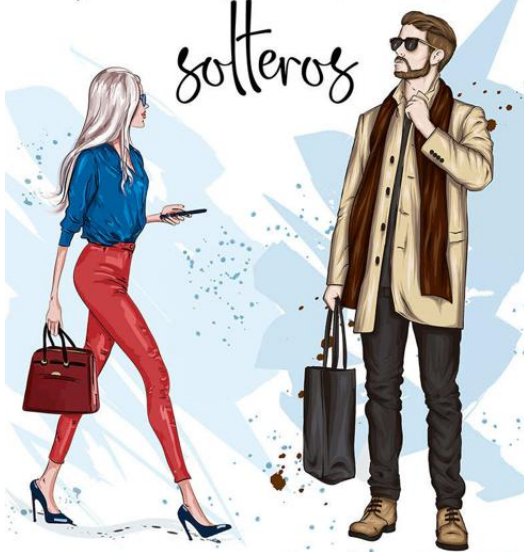
EBRIAS DE AMOR
I

UN VODKA PARA VERO Y QUE LA AYUDE EL DEL TERCERO

Selecta

MARAVILLOSOS DESASTRES I

La mesa de los solteros

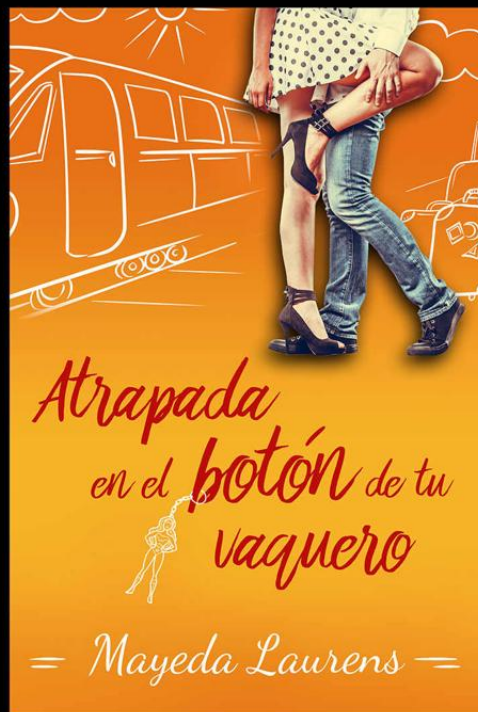


Hollie Deschanel

Selecta

SANDRA
BREE
Llévame
al HUERTO
Selecta

Selecta



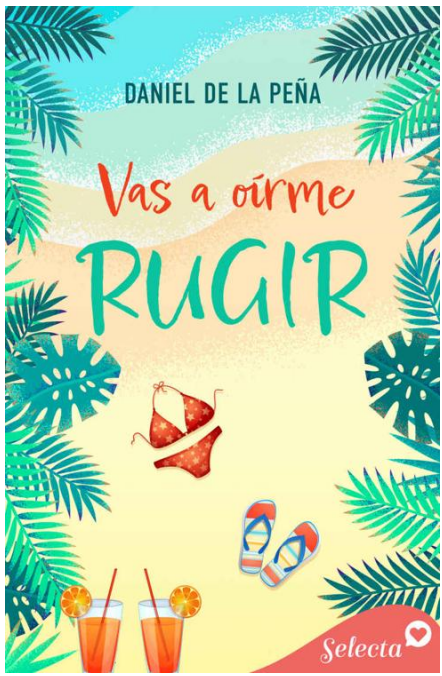
Atrapada en el botón de tu vaquero

Mayeda Laurens

Zahara C. Ordóñez
Negro sobre Azul
Selecta

Selecta
YO, TAN MAL TIEMPO
Y TÚ, TAN BUENA CARA
ISABEL JENNER
EBRIAS DE AMOR

¡Aceptar tus sentimientos no es sencillo cuando la vida te vuelve loca! O quizás sí, solo tienes que escuchar la melodía del amor.



Irene tiene muy claro lo que quiere para ella o eso es lo que cree.
Le horrorizan las comedias románticas. Aunque no sabe que su vida está a punto de convertirse en una.

Todo cambiará cuando viaje a San Juan, para ayudar a su hermana con su empresa de jabones artesanales.

Un pueblo costero.
Un ex que no pasa página.
Una pareja muy tentadora.
Y un hombre que la volverá loca.

¿Estás preparada para reinventar los clichés de la romántica? Porque Irene no.

Vive un verano inolvidable y romántico. Y atrévete a escuchar el rugido del amor.

Daniel de la Peña. Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras, Un regalo prodigioso* y *Triunfadoras 2.0*. Ha firmado entrevistas de portada para la revista Mujer del periódico *El Mundo Cantabria* y para *Divinity*. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influercers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: abril de 2023

© 2023, Daniel de la Peña
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-98-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Vas a oírme rugir

Capítulo 1. Tengo que ser más puntual
Capítulo 2. ¡Sorpresa! Tampoco es para tanto
Capítulo 3. Mi ex se casa
Capítulo 4. ¿Qué pinto en esa boda?
Capítulo 5. Conectar
Capítulo 6. El gusto es mío
Capítulo 7. La cosa va mejorando
Capítulo 8. Él es Adri
Capítulo 9. Informando a mis amigas
Capítulo 10. Me voy a San Juan
Capítulo 11. La cena con mi ex, su prometida y la gili de mi hermana
Capítulo 12. Yo-yo
Capítulo 13. ¡Buenos días, pasado!
Capítulo 14. Oyendo las olas
Capítulo 15. Queda tanto por hacer
Capítulo 16. Karma
Capítulo 17. Encargo
Capítulo 18. Lorena
Capítulo 19. Escalera
Capítulo 20. Un saludo pasional
Capítulo 21. Ya he tenido bastante
Capítulo 22. ¿Otra cita?
Capítulo 23. La tienda de jabones
Capítulo 24. ¡Está vivo!
Capítulo 25. El mensaje
Capítulo 26. Piénsalo
Capítulo 27. Después de la cena
Capítulo 28. Un poco de energía
Capítulo 29. El *brunch*
Capítulo 30. Mensajes
Capítulo 31. ¡Ya están aquí!
Capítulo 32. Tomando sol
Capítulo 33. Si no llego a saber, me quedo en casa (de mi hermana)
Capítulo 34. El móvil, lejos...
Capítulo 35. Somos
Capítulo 36. A otra cosa, ¿o a la misma?

Capítulo 37. Familia
Capítulo 38. Reconquista
Capítulo 39. ¿Te vas?
Capítulo 40. Horchatas y la mejor compañía
Capítulo 41. ¿Se ha quedado bien el día!
Capítulo 42. Eso fue lo que nos pasó...
Capítulo 43. El trío, ¿sí o no?
Capítulo 44. Llamando a Diego
Capítulo 45. Dar ese paso
Capítulo 46. Nuevo día
Capítulo 47. Un beso le da sentido a todo
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Daniel de la Peña
Créditos